

REVISTA EUROPEA.

NÚM. 67

6 DE JUNIO DE 1875.

AÑO II.

LA REFORMA ARANCELARIA DE 1869.

I.

Hace ya muchos días se viene ocupando la prensa en discutir la cuestión, bajo muchos aspectos importante, de si debe continuarse ó suspenderse la reforma arancelaria decretada y comenzada á plantear en 1869, siendo muchos los que pretenden la suspensión, y no faltando algunos que, contumaces en su exagerado proteccionismo, quisieran retroceder á las tarifas de 1868.

Naturalmente alejado hoy de los centros administrativos, ignora el que suscribe lo que hay de cierto en las afirmaciones de los periódicos y en las noticias de la no siempre bien informada *Correspondencia*; pero lo cierto es que debiendo la reforma, segun la base 5.ª de la ley votada en Córtes, dar su segundo paso en 1.º de Julio próximo, ningun trabajo se prepara al efecto, cuando nos encontramos comenzando Junio; de donde debemos inferir lógicamente, que si el aplazamiento de la citada base no está todavía oficialmente decretado, es sin embargo al parecer un hecho que comienza á realizarse, y que quedará realizado cuando acaben de pasar los pocos días que del plazo restan.

No ha mucho dijo un periódico que el Sr. Salaverría había encontrado el medio de conciliar los opuestos intereses debatidos en esta cuestión; y debo confesar que he esperado y espero con curiosidad de aficionado y con deseo de buen ciudadano esa solución que no acierte dentro de la ley, y que no supongo que pueda consistir fuera de ella en tomar como término medio entre la pretensión legal de continuar la reforma y la ilegal de retroceder todo el camino andado, la de permanecer donde estamos, por un plazo más ó menos largo; porque esta solución es demasiado vulgar y obvia para merecer un suelto laudatorio, aunque sea de la lisonjera *Correspondencia de España*.

Poco amigo es el que suscribe estas líneas de discutir, cuando comprende que la discusión es inútil; pero sincero y probado amante del bien de su patria, no puede ménos de lamentar que un ministro de las singulares dotes del Sr. Salaverría, no tenga tiempo para examinar por sí los antecedentes de esta cuestión, y para tomar un acuerdo en congruencia con ellos y con las ideas, que en otros tiempos él mismo sostenía y practicaba.

TOMO IV.

Y como por otro lado, el autor de este artículo, por la confianza que en él depositó el, en estas materias, muy entendido ministro D. Laureano Figuerola, tuvo en la reforma importantísima parte que con satisfacción confiesa en los momentos de verla combatida, se cree obligado á presentar sin pasión de co-autor, y sin exageraciones de escuela, la verdadera situación de las cosas, y confía exponerla con tal claridad, que ha de ser visible á todo el que no tenga cegados los ojos por las cataratas de inconfesables intereses.

II.

Dos puntos de vista tiene la cuestión: el uno que podemos llamar extrínseco, y es el puramente legal; el otro que es intrínseco, y consiste en examinar los resultados beneficiosos ó adversos que la reforma ha producido para el Tesoro, para la Industria y para el Comercio.

El primero de estos puntos tiene facilísima resolución: la ley se hizo en debida forma y está terminante; no puede dejar de cumplirse bajo pretexto de oscuridad, ni da lugar á interpretaciones de esas á que tan aficionados son la mayoría de los españoles, que creen dar gran prueba de talento, sosteniendo que es en la ley ántes el espíritu que la letra. No siendo, pues, posible achacar á la ley vicio de origen, ni defecto de redacción, ni duplicidad de sentido, y no habiendo hoy Córtes que puedan discutir y resolver sobre la conveniencia de suspenderla ó de cumplirla, el Poder ejecutivo no puede ménos de cumplirla; carece naturalmente de facultades para suspenderla.

Y no se diga, que áun cuando en circunstancias normales no tiene el Poder ejecutivo la facultad de suspender la aplicación de una ley, la tiene hoy que ejerce una dictadura que, comenzada por la interinidad caída, ha sido continuada por el Gobierno de la restauración; porque, á mi juicio, las facultades excepcionales de la dictadura, no deben extenderse sino á lo absolutamente necesario para la causa que la motiva. Y como hoy la causa es la guerra civil, sólo puede el Gobierno suspender ó variar las leyes que digan relación con la guerra y con los medios de hacerla; pero no las leyes civiles, ni las simplemente administrativas, ni ninguna de las otras; y si á alguna de éstas se extiende, será por un abuso de la dictadura y no por el ejercicio de las facultades naturales de ella.

40

No puede, pues, en nuestra opinion, suspender el Gobierno la ley Arancelaria por el simple hecho de estar revestido de un poder dictatorial, cuya verdadera causa y cuyo único fin es la guerra.

Tampoco puede decirse que el Gobierno puede suspender dicha ley, porque habiéndose hecho para tiempos normales y en el supuesto de la paz, no se tuvieron al hacerla en cuenta las eventualidades de la guerra. Pues si este argumento tuviera eficacia, la tendría, no sólo con relacion á la ley de Aranceles, sino con relacion á todas las leyes de todas clases, todas las cuales están hechas para los tiempos de paz, y todas ellas tienen difícil ó imperfecta aplicacion en tiempo de guerra, ó sufren alteracion en sus efectos.

Así, por ejemplo, la contribucion que pagan el labrador y el industrial, está calculada sobre la produccion y los precios medios del tiempo de paz. Viene la guerra, se lleva los hombres encareciendo los jornales, entorpece las comunicaciones dificultando las salidas, obliga á todos á reducir los gastos, y por lo tanto disminuye los consumos; y sin embargo, el Gobierno exige el pago de los tributos.

En nuestra opinion, es de tan primordial importancia el respeto ciego á la Ley, que es preferible el daño que resulte de obedecer y cumplir una ley defectuosa, al beneficio que pudiera resultar de corregirla arbitrariamente. Porque desde el momento que se abre la puerta á la arbitrariedad, ya nadie puede estar seguro, de que si hoy se enmienda una ley verdaderamente necesitada de correccion, no se pasará mañana á derogar bajo especiosos pretextos otras leyes que estorban la ejecucion de malos fines. La arbitrariedad es el mayor de los males, porque es la fuente de todos ellos. Por eso la detesto en todos los casos, aun cuando de ella hubiera de resultar un bien.

No creo, pues, en conclusion, que el Gobierno tenga hoy, á consecuencia de sus facultades excepcionales, la de suspender la ley arancelaria; ni creo que pueda adoptar semejante medida, alegando como causa el haberse aquella hecho sin tener en cuenta la guerra; ni creo por último que pueda servir de motivo á semejante disposicion, la alegacion genérica de que el Gobierno, en circunstancias extraordinarias, está autorizado para hacer cuanto crea conducente al bien público.

El mayor servicio que un Gobierno puede hacer á un país perturbado, es enseñarle á respetar las leyes y los poderes legítimamente encargados de dictarlas, suspenderlas ó derogarlas.

El mayor servicio que el primer ministerio de la Restauracion podía haber hecho al país, era demostrarle que no venía con la vulgar costumbre de trastornar toda la legislacion existente, costumbre que, llenos del mayor deseo, admiten, defienden y

practican los hombres más rectos y más sensatos de nuestros partidos políticos; y tanto la he visto en mi ya larga vida defendida y practicada, que más de una vez he dudado si yo estaba en un error al sostener, como todavía sostengo, que es preferible el perjuicio accidental de sufrir algun tiempo más la aplicacion de una mala ley, al daño esencial que causa el mal ejemplo de romperla ó revocarla sin facultades para ello.

Mi opinion, es pues, terminante: no puede el Gobierno suspender la ley arancelaria.

III.

Pero este punto de vista, segun dijimos al comenzar, es puramente extrínseco, y para nosotros, aunque tan esencial como cuestion de doctrina, no es el más importante en este momento. Lo que más nos interesa examinar es el otro punto de vista de la cuestion, ó sea, el que consiste en debatir cuáles han sido los efectos de la reforma, cuya marcha pretende suspenderse.

A este fin, debemos sentar que los Aranceles influyen en el Tesoro público, en la Industria y en el Comercio. Por consiguiente, cuando se hace una reforma en los Aranceles, su estudio prévio consiste en calcular qué cifras darán, puestas en las tarifas, el máximo producto posible de los tres números que representan los tres efectos que se buscan, y son: beneficio para el Tesoro, defensa de la Industria y facilidad para el Comercio.

Y digo el *máximo producto* de los tres combinados, porque el buen legislador no puede proponerse obtener una cifra máxima en uno de los tres objetos, á expensas de los otros dos, ó el máximo producto compuesto de dos, á expensas del tercero.

Y porque además esos tres fines, que al parecer se combaten, están íntimamente unidos, á causa de un maravilloso fenómeno económico que presintió la ciencia, y que ha confirmado con irrecusable seguridad la experiencia; fenómeno que consiste en haber para cada uno de los tres indicados objetos un límite, tocado el cual, se logra el máximo efecto útil, disminuyendo despues éste si aquél se traspasa, y á medida que se le supera.

Así, por ejemplo, si para enriquecer al Tesoro se ponen inconsideradamente tarifas que pasen el límite que para cada artículo existe en cada país, el comercio se reduce y el impuesto mengua; y si el aumento de las tarifas continúa, el comercio desaparece y el impuesto se extingue.

Así tambien, si para favorecer sin reflexion á una industria se suben sin criterio las tarifas correspondientes, se engendra el contrabando, que como no tiene más tarifas que la prima del seguro ó el precio del soborno, es el mayor enemigo de la industria y su más pernicioso concurrente.

Hondamente penetrados de estos sencillos y evidentes principios, los encargados de realizar la Reforma arancelaria en 1869, recogieron preciosísimos datos de experiencia administrativa, oyeron y contrastaron las diversas y opuestas opiniones de comerciantes y de industriales, buscaron hasta donde alcanzó su talento, la tarifa límite de cada artículo en sus valores medios, y procuraron establecerla como partida del Arancel, si bien algunas veces no lo consiguieron, obligados á transigir con intereses creados, que no pudieron desatenderse, y con opiniones inveteradas que no podían desarraigarse en el tiempo que debían durar los trabajos.

Si los autores de la reforma acertaron ó no, si lograron en todos, ó en la mayoría de los casos al ménos (y harto sería esto, porque lo otro sería la perfeccion absoluta á que no puede aspirar obra humana), fijar las tarifas que habían de dar aumento de productos al Tesoro, suficiente defensa á la Industria y bastante facilidad al Comercio, sin que una de estas tres entidades fuera sensiblemente ni favorecida ni perjudicada á expensas de las otras, es lo que importa saber en estos momentos, es lo que debe servir de necesario precedente á la resolución del Gobierno, es lo que nos proponemos nosotros estudiar en este artículo.

IV.

El efecto de las tarifas arancelarias con relacion al Tesoro público, consiste únicamente en darle mayores ó menores productos, como Renta de Aduanas; y con relacion á la Industria y al Comercio, consiste en favorecer ó restringir su desenvolvimiento.

Con los datos que las Aduanas suministran, y que se publican ya hoy con mucha exactitud y suficiente regularidad, se puede hacer directamente el estudio del efecto de una tarifa con relacion al Tesoro y al Comercio, é indirectamente, pero de un modo muy seguro, sin embargo, el estudio del efecto de la misma con relacion á la Industria.

Todos estos tres órdenes de resultados se convierten en el momento de realizarse en otros tantos órdenes de cifras, y estas cifras son las que sirven al estadista para hacer sus comparaciones, deducir sus consecuencias y fundar su juicio.

Nosotros, pues, vamos á presentar las cifras oficiales de un número de años igual ántes y despues de 1869, sin tomar á este en cuenta, porque le consideramos como de tránsito, puesto que en él se hizo la reforma que empezó á regir en 1.º de Julio.

V.

Influencia de la reforma en el producto de la Renta de Aduanas.—Con relacion al Tesoro, nuestro trabajo es bien fácil. Tomando la recaudacion obte-

nida en el quinquenio de 1864 á 1868 inclusives, resulta una suma de 277 millones de pesetas en números redondos. Tomando el quinquenio de 1870 á 1874, tambien inclusives, resulta una recaudacion de 284 millones de pesetas; es decir, 7 millones de pesetas más en el quinquenio inmediato posterior que en el inmediato anterior á la reforma.

El aumento no es considerable, y sin embargo, no podemos ménos de calificarle de maravilloso. Porque de los cinco años que precedieron á la reforma, los cuatro primeros lo fueron de paz perfecta, sin más turbacion que la insurreccion militar del 22 de Junio de 1866, nacida y muerta en un día, y la revolucion de 1868 sólo pudo afectar á los últimos meses de este año.

Por el contrario, en los cinco años que han seguido á la reforma, no hay uno solo de paz completa. En los primeros hacen sus tentativas armadas, más ó ménos largas, siempre terribles, siempre perturbadoras, las insurrecciones federal y carlista; ya las dos á un tiempo, ya cada cual separadamente; tentativas que fueron los preludios de la guerra civil dinástica, que nos está consumiendo hace tres años, y del federalismo que nos desorganizó por completo en 1873.

En el primer quinquenio, la administracion marcha con regularidad, los Resguardos de mar y tierra están siempre á la defensa de las costas y de las fronteras. En el segundo quinquenio la administracion en general comienza desquiciada por efecto de la revolucion; la vigilancia de las costas está desatendida casi siempre, ya por las necesidades de la guerra, ya por las piráticas excursiones de los cantonales, ya por la criminal complicidad de poblaciones enteras con los defraudadores de la Hacienda pública. El resguardo de carabineros no funciona como tal resguardo, sino durante breves períodos y con una intermitencia que le hace inútil aún en ese poco tiempo que atiende, ó medio atiende al verdadero objeto de su instituto. Largos espacios de costa y de frontera están meses y años sin un solo guarda; los más favorecidos apénas tienen la cuarta parte de la fuerza necesaria: muchas aduanas pasan la mayor parte del tiempo sin los veteranos indispensables para el servicio del puerto.

Durante el primer período, las autoridades guardan las conveniencias sociales y administrativas, y si no extinguen el fraude, á lo ménos no le favorecen, ni ménos le hacen. Durante el segundo período, la falta de defensa armada y las teorías socialistas, dan al contrabando un vuelo espantoso, y á los defraudadores una audacia digna de los bandidos griegos y de los antiguos piratas berberiscos.

En Palmones atraca un falucho cargado de tejidos y de tabaco, y se pone á alijar en medio del día sin permiso de autoridad alguna. El administrador

de la Aduana acude, y en cumplimiento de su deber, intenta intervenir la descarga de tejidos y prohibir la de tabacos, y los desalmados contrabandistas le insultan, le apalean, le ahuyentan y acaban su operacion tranquilamente.

En la playa de Torre Vieja embiste una tarde un falucho que llega de Oran cargado de mercancías fraudulentas. La poblacion acude á la descarga con grande algazara. El administrador quiere oponerse: la turba le atropella y le derriba en el suelo, pasando por encima de él con sus fardos y sus paquetes, hombres, mujeres y niños; y el pobre funcionario, acoceado y rabioso, tiene que contentarse con desahogar sus iras en un oficio al Gobierno.

Más tarde, en las aguas del mismo puerto, una escampavía guardacosta persigue y cañonea á un velero falucho que le lleva delantera y se mete en la playa. Muy luégo salen armados en su auxilio muchos hombres del pueblo y el alcalde mismo: el fuego dura algunas horas; la escampavía se retira y el falucho hace su alijo tranquilamente á vista, ciencia y paciencia del administrador de Aduanas, que no tiene el heroísmo de prestarse á ser por segunda vez acoceado sin provecho alguno.

Igual escándalo se verifica en Estepona; y en el Campo de San Roque no hay escándalo de ninguna especie, sino un portillo por donde pasa todo el que quiere y entra todo lo que le conviene, sin que nadie le pregunte á dónde va, ni qué lleva.

En la Aduana de Murillo se presenta una tarde un convoy de cuarenta mulos escoltados por una compañía de bien armados contrabandistas: se apoderan del edificio, se instalan en él, convierten en cuadras las oficinas, persuaden á los empleados con razones fáciles de adivinar, de la inutilidad de toda resistencia: pasan alegremente allí la noche, y por la mañana continúan al interior su viaje, dejando á los empleados encerrados en un cuarto.

Y por último, para digno remate de esta lista que sería interminable, si hubiéramos de referir todos los hechos análogos ocurridos en este triste período, referiremos el más grave de cuantos conocemos.

Un dia, paseándose por la orilla del mar, cerca de los muelles, en Cádiz, un oficial, creo que de Estado Mayor, vió acercarse varias lanchas cargadas de fardos y tripuladas por una porcion de carabineros y de paisanos. Se paró á verlas, y estuvo presenciando el alijo, no pasándole por la imaginacion en modo alguno la posibilidad de que fuera fraudulento. Se le ocurre hacer á un carabinero una pregunta de pura curiosidad: el carabinero le contesta con insolencia; el oficial se irrita y quiere arrestarle; el carabinero resiste; el oficial va á la ciudad y vuelve con fuerza, y se traba una lucha entre los soldados y los carabineros que eran ¡quién lo creyera! en aquel momento, con el mayor descaró, contrabandistas.

Aún hay más. Durante el primer período, el Gobierno central ejerció su accion en todo el territorio español de la Península, y tuvo naturalmente abiertas todas sus aduanas. En el segundo hay tres años, de los cinco, durante los cuales, el Gobierno no ejerce autoridad alguna sobre la parte del país que ocupa la insurreccion carlista, hasta tal punto, que ha establecido una línea interior de aduanas á lo largo del Ebro y del Gállego; línea enteramente inútil, porque como no está defendida por carabineros, la pasa todo el que quiere con los géneros que le parece, ahorrándose el trabajo de presentarlos al adeudo. Y además el Gobierno ha tenido que abandonar toda la frontera de Francia, en la cual sólo funciona la aduana de Camfranc, y aún ésta sin auxilio alguno de carabineros. Los empleados de la de Irun han tenido que refugiarse en Hendaya; los de la Junquera están en el Pertus ó en Figueras; los de las demas aduanas se han retirado, dejándolas abandonadas; todo ello, por supuesto, con conocimiento de la autoridad.

Ahora bien: si á un hombre medianamente inteligente en esta materia se le dijera:

«Queremos comparar para conocer los productos de la Renta de Aduanas de un país, dos períodos de igual número de años.

»En el primero de estos, hay paz perfecta; en el segundo ocurren incesantes insurrecciones que al fin se convierten en una guerra civil permanente.

»En el primero, la autoridad funciona regularmente contra el fraude; en el segundo, anda por tierra el principio de autoridad, y hay alcaldes que ayudan públicamente al contrabando.

»En el primero, los resguardos ocupan sus puestos; en el segundo, los resguardos se ocupan de hacer la guerra, dejando abierta, sin la menor defensa, la frontera más extensa y por donde más contrabando se hace.

»En el primero, el Gobierno extiende su accion á todo el territorio nacional; en el segundo, algunas provincias están constantemente ocupadas por el enemigo, y por consiguiente fuera de aquella accion; y algunas otras más, unas veces están en poder del enemigo, y otras en poder del Gobierno.

»Con estos antecedentes, se pregunta, ¿en cuál de los dos períodos habrá debido producir más la Renta de Aduanas?»

Aquel á quien tal pregunta se dirigiera, creería que se le preguntaba de burlas, y apenas se dignaría contestar que en el primero, temiendo decir una vulgaridad palmaria. Y tendría razon, porque lo natural, lo lógico era que en el segundo período hubiera experimentado la Renta un formidable descenso.

Y sin embargo, no sólo no ha sucedido así, sino que ha habido un aumento, observándose que, mientras en el trascurso del primer período el pro-

ducto de la Renta va rápidamente bajando desde 1864 en que tuvo su apogeo, hasta el de 1868 en que llegó á su mínimo; en el segundo, aquel producto lleva la progresion inversa, en términos, que en 1870 da ya un aumento; en 1871 da mucho más, y si bien el rompimiento definitivo de la guerra civil ocasiona un descenso en 1872, vuelve la Renta á reponerse en 1873 y 74, áun á pesar de las locuras carlistas y federales.

Se ve, pues, aquí un efecto inesperado y contrario al que la lógica y la sana crítica justamente deducían; y como no hay efecto sin causa, hay que buscar á aquel efecto una causa ó algunas causas favorables al desarrollo de la Renta; causas que deben ser tan poderosas que hayan bastado con su fuerza impulsiva á equilibrar primero y á superar despues el movimiento de retroceso ocasionado por todo el conjunto de causas adversas que han existido y hemos enumerado.

¿Y cuáles han sido esas causas?

Fácil es el designarlas. Las causas han sido la reforma de los Aranceles y la Organizacion del Cuerpo de empleados de Aduanas. Sólo estos dos accidentes han ocurrido despues del primer período y para el segundo: sólo ellos, por consiguiente, pueden ser la causa del fenómeno que observamos.

La reforma del Arancel, levantando todas las prohibiciones y reduciendo discretamente los derechos exorbitantes de los principales artículos de comercio, ha producido un aumento de importacion, cuyas principales cifras veremos un poco más adelante, y que sin dañar á la industria, ha bastado, no sólo á compensar la natural baja que en la Renta había de producir la baja de las tarifas de percepcion, sino que ha alcanzado á reconstituir la Renta, que iba en lastimoso descenso, alcanzando la cifra más alta que había tenido desde 1864, y dando por último, un excedente en el conjunto de los años comparados.

La organizacion del Cuerpo de empleados de Aduanas ha contribuido al mismo fin, perfeccionando y moralizando la administracion. Comenzada y preparada aquella organizacion algunos años ántes, y concluida en 1870, ha dado por resultado la creacion de una multitud de empleados inteligentes y probos que gozan de una estabilidad desconocida en España, y que están á su vez sujetos á tan rigurosa disciplina, que no son ya pocos los que han salido del Cuerpo á consecuencia de escrupulosos expedientes, con el estigma que los imposibilita para volver jamás á tomar parte en la administracion de tan delicada renta.—Hombres enlazados por estrechos vínculos de parentesco con personas que ocupaban los más elevados puestos del Estado, han sido expulsados del Cuerpo: más de una vez lo han sido tambien todos los empleados de una Aduana,

que en vano han acudido á todos los medios humanos para volver al servicio; y recientemente ha podido leerse la lista oficial, aunque sin los nombres de los castigados, de todos los castigos impuestos á empleados del Cuerpo; lista que, si puede causar la triste impresion de que son bastantes las faltas que se cometen, produce tambien el consolador convencimiento de que cuando el Gobierno se propone administrar con vigorosa mano, lo consigue siempre, y encuentra siempre quien le secunde, y tiene siempre medios de descubrir el mal y de castigarle.

Continuando el camino emprendido, premiando y castigando, como se ha hecho sin consideracion á personas, los empleados de Aduanas llegarán á ser un modelo de cuerpos administrativos, tan acabado cuanto es dable exigirlo á la imperfeccion humana. El director general podrá conocer con exacta minuciosidad el carácter, la inteligencia y las demas condiciones de cada uno de sus individuos para utilizarlos donde más al servicio convenga. Ellos mismos se conocerán y se intervendrán unos á otros, y formado el espíritu de cuerpo, que tan provechoso es cuando se le imprime una buena direccion, cada uno, por el decoro de todos, procurará no mancharse y huirá, como ya sucede afortunadamente, de cualquier compañero que inspira la más leve sospecha de inmoralidad.

Que la intervencion de un Cuerpo de esta clase había de ser beneficiosa á la Renta de Aduanas, era cosa prevista por cuantos estudian las ciencias administrativas, y aún más por cuantos prácticamente conocen y lamentan los desastrosos efectos de la empleomanía en nuestra patria. La experiencia ha venido á probar que aquellas previsiones eran fundadas: y, sin embargo, ¿quién pudiera imaginarlo? hay todavía personas que pretenden preferir á las sanas restricciones con que la organizacion del Cuerpo limita la omnipotencia ministerial, la libertad completa de poner y quitar empleados que deja al ministro á merced de las exigencias de la política, que más de una vez sirven para encubrir fines de mala especie y que le obligan á nombrar administrador de una aduana al lacayo de un señor ó al dependiente de una casa de comercio.

Personas habrá del vulgo de los políticos que tal preferencia se atrevan á sostener; pero ningun ministro conservador que estime en algo su honra, derogará la ley del Cuerpo de Aduanas, que se salvó, á medio organizar, del empuje de la revolucion, y que despues ha atravesado milagrosamente los difíciles períodos de mando de radicales y republicanos.

LOPE GISBERT.

(Continuará.)

EL PANENTHEISMO.*

Sr. D. Ramon de Campoamor.

Mi muy querido amigo: La réplica de usted no simplifica la controversia comenzada, ántes al contrario, la extiende; pero desparramándola, gracias á incesantes explosiones, de luces y de fuegos. No podía acaecer otra cosa poniendo usted mano en ella. Su espíritu, cada dia más rico en nobilísimas impetuosidades, arranca en su carrera de cuanto le rodea, mil y mil destellos y centellas, que si producen á primera vista algo semejante á una via láctea que pasma y marea por la fulguración rapidísima con que se suceden, dejan puntos luminosos, ó inflamados por lo ménos, en el alma que cariñosamente los contempla. Mi flemática serenidad, que usted tacha de enervante y adormecedora, hubiera sido sano contrapeso á la viva, inextinguible y veleidosa espontaneidad de usted; pero usted me arrastra y corro tras sus pensamientos, perdiéndonos ambos, en el caprichoso laberinto que van figurando las idas y venidas, las vueltas y revueltas de su gentil y gallarda fantasía. Se ofenderán, y con razon, las leyes del órden y método científico, con esta manera de discurrir y de exponer; pero declino toda responsabilidad y voy donde me llevan.

Quisiera seguir punto por punto su escrito de usted para prevenir nuevos llamamientos «á la lentaja,» frase que no sé por qué cautiva y enamora á un poeta tan delicado y de gusto tan exquisito, como el autor de las *Doloras*.

I.

Dejemos en paz á los Hipocentauros con que usted soñaba y olvidemos á los que en la sombra maltratan su nombre de usted.—Muerden limas de acero, y su tiempo y su actividad no tienen otro empleo digno que los espionajes y denuncias de que usted habla.—¿Qué han de hacer si no hacen esto?—¡Compasion para las miserias humanas, mi querido poeta, y olvido para las bilis y las hieles que engendran en los desdichados los trabajos y los merecimientos ajenos!

Pero lo que sí rectifico desde ahora es que esas gentes sean krausistas, y lo que rechazo de todas veras es que, malhumorado, extienda usted la acusación á la escuela. No, usted conoce á los más de los krausistas (áun de los ortodoxos), yo los conozco también, y de antemano, sabedor de su nobleza y rectitud de carácter, puede afirmarse y afirmo, que no es exacto, con relacion á los krausistas, lo que le *aseguraron* á usted. Será cosa de

* Véase el número 65, correspondiente al 25 de Mayo.

los *agregados*, segun la ingeniosa frase de Pedro Aguera (1). Demos de mano también á la hipérbole anticientífica de la hemiplegia de veinte años que padecen las universidades y al temor de la parálisis que le inquieta, y detengámonos en el por qué de la antipatía á Krause.

Es una repugnancia artística más que científica, escribe usted. Todos los sistemas prestan vigor al espíritu y enardecen la fantasía; pero el Krausismo no. Confiese usted, mi querido poeta, que el *que ha descubierto la belleza en el sistema de Cabanis*, no puede decir eso. Muy predispuesta y encolerizada debe andar contra Krause su musa de usted cuando sus teorías humanitarias cosmogónicas y metafísicas no la han inspirado. El fenómeno sirve para mostrar, cómo la predisposición del ánimo influye en la fantasía artística; pero no patentiza vayan desnudas de belleza las concepciones del racionalismo armónico.

Desde Pitágoras, todas estas concepciones de armonía universal y recóndita, que donde quiera suena y luce, han embebecido á los poetas, porque el genio es esencialmente una armonía. Pero no insisto: su malhadada antipatía de usted le hace ver el hirviente Océano de la armonía universal como un mar muerto, y no se discute con el icterico sobre la blancura de las cosas. Es indispensable una curación prévia.

II.

Verdad hay en decir que me brindó usted ocasion para protestar de las burlas y los desgraciados donaires de gente que presume de chistosa, contra la memoria del ilustre Sanz del Rio. Confieso mi culpa; porque usted, que es hombre de entendimiento, no podía contarse en el número de los burles; pero recojo con solicitud el testimonio de su respeto al finado, y hago punto en esto, porque declaro que no penetro la miga de aquella acusación de *estrabismo* que usted dirige al eminente filósofo.

Es tan alambicada la alegoría que me quedo á oscuras. Pero importa poco á la cuestion que Sanz del Rio lo viese todo de *lado*, y me fijo en lo de que el Krausismo es una doctrina *enredada* en el fondo y confusa en la forma. ¿Por qué es *enredada* en el fondo? Usted lo sabrá; pero no lo dice y yo no tengo el don de adivinar. ¿Confusa en la forma! ¿De qué forma habla usted? ¿Del sistema ú ordenamiento general de las partes de la ciencia? ¿De la manera de exposicion de Ahrens, Tiberghien,

(1) Preguntado el ingeniosísimo diputado á quien cito, si un estimable hombre público, astúo comensal de los krausistas, era también filósofo, contestó con inimitable gracejo:

—No; ese es *attaché*.

Los *agregados* son los que han incurrido en los excesos que ridiculiza Campoamor.

Leonhardi, Sanz del Rio ó Krause? Yo no sé qué forma es esa de que usted habla, y por si es la primera, digo que no la hay más completa y trabada en sus diversas teorías, ni conozco concatenación que respire mayor vitalidad lógica en la filosofía moderna, sin exceptuar el Hegelianismo. Si es lo segundo, repito lo que en mi anterior: escriben mal, los que escriben mal, sin que me obligue á cambiar de dictámen la afirmación de usted de que la confusión es inherente al sistema. Será verdadero ó erróneo, que de esto no tratamos ahora; pero lógico, claro, preciso y ordenadísimo, no hay modo de negarlo, sino de la manera dogmática que usted lo hace (1).

III y IV.

Pero, vamos á la *lenteja*.

—«El Krausismo es anti-artístico—escribe usted.

—»El Krausismo es un sistema fundado en una noción de la *esencia* radicalmente falsa—añade usted.

—»En el Krausismo la verdad es imposible de toda imposibilidad, y es de una imposibilidad metafísica—afirmaba usted por último.»

Demos de mano la primera afirmación, porque nos llevaría muy lejos, y no es para hoy discurrir sobre el arte, sobre la belleza de la verdad, sobre la calidad de la belleza espiritual, ni sobre otros puntos que sería necesario examinar, y vamos á la más doctoral de las afirmaciones de usted. «El Krausismo descansa en una *falsa noción* de la *esencia*.»

¡Oh, si me hubiera usted dado la noción verdadera de *esencia*, cuánto adelantáramos y con qué seguridad podría escribir! Pero elige usted un punto de vista de negación vulgar, diciendo dogmáticamente, que es falsa la noción de *esencia* del Krausismo.

¿Cómo quiere usted definir la *esencia*? La palabra es nueva, data de Cicerón; pero los escolásticos la emplearon de continuo y los tomistas especialmente.

(1) Aprovecho la coyuntura, ya que hablo en las columnas de la REVISTA EUROPEA, para agradecer una exposición de un libro mío sobre «Doctrinas religiosas,» que publicó esta REVISTA en su último número. No apelo de su juicio. Dado está por persona entendida y me someto á su fallo; pero si quisiera observar á mi discreto crítico: 1.º Que da sobrada importancia al libro, que no es más que una colección de estudios, como su título lo indica; 2.º Que los he publicado para preparar la aparición de otro sobre «Teología racional,» en el que (aunque temeroso del éxito), sigo las leyes de una exposición razonada, y que no quiero publicar hasta conocer las últimas comunicaciones que espero del ilustre Vera; 3.º Que no tenía por qué aclamar á Lichtenberger como mi guía, porque los más de mis estudios habían aparecido en la *Revista de España* en Abril y Junio de 1872, y el libro de Lichtenberger es del año siguiente, y no me sirvió sino desde el momento en que lo cito (página 322), y para la biografía y exposición de algunos libros de Schleiermacher, en lo que el pastor alsaciano aventaja á los demás expositores y biógrafos; 4.º, Y es lo principal, que Lichtenberger es protestante, ortodoxo, y yo no soy protestante.

te, y corrió por la filosofía cartesiana y por los libros de Leibnitz, y hoy se lee en los libros filosóficos, pero con diversas acepciones.—¿Qué es la *esencia*, ó qué se entiende por *esencia*?

Yo, para evitarle á usted enojos, quiero y me propongo defender doctrinas krausistas sin acudir á Krause ni á ninguno de sus discípulos. Es un Krausismo anterior á Krause el que defiendo, y usted se convencerá (si consigo mi objeto) de que la antipatía es injusta ó debe usted extenderla á los filósofos que han hablado de *sér* y de *esencia*, que son todos los de la Edad moderna, desde el famoso tratado de santo Tomás de Aquino.

Esencia es lo inherente á una cosa; ó lo que la constituye en especie determinada; ó el principio de las operaciones y propiedades de alguna cosa; lo que primero se concibe en ella; lo que se expresa por la definición; lo que la cosa es; la razón primaria y fundamental relativamente á los demás predicados, etc., etc., etc.—Elija usted la que guste: todas son de buen linaje y noble alcurnia, y ninguna tiene sangre krausista en las venas.

La *esencia* no se confunde con la existencia. Son distintas, y no se identifica en el orden humano y natural la *esencia* con la existencia. No es la existencia predicado esencial de la *esencia*, es un predicado accidental.

En Dios se identifican absolutamente la *esencia* y la existencia, y como por la soberana *esencia* son todas las cosas, todas viven por ella y en gracia de su acción conservatriz y presente, y como esta *esencia* soberana está en todo y por todo, y comprende, penetra y contiene todo lo que es, *de ella son* todas las cosas y *en ella son* y *por ella son*.

¿Acepta usted la definición y la distinción? Si la acepta usted, como creo, no verá inconveniente en que sea la *esencia* de la humanidad distinta de la existencia particular y determinada de los hombres y de Juan, Pedro y Diego, ni verá un monstruoso panteísmo en que digamos que esencialmente *somos en Dios*, y que en la existencia de Dios está la *esencia* de todas las cosas, ó como dice Balmes:—«La *esencia* de todas las cosas, abstraída de todos los seres particulares, es algo real, no en sí y por separado, sino en el *sér* donde se halla la plenitud de todo.»

Que la *esencia* de todas las cosas se hallen en Dios, aún cuando el hombre no se acuerda de Dios, y quizás le niega, es pensamiento consolador.—«El hombre tiene á Dios en su entendimiento, repito con Balmes, en sus ideas, *en todo cuanto es*, en todo cuanto piensa; *la fuerza perceptiva se la ha comunicado Dios. La verdad objetiva se funda en Dios*; no puede afirmar una verdad sin que afirme una cosa representada en Dios. Esta comunicación ínti-

ma de lo finito con lo infinito, es una de las verdades más ciertas de la metafísica.»

Nuestra esencia está en Dios y Dios está en nosotros—mi querido poeta,—y esta verdad generadora del panentheísmo, que no quiere ser, ni dualista, ni pantheista, no sé por qué escandaliza á usted, ni mucho menos por qué se le antoja fría y prosáica.

¡Oh, si fuera poeta, rompería en psalmos al encontrar esta verdad que me inicia en la vida de los infinitos, y que hace vibrar en mi espíritu, como ecos melodiosos y suaves, todos los himnos de los cielos! ¡Pero usted no ve más que *lentejas!* ¡Cuánto lo deploro!

Pero es que Krause ha dicho que «la humanidad en el schema del sér, tiene la figura de una lenteja! ¡Qué trivialidad, mi buen amigo! El schema es una representación plástica para la fantasía, en la que se figura geoméricamente la relación de los seres, y dada la diversidad de la naturaleza humana espiritual, corpórea, etc., con el espacio producido por intersecciones de figuras que representen el espíritu y la naturaleza, se dibuja la complejidad de la humana. ¡Quita ni pone á la verdad de la doctrina, que la figuración geométrica de estas esencias sea más ó menos bella y se preste más ó menos á ejercicios de agudeza y discreto?»

No olvido el argumento que usted me recomienda. Todo está en Dios, sí: la esencia de todas las cosas está en Dios, y por Dios es todo, mediante Dios existe y todo permanece por la inmanencia de Dios, porque todo en Dios tiene su fundamento, su razón. Luego todo es Dios... ¡oh! no: hablamos de *esencia*, no de sustancia ni de existencia. Decíase en lo antiguo *quæ, per quam et in qua sunt omnia*, lo que, no mal traducido al romance, dice: que en Dios, bajo Dios y mediante Dios, son todas las cosas, en cuya paráfrasis no veo motivo para que suponga usted lapidada cruentamente la lengua castellana.

Que las cosas sean *en* Dios, no es decir que todas las cosas son Dios, es sencillamente el *in qua sunt omnia*. Porque está en Dios *esencialmente*, no es pantheista. Porque sean *por Dios* y se siga una relación de dependencia entre Dios y aquello que es mediante Dios, no brota el dualismo, que consiste en la afirmación cabalmente opuesta, consiste en negar la inmanencia de Dios en las cosas, y la trascendencia de las cosas como siendo esencialmente en Dios.

Dios da la esencia á los seres, y todas las escalas y grados de seres posibles ó actuales corresponden á las escalas y grados de las esencias que están en Dios como en su fuente. Dando Dios la esencia á los seres en la diversidad infinita en que están en él, se alejan los temores de pantheísmo y de dualismo, que sin razón asaltan á usted.

Discurrimos en todo esto, en compañía de San Anselmo, San Clemente, Santo Tomás de Aquino, Fenelon, Gioberti, Balmes, Gratry, Hugonin, sin que ninguno de esos krausistas que exaltan el sistema nervioso de usted, salga á plaza, y vista la analogía y semejanza de las conclusiones, convendrá usted conmigo en que no era *radicalmente falsa la noción de esencia* prohibada por el Krausismo, sino que por el contrario, penetró con segura mirada Krause la grandeza de la doctrina de la esencia, y penetró como nadie la verdad de la distinción entre la esencia y la existencia, que creo, con el Padre Ceferino Gonzalez, es uno de los mejores timbres entre los gloriosísimos de Santo Tomás de Aquino.

¿Tiene usted algo más que objetar? ¿Reconoce usted que el motivo alegado no hiera al Krausismo, sino que es una vaguedad negativa contra la ontología cristiana?

Vamos á la tercera tesis.

V.

—«En el Krausismo, la verdad es imposible, con imposibilidad metafísica—escribe usted.»

Parece que le mueve á usted á esta afirmación la opinión de que, en el terreno de la ciencia, las oposiciones son absolutas y los contrarios no se armonizan, y que los eclecticismos quedan como de la exclusiva propiedad y uso de la práctica y de los políticos.—¿Es así?

Partiendo de esta opinión, moteja usted á Krause de eclético, y supone usted que funde lo material y lo espiritual en lo absoluto, sin que se diga si las esencias son las mismas ó son diferentes.

No es Krause eclético, según el valor y precio usuales de la palabra. No hay eclecticismo cuando se afirma una ley, un criterio, una doctrina: lo hay cuando se aceptan doctrinas diversas con un criterio convencional ó de circunstancias, no con un criterio científico que es siempre una ley. Si por eclecticismo se entiende recoger y examinar todos los problemas que en su ascencimiento suscita la razón humana, y relacionarlas entre sí y con un todo, ensanchando de este modo la enciclopedia científica, entonces Krause es eclético, como lo fué Descartes y Santo Tomás y Platon, y en nuestros días Schelling y Hegel, que recibieron la historia de la razón humana en su plenitud, procurando colocar cada cuestión en el punto que interesa, y á cada pensador en el lugar que ocupa en el imperecedero razonamiento que se prosigue al través de la historia.

El espíritu y la materia son dos datos que el conocimiento procura aisladamente, y aparecen como opuestos y contrarios. Debe, sin embargo, desaparecer esa oposición puramente relativa, no negando uno ú otro de los términos, no identificándolos,

sino demostrando que uno y otro están subordinados á un principio superior á ambos que los genera y los explica. Esto lo ha hecho siempre la filosofía, y no conozco sistema, desde el Sankhya indio, que no intente lo mismo.—La unidad que es la ley, y ley muy principal, en todo conocimiento lo ordena.

¿Son diversas naturaleza y espíritu? ¿Qué duda tiene que lo son á los ojos del buen sentido? ¿Son opuestos? ¿Qué duda tiene que en oposicion relativa aparecen á los ojos de la experiencia? ¿Se excluyen y absolutamente se contradicen de manera, que la afirmacion del uno equivale á la negacion absoluta de la existencia del otro?—¿Amigo Campoamor, quién sostendrá semejante aberracion? ¿Por qué olvida usted las distinciones de materia, forma y sustancia de los aristotélicos, de sér, esencia y existencia, posible y actual de la escolástica, para preguntar: «¿las esencias del sér y de los seres son diferentes?—Sí.—Dualismo.—¿No?—¿Panteismo?»—Hablamos de esencia.—En Dios, la esencia es idéntica á la existencia.—*Deus est sua essentia. In Deo idem est esse et essentia.—Intelligere Dei est sua essentia. Voluntas Dei est sua essentia.—Deus est sua vita*, escribían los escolásticos, y en este sentido no se habla propiamente al hablar de *las esencias* de Dios, dada su unidad simplicísima. Pero en el lleno infinito del *esse* divino están las esencias de las cosas, y, sin embargo, como enseñaba Fenelon, «Dios no es espíritu ni cuerpo, porque como sér absoluto no comporta determinacion ó limitacion alguna del sér, y en Dios están las esencias de los seres determinados espíritu y cuerpo.»

Como se ve, son diferentes y no hay dualismo; están en Dios las esencias y no hay panteismo.

No voy más allá de las dudas que usted estampa, y, sin embargo, mucho más que eso y mucho más profundo y verdadero hay en Krause, en sus teorías teológicas; pero quiero convencer á usted de que no tiene razon, y me atengo á la letra de lo que tan galanamente escribe, para que no me acuse de *sabias disertaciones*.—Pero esas esencias parciales ¿son idénticas en el fondo con la esencia general, y sólo varían en la forma?—pregunta usted á renglón seguido.—No; si son esencias, son diversas. Esencia, implica siempre determinacion, límite, excepto en Dios, en que *idem est esse et essentia*.—Luego no hay panteismo, luego no cambian las esencias, luego son inmutables, luego la mudanza, como cambio de los seres, no significa más que serie de actos al traves de los que, la esencia va significándose, declarándose, expresándose segun su manera y condicion.

¿Ve usted como no tenía razon, y como la nocion de esencia es verdadera, tal como yo la explico y no confundiéndola con ser ó existencia, que es como usted quiere aplicarle para engendrar una

confusion que es la atmósfera propia del sofista?

Con lo dicho va contestado lo que usted dice «del pobrísimo recurso de acudir á teorías del amor »místico y al panteismo de sentimiento.» No he acudido á teoría alguna mística ni sentimental, sino á doctrinas ontológicas sobre el sér, la esencia y la existencia; y crea usted que no es un rasgo de sentimiento el «en Dios somos y vivimos»; sino una profunda idea, una doctrina ontológica que guía á todas las escuelas *realistas* en la Edad Media y en los tiempos modernos. Huir del panteismo y evitar el dualismo han sido los empeños de la teología moderna, y bien puede asegurarse que estas sanas tendencias se originaron de las enseñanzas cristianas, nacidas al calor del *in Deo sumus*.

En resumen: 1.º, la furiosa impugnacion de usted sobre el panentheismo, tal como se lee en las dos cartas publicadas, va contra los maestros del ontologismo cristiano, á quienes pertenecen los textos y citas que he recordado en los párrafos anteriores. Pero no toca ni llega á la concepcion de Krause en la aportacion genial de que le es deudora la historia de la filosofía; 2.º, que la doctrina de la esencia que usted estimaba *radicalmente falsa* es la doctrina comun, corriente desde el famoso libro sobre el *Ente y la Esencia* hasta los novísimos tiempos;

Y, por tanto, que quedo esperando argumentos y razones que disculpen sus elocuentes filípicas de usted contra Krause y los krausistas.

No es en la doctrina de la esencia donde encontrará usted motivo para dudas y correcciones.

VI y VII.

Confieso que la frase *pasion política*, envolvía en mi pensamiento la censura que usted acepta respecto á predominio de la ciencia oficial y á la prueba de *buen gusto*, dada por los gobernantes en el último incidente universitario.

¿Pero qué párrafos leo con este motivo en su artículo de usted! Los he leído ya muchas veces, y el asombro aumenta. ¿Cómo contestar, y contestar á un amigo queridísimo que incurre en ese lamentable extravío?

En estas dudas me veía doliéndome del caso y afligido por la extremidad en que me encontraba, cuando algunos lunares literarios, advertidos en esos trozos, me empeñaron en su exámen crítico, y tras larguísimo y minucioso análisis gramatical, retórico, científico y político, suspiré satisfecho, exclamando con gozo igual al de Arquímedes, «No son de Campoamor».

Creo que los párrafos VI y VII son interpolaciones debidas á descuidos de imprenta ó quizá á malas artes de alguno de aquellos Hipocentauros que en la sombra conspiran contra su limpia fama de escritor discreto. Estoy seguro, muy seguro, de

que, sometida la cuestión á peritos, los revisores, ayudados de la crítica interna, declararán como yo apócrifas esas páginas. ¿Cómo, dirán, un escritor tan ingenioso, desembarazado y suelto, discreto y culto como Campoamor, pudo escribir esos trozos de prosa *bourgeois* melodramática y terrorífica, capaz de conmover á la tendera más *conservadora*? «Moral diferente de lo que la justicia consigna en sus códigos,» «cañones apuntados contra el orden social» moral en la que todo es esencialmente necesario, «donde no hay bien ni mal.» «Ciudades abrasadas, campos desiertos, templos derruidos, familia adventicia, anarquía, etc., etc.,» y todo esto, todo esto por el Krausismo!!

Lo repito, esa página es un Bouchardy en elecciones; no es de usted. ¿Cómo podía usted desconocer que no hay ni es posible que haya ciencia oficial y que ni los gobiernos, ni las instituciones no fabrican ó confeccionan ciencia para su goce ó provecho, sino que se produce y declara la ciencia por la libre actividad de la razón humana que no es razón sino es libre? ¿Cómo habrá de desconocer este axioma el escritor más original de estos tiempos, y el pensador más altivo y díscolo de estos últimos decenios?

¿Cómo desconocer que la moral práctica, la deontología enseñada por los krausistas es severa, purísima y conforme con todas las prescripciones cristianas y con las de los códigos de los pueblos modernos?

¿Cómo usted podría decir que existe divergencia entre la recta conciencia moral y la doctrina del deber de la escuela krausista, cuando no hay medio de señalar esa divergencia?

¿Cómo, hablando en España y no en la China, y de hechos de ayer y no de sucesos prehistóricos, podría usted imputar al Krausismo incendios de ciudades, tala de campos y demolición de templos, cuando de lo que ha dado ejemplo es de un iluminismo político que deja en mantillas á los cuákeros?

¿Cómo, por último, usted que conoce los libros del Krausismo desde los Mandamientos de la humanidad hasta el manual del distinguido profesor Gonzalez Serrano, podría afirmar que todo es necesidad en su moral, que no hay Ley real y absoluta en sus enseñanzas, ni ideas de bien y mal en la doctrina?

No es de usted esa página. No es compatible con su instrucción en la materia; no cuadra con la rectitud de su carácter; es impropia del aticismo de sus pensamientos de usted y de su estilo; el sesgo declamatorio y gerundiano que sigue la frase, no es el que estudiamos con deleite los admiradores de usted, y hasta la dicción es campanuda y afectada, cosas que á usted repugnan por extremo. Por todas estas razones de *crítica interna*, sostengo que no es de usted esa página; y como sólo discuto con

usted y no con *otro*, no la contestó, limitándome á negarla en redondo con la autoridad que me prestan doctrinas sabidas y hechos de todos conocidos.

Si quiero, lleve entendido el que la escribí, que si gusta de frases fuertes y toques de brocha, guarde sus gustos y aficiones para mejor ocasión, que en discusiones graves y de carácter científico, á duras penas pasa la cosa como una extravagancia. Si quiere escribir de ello, que razone y nos explique su teoría de la ciencia oficial, y por tanto, según los tiempos democrática, radical, sagastina, unionista, moderada, neo-católica ó absolutista; que nos diga cómo de una institución ó de un programa político surge una teoría y un sistema; de qué manera se constituye y vive ese cerebro nacional á quien los gobernantes encargaran sucesiva y contradictoriamente; moral, derecho, medicina ó teología, como se encargan fusiles y cañones para el ataque ó la defensa, y todas las demás cosas recónditas que necesariamente han de saberse para enseñar ciencia ministerial, en el tono y en el ritmo que sea halagüeño y agradable á los gobernantes. ¡Oh, será de *buen gusto* decir desde el poder: «La ciencia soy Yo»; pero *lo da mayor* y regocija más á los que lo escuchan!

También sería muy del caso que probara con datos, puesto que de hechos se trata, lo de las cátedras convertidas en barricadas contra la autoridad y el orden social.—Nunca, ningún profesor, ni krausista ni antikrausista, y la acusación no tiene otro origen que el odio desatentado y ciego, que por desgracia nuestra, constituye la única relación entre los hombres que militan en España en distintos partidos.

Pero lo más curioso sería la demostración de que, según el Krausismo, la conciencia humana está vacía de verdades reales ú ontológicas, y que la vida de la conciencia y lo que en su seno se muestra, no es más que el *gusto* ó el *capricho* de un casquilucio Juan Palomo, para que reconociera que algún genio avieso y maleante, se ha burlado de su candor intelectual, enseñándole todos esos dislates como joyas y preseas del Krausismo, sin advertir siquiera, que á renglón seguido le repetía que el Krausismo es un panteísmo grosero, lo que se compeadece con las anteriores acusaciones, como la luz con las tinieblas.

Que le pregunte á su enredador maestro de Krausismo ¿en qué quedamos? ¿es el Krausismo un subjetivismo individualista en el que la *conciencia propia* pinta, figura, salta y gesticula al compás de su capricho, ó es un panteísmo *tosco* en que no hay más que una *esencia*, que es la *lenteja*, en la cual todo se suma, resuelve y confunde?

Si conociera al fogoso declamador, le advertiría que no es lo mismo orden social que situación polí-

tica, y que conviene precaver el error egoísta de juzgar, constituye el orden social el predominio político de los *nuestros*. ¿Qué se persigue, ó qué quiere que se persiga el autor de esas frases? ¿Al Krausismo ó á la libertad de la razón? ¿Sobre qué llama el fuego que abrasó á las ciudades malditas, en un paroxismo de ira que toca en el extravío? ¿Sobre los krausistas ó sobre los que estudian, sin otra ley que la única propia del estudio, que es la libertad? ¡Vano empeño! ¡Del cielo descende luz, y no fuego, que no hay ya para Dios ciudades malditas en el mundo santificado por el trabajo y rejuvenecido por la libertad!

Por último, le diría que no es lícito confundir á Krause con Bakunini, como hace con el mayor desenfado al hablar de anarquía y de familia adventicia, el autor de ese desaguisado literario, que ha cosido trozos de paño burdo á los delicados encajes, que iban mostrando la fastuosa fantasía y el agudísimo ingenio del príncipe de nuestros poetas líricos.

VIII.

Pero dejemos al autor desconocido para discutir con el ingenioso de las *Doloras* y de los *Poemas*.

Otro cargo dirige usted al Krausismo no ménos injusto que los nacidos de la *verdadera nocion* de la *esencia*. «El krausismo *ha aventado* de este país los sistemas de lo más original, poético y atractivo de la filosofía alemana, con la pedantesca asercion de que todos eran incompletos, y los discípulos de Sanz del Rio han hecho retroceder cien años, por lo ménos, la educacion filosófica de España.»

Recordemos.—Por los años en que comenzó en España á extenderse la noticia y el conocimiento de las doctrinas de Krause (1853-1856), no era fácil dibujar el sesgo y camino que seguían los estudios filosóficos.—Dominaba en algunas universidades, por ejemplo, en Barcelona, gracias á los esfuerzos del inolvidable Martí Eixala y de su dignísimo sucesor el Doctor Llorens, la escuela escocesa, y Hamilton era el maestro, la autoridad, el faro. En Sevilla, una tendencia hegeliana, debida á un nombre muy reverenciado por la juventud sevillana, se indicaba y traslucía en los discursos y estudios de la juventud democrática, y en Madrid vagaba la atención pública entre las tradiciones del espiritualista Tissot, debidas á Nuñez Arenas, las exposiciones de los eclécticos de García Luna en el Ateneo, y de Uribe en la Universidad. Fuera del nombre respetable de Balmes y de las excentricidades teológico-políticas de Donoso Cortés, la cultura filosófica no recibía otro alimento.

Era imposible desconocer que aquel marasmo brindaba ocasion para encender nuevos faros y para reanimar el espíritu. Llegaban á España, como llegan las olas á las últimas arenas de dilatada playa, al-

gunas noticias, y murmurio, de las escuelas alemanas, despertando los temores y los enamoramientos que siempre suscita lo que se conoce mal, y en tal coyuntura, de regreso de su viaje científico á Alemania, abrió cátedra en Madrid Sanz del Rio.

Era el Maestro, tan insigne como dije en mi carta anterior; la ocasion de perlas; el afán de entrar en el movimiento europeo, general, y desde 1857 y no ántes, cundió el gusto y la afición, no á la filosofía krausista, sino á la filosofía alemana. Los libros franceses de Willmn, Remusat, Bartholmess, Barchou de Penhoen, corrieron de mano, y nuestro Lemming se vió acosado por los que deseábamos conocer la lengua de Schiller y Goethe. Como decía Sanz del Rio, los más nos volvimos desde el dintel, y sólo por los años 1863 á 1867 se formó un cenáculo en torno del Maestro, que asidua y tenazmente trabajó bajo su consejo recogiendo sus últimas lecciones.—Algunos ya han muerto y no quiero que pase la ocasion sin tributar un cariñoso recuerdo á la buena memoria de Tapia y Vela, nobilísima, dulce y simpática inteligencia.—Después figuraron en la revolucion, gracias á condiciones relevantes, algunos de los discípulos más fervorosos. La influencia política de los adeptos perjudicó á la influencia intelectual de la escuela, suscitándola antipatías y enemistades. ¡Son estos accidentes y peripecias muy propias de la vida española, que todo lo viste con los colores de la pasión que domina!

Hé aquí la historia, sencilla pero verídicamente expuesta. No tuvo más proporciones el caso. Hoy son muy contados los krausistas ortodoxos y pocos más son los que sólo aceptan el sentido y la tendencia del racionalismo armónico. ¡Hé aquí el monstruo, la hidra, contra la cual esgrime usted su potente clava!

Pero no por eso amengua á los ojos de la crítica el singular beneficio de que es deudora la cultura española á Sanz del Rio y á los krausistas:—Sus tareas han reanimado, por no decir han creado (que sería lo más exacto), el espíritu científico en nuestra España.

¿Qué cultura ahogó el Krausismo? ¿Qué órganos filosóficos se atrofiaron? ¿Qué sistemas *aventó* de aquí? ¡Si no los había, si no germinaban, si era un erial la conciencia filosófica!

Si hubieran existido abundantes tradiciones filosóficas en nuestra historia literaria, como sucedía en Francia ó en Italia, comprendo que se suspirara por una renovacion del espíritu antiguo; pero á contar desde el siglo XVII, ¿qué podíamos recordar que detuviera y dominara el ánimo solicitado por las magnificencias de la ciencia alemana?

Y entre las escuelas alemanas, ¿qué otra ventaja á la krausista para preparar y educar científicamente el espíritu de una raza meridional deseosa de sinte-

sis y verdades universales, creyente y dogmática como lo es la española?

¡Ah! Es que Krause entiende que su pensamiento es completo, y mira como incompletos todos los demás—dice usted.—Toda concepción que aspira á la síntesis parte de igual juicio, y la filosofía alemana desde Kant, constantemente procura llegar á la síntesis.—Y digo mal desde Kant, que bien pudiera decir desde Descartes y desde Santo Tomás, Lulio ó Alberto el Magno, Plotino, Aristóteles ó Platon.—¿Cómo no, si esa y no otra es la aspiración de la filosofía y de la razón del hombre?—¿Conocía usted acaso el sistema que apuntaba por los años 1840 á 1850, y cuyo florecimiento ha retardado en un siglo la predicación del Krausismo? ¿Dónde están los anuncios siquiera de esa maravilla?

Esta discusión, mi querido amigo, no es una verdadera discusión, y por tanto entretendrá, pero no aprovechará á los que nos lean. Es un discreteo y no una controversia científica. Para que fuera fecunda, ya bajo el aspecto histórico, ya en el teórico, hubiera sido muy del caso fijar lo que es y debe ser un sistema filosófico hoy en el siglo de Kant y Hegel; convenir en los criterios y Leyes del conocimiento; descender después á la raíz y fundamento del sistema de Krause, y entonces sería llano el juicio.

De otra suerte, discreteemos, pero no filosofamos.

Yo no hubiera podido estampar con aquiescencia de la opinión general, la verdad que acabo de escribir, sin la provechosa influencia del Krausismo.

Confesará siempre la crítica, que se debe al Krausismo el sentimiento de respeto á la filosofía; la convicción de que es preciso método y rigor en la indagación de la verdad; la seguridad de que el dato de conciencia ofrece luz y norte, y no pocas veces fundamento; la libertad para razonar sin mira preconcebida ni propósito interesado; la verdad de que en Dios está el principio de la ciencia y el noble empeño de que obremos, pensemos y queramos con conciencia de nuestros pensamientos y actos, para no desear lo injusto y para huir del mal.

Convendrá usted conmigo en que esas excelencias, reconocidas ya como una natural exigencia de la cultura general, son de precio.—Pues son ya frutos del Krausismo.

Hace pocos años, nada más grato á los educados en los actos de nuevas universidades, que discusiones como ésta, en las que bastaba á los sostenedores proponer sutilmente tres ó seis silogismos; formular con agudeza unos distingos; mostrar vivacidad en la réplica, y con estos artificios se conseguían aplausos, porque no más exigía ni anhelaba la cultura general.

Hoy nos censuran á usted y á mí, los más, di-

ciendo (con mucha razón), que no discutimos grave y científicamente. ¡Sanos efectos del Krausismo en la opinión general!

Renovado el espíritu filosófico con estas lecciones, es de esperar que en lo futuro será fecundo, que tanto crece el conocimiento de la verdad, cuanto aumenta el espíritu en atención, respeto y amor para recibirla.

IX.

Concluyamos. Me curaba en salud á indicar á usted que me reservaba mi libertad de pensar sobre puntos muy capitales del Krausismo. Mi previsión hasta ahora queda burlada, porque he demostrado que ni siquiera llegan á las teorías krausistas los cargos y censuras que usted formula.

¿Es que estamos todavía en el introito y no ha descubierto usted las baterías? Podrá ser y es de esperar, conocido su inagotable ingenio; pero en tanto rompe usted de nuevo el fuego, rectificada la puntería, permítame usted que recuerde ensueños de otros días. Apetecíamos hace muchos años que resonaran en nuestra querida España las notas que expresan las propiedades fundamentales del espíritu humano: las que engendran los hechos históricos embalsamándolos con la tradición; los que vibran mirando las brumas indecisas y flotantes del porvenir; las que llegan de orillas del Rhin, de las costas de Italia ó de las universidades inglesas, y que viviendo en nuestro siglo con el espíritu abierto á todos los puntos cardinales, con inagotable tolerancia y benevolencia á todo lo que sea estudio, invento, intuición, experiencia, se educará el genio filosófico de esta raza perspicua y potentísima en el orden intelectual como sus hermanas la griega y la itálica, bajo la acción fecunda de la libertad racional. Yo sigo deseando lo que deseaba, y por ello he protestado contra sus injustas imputaciones, por más que no me alcanzaran personalmente; pero sí á amigos y compañeros dignos de respeto y hoy en desgracia. ¿No es un deber la imparcialidad? Yo creo que he sido imparcial, al intervenir en esta discusión entre unos y otros amigos que se iniciaba con violencias inusitadas y dañosas siempre, para el estudio y para la verdad.

Abrigo la consoladora esperanza de que lo reconocerá usted así, procurando sincera satisfacción á su antiguo amigo Q. B. S. M.

F. DE PAULA CANALEJAS.

28 de Mayo de 1875.

CARTA AL SR. D. RAMON DE CAMPOAMOR.

Mi querido amigo: No era mi intencion terciar en el debate á que ha dado lugar el ya célebre prólogo de mis *Dudas y tristezas*, aunque á ello parecieran obligarme las acusaciones de complicidad en los desaguisados que usted ha cometido en él, acusaciones completamente infundadas é improcedentes, á las que no he querido dar otra respuesta que el silencio, tanto porque no se han formulado en público, como porque no acostumbro ceder á presiones de índole semejante. Dado lo difícil de mi posición en el asunto, pensaba yo que lo más acertado era mantenerme neutral en la contienda, ya que ninguna obligación tenía de romper lanzas en favor de una escuela filosófica á la que hace algun tiempo he dejado de pertenecer. Abrigaba, además, la confianza de que usted, reconociendo lo desacertado de su conducta, procuraría dar al olvido su yerro y no insistiría en el mal camino emprendido; pero desgraciadamente, léjos de hacerlo así, ha reproducido sus ataques, no ya á la escuela precitada, sino á cosas que están por cima de ella, y lo ha hecho con un tono y en un terreno, que no sólo me dispensan de toda reserva, sino que me obligan á abandonar mis anteriores propósitos y terciar abiertamente en el asunto.

Una vez consentida por mí, por no ser posible otra cosa, la insercion de su prólogo al frente de mi coleccion de poesías, era claro que yo no tenía derecho alguno á combatir las apreciaciones en él contenidas, á ménos de infringir las costumbres literarias que en estos casos rigen, y faltar á todo género de consideraciones y respetos, y aún á la buena educacion. Por eso he guardado silencio respecto á dicho prólogo; pero desde el momento en que usted trata la cuestion en otro terreno, desde el momento en que renueva sus afirmaciones, agravándolas, en un documento extraño á mi libro, yo poseo el perfecto derecho de romper lanzas, no ya con mi prologuista (lo cual fuera inusitado y descortés), sino con el autor del artículo titulado: *¡Á la lenteja! ¡Á la lenteja!* lo cual varía por completo la cuestion.

Conste, pues, que en esta carta no voy á ocuparme del prólogo ni de las doctrinas en él contenidas: aunque sí haré una declaracion que me importa mucho, pues con ella se desvanecen por completo las injustas acusaciones que se han formulado contra mí.

Esta declaracion (que espero confirmará usted), es que *yo no he tenido conocimiento del referido prólogo hasta que se dió al público en esta REVISTA*, es decir, cuando ya no era posible dejar de aceptarle, sin grave escándalo y descortesía notoria; que,

á haberlo yo visto á su debido tiempo, no se hubiera publicado sin que previamente desaparecieran de él, no los ataques al Krausismo, sino los ataques, más ó ménos explícitos é intencionados, á las personas que entre nosotros representan esta escuela; única cosa que yo, por razones que á usted nunca han debido ocultarse, estaba obligado á no consentir.

Y hecha esta declaracion, nada más he de decir respecto al prólogo, y paso á ocuparme del artículo que ha publicado usted en contestacion á la carta del Sr. Canalejas.

He dicho ya, y vuelvo á repetir, que no tengo para qué defender á la escuela Krausista de los ataques que usted la dirige, bajo el punto de vista metafísico. He sido entusiasta soldado de esa escuela; he creído hallar en ella la solucion del problema filosófico; pero reflexiones posteriores y detenidos estudios me han convencido de que no le ha sido dado realizar sus generosos propósitos, y que en ella no es posible hallar la fórmula definitiva, ni aún la más perfecta, del pensamiento moderno. Reconozco sus errores y defectos; censuro, como el que más, las faltas en que han incurrido sus representantes en España; estoy al lado de usted en sus ataques á los desafueros, tan injustificados como enormes, que cometen sus expositores con la lengua castellana; pero de esto á tratarla con la injusticia, con la intemperancia, con la intencionada saña que usted revela en su polémica, hay un abismo que yo no puedo, ni debo, ni quiero salvar, porque me lo vedan altísimas consideraciones que usted ha puesto en olvido con lamentable precipitacion.

Es más: debo protestar, y protesto con toda la energía de mi alma, contra las acusaciones que usted lanza á esa escuela y á sus representantes, acusaciones que exceden de los límites de una polémica científica para revestir un vedado carácter cuyo verdadero nombre no quiero decir. Debo protestar también, á nombre de la dignidad de la ciencia, contra el tono que usted emplea al dirigir sus ataques, tono inconvenientísimo en asuntos que deben tratarse con seriedad y respeto, y no con chistes de dudosa ley y dudoso gusto, que son un verdadero atentado contra cosas santas. El pensamiento humano, sincera y lealmente expuesto y determinado en una construccion científica, no es cosa baladí que pueda tratarse en són de mofa y escarnio, ni semejante modo de juzgar y censurar sistemas puede admitirse jamás entre hombres serios. *Sancta sanctè tractandæ sunt*, Sr. Campoamor.

Todo eso de *la lenteja*, los *Hipocentauros*, las *sublimes entendederas*, la *hemiplejía Krausista*, los *jóvenes pentacrósticos*, el *mar muerto de la filosofía Krausista*, el *estrabismo intelectual* de Sanz del Río,

la *leguminosa*, el *estanque de la lenteja*, el *buen señor Krause*, la *inocencia enorme* del mismo, el *candido Tiberghien*, las *meriendas de Juan Palomo*, el *panteísmo burdo, inintelectual y primitivo*, y otros *chistes* de este jaez, son cosas nunca permitidas en una polémica científica, de notorio mal gusto y de gracia muy escasa; cosas que pueden soportarse en una gacetilla del *Mundo cómico*, pero que cuadran muy mal en un escrito que lleva al pie la respetable firma de D. Ramon de Campoamor. Créame usted: una polémica de esta especie causará al Krausismo poquísimo daño; pero abrirá profunda herida en la reputación científica y literaria de que usted goza con tanta razón y merced á tan relevantes títulos.

Pero no es esto lo más grave del caso. Lo grave es el momento escogido para el ataque *personalísimo* que usted ha dirigido á la escuela, como colectividad más que como doctrina. El cargo que con tal motivo le ha hecho el Sr. Canalejas no ha sido contestado satisfactoriamente. Desligado de vínculos intelectuales con el Krausismo, pero unido por lazos de amistad con sus representantes, tócame á mí reproducirlo con toda energía.

Que usted, *en plena revolucion*, ha dicho *pública y oficialmente ante la plana mayor del Krausismo*, lo que en esta polémica sostiene, será verdad, pues que usted lo dice; pero es lo cierto que esos ataques no han aparecido en la prensa como los de ahora, ni han tenido, por tanto, la trascendencia y el eco de éstos. Usted diría esas cosas (probablemente con mejores formas) á los Krausistas cuando era juez de las oposiciones á que ellos (entonces poder) le llamaban, rindiendo justo y merecido tributo á su valía; pero no escribía usted en aquella ocasión prólogos ni artículos como los de ahora, ni los delataba como enemigos del orden social y perturbadores de la pública enseñanza, ni seguramente tenía de ellos en aquella ocasión idea semejante, pues á tenerla, ni hubiera aceptado sus favores, ni diera su voto á los opositores á cátedras que tan disolventes ideas profesaban.

Yo sé bien que usted es incapaz de hacer á sabiendas nada que no sea noble y delicado; pero su naturaleza impresionable le arrastra á realizar hechos, que si los examinara á sangre fría, le parecieran dignos de censura. ¿Cómo, de otra suerte, habría usted esperado para lanzar contra la escuela Krausista y sus hombres tan acerados dardos, el momento en que sufre persecución? ¿Cómo hubiera provocado al combate á los que no pueden defenderse? ¿Cómo hubiera, en suma, llevado su acaloramiento al punto de considerar como *prueba de buen gusto* ciertas medidas del ministerio Cánovas, que yo no puedo discutir aquí, porque probablemente me faltaría para la defensa la libertad

que á usted sobra para el ataque? ¡Ah, Sr. Campoamor! Cuando el adversario está indefenso, cuando la desgracia y la persecución le abruma, no es justo ni caritativo denostarle, y ménos excitar contra él las iras de la opinión y del poder. Esa polémica hubiera sido un acto de valentía, ya que no de buen gusto, cuando el Krausismo reinaba en las esferas oficiales; hoy es un acto que yo no quiero calificar por dos razones: la primera, porque me lo veda la amistad que á usted profeso; la segunda, porque estoy convencido de que en usted no hay pecado, porque no hay clara conciencia de lo que ha hecho. Se halla usted bajo el peso de una obsesión inexplicable; el día que vuelva en su acuerdo, le causará no poco dolor y remordimiento su actual conducta.

¿Qué espíritu malévoló se ha apoderado de usted al escribir ese artículo? ¿Cómo ha podido usted estampar, con ánimo tranquilo, las tremendas y no probadas acusaciones que en él se encuentran? ¿Quién le ha dado derecho para decir que el ministerio Cánovas ha obrado bien al no permitir que en las Universidades se enseñe una moral diferente de la que la justicia pública consigna en sus códigos? ¿Ha oído usted que ningún krausista explique moral, ensalzando el robo, el asesinato, el adulterio, la calumnia ó la traición, que es lo prohibido por los códigos? ¿No recuerda usted que dos profesores krausistas que explican moral, y uno de los cuales ha escrito un libro de ella, con mi humilde colaboración, fueron hechos catedráticos por un tribunal de que usted formaba parte, y obtuvieron de usted voto favorable? ¿Pues si no debe enseñarse esa moral en las Universidades, cómo hizo usted catedráticos á los que la enseñan? ¿Cómo se permite usted atacar la *libertad de la ciencia*, como lo haría el más furibundo neo-católico, y dar á entender que ese es principio exclusivamente propio de los krausistas? ¿Ignora acaso que la libertad de la ciencia es dogma de toda filosofía racional, sea la que fuere, de toda política liberal y de todo gobierno culto, á tal punto que los gobiernos más conservadores, si la niegan en la esfera de la enseñanza oficial, jamás la desconocen en la enseñanza privada ó libre? ¿Tanto le ciega su furor anti-krausista que le obliga á renegar de sus antecedentes liberales y á poner en olvido los más elementales principios de la ciencia moderna?

No quiero hablar de lo que dice usted respecto á la *política socialista* del Krausismo, y á los *fieles soldados de la milicia de lo ininteligible que para hacer descargas cerradas y convertir la ciencia en una barricada contra la autoridad pública, no necesitan más que tener por norte la moral de su sistema, y por excitante los estímulos de lo que ellos llaman la propia conciencia*; á lo cual añade la

peregrina afirmacion de que en el Krausismo no puede haber moral, ni conciencia, afirmacion que funda en una serie de errores filosóficos, que si algo prueban es que ó no ha leído ó no ha entendido esa doctrina. Y no quiero hablar por varias razones: la primera, porque dejo intacta la cuestion filosófica para que la ventile con mayor acierto y autoridad que yo, mi distinguido amigo el Sr. Canalejas; la segunda, porque temo no tener la libertad suficiente para tratar asuntos que se rozan muy de cerca con las disposiciones del actual gobierno; y la tercera, porque ante semejante serie de acusaciones, á las que siguen luego formidables amenazas y abiertas apelaciones al poder civil para que emplee la persecucion contra esta doctrina, me faltaría la serenidad necesaria para tratar la cuestion con la calma debida, y como cumple á quien desea conservar la buena amistad que con usted le une.

Por eso pongo aquí fin á esta carta, en la cual no debe usted ver otra cosa que la expresion del profundo dolor que su conducta causa á su buen amigo
C. B. S. M.

MANUEL DE LA REVILLA.

LA ANTROPOLOGÍA Y EL NATURALISMO CONTEMPORÁNEOS EN ALEMANIA.

Häckel. — Huxley y Darwin.

Peschel. — Schmidt. — Jüger. — Helwald.

III. *

Cuando hubo formulado Darwin la teoría del origen de las especies, no se hizo allí alusion directa ni referencia marcada á la especie humana, y sin embargo, fué obvio para la mayor parte de los filósofos y naturalistas, que admitió y reconoció su valor y trascendencia, que no restaba ya más que avanzar un poco, y en consecuencia con los principios establecidos, determinar el origen de la especie humana, no por fuerza de grandes razonamientos, sino procediendo en virtud de las bases ántes fundadas. Se fué, pues, reduciendo y concretando el problema á un punto particular de interes secundario, si se quiere, pero que enclava el fundamento capital de toda la cuestion antropológica.

Consistía ésta principalmente, en señalar el lugar que el hombre ocupa en la Naturaleza, la relacion que sostiene con los restantes organismos, é indicar las formas intermediarias entre éstos y él. El problema, pues, tomaba como tema capital, la resolucion de las dificultades que estorbaban la entrada del sér humano en la teoría general de las especies, y se afanaba en

llenar con alguna probabilidad de certeza el confuso abismo de contradicciones que esto impedía, debiendo comenzarse por el estudio de las analogías entre la forma humana y los séres que le son más inmediatos.

Sólo por la anatomía comparada, podía el científico determinar concretamente la semejanza ó diferencia que entre los séres más inmediatos al hombre y éste existen, pues aunque en el Hombre hay otras realidades, las llamadas psíquicas, que sólo de una manera imperfecta ó en indelebles rudimentos se encuentran en el animal, es claro é indiscutible que la comparacion no podía establecerse sobre este terreno por dos motivos muy importantes: primero, porque las manifestaciones psíquicas que se observan en el Hombre no se dan en él arbitraria y espontáneamente como productos sin antecedentes que las prepare, sino en íntimo concierto con su naturaleza toda y en dependencia relativa de los órganos físicos; y segundo, porque son muy defectuosas todas las observaciones hechas hasta el día de las propiedades psíquicas de los animales inferiores, con quienes se le pretende comparar.

Decidido así, emprender la exploracion por medio del estudio comparativo de las formas anatómicas; el comienzo debía iniciarse con aquellos organismos cuya estructura es más semejante á la humana. Entre todos los animales, el que al punto choca por su semejanza con el Hombre, es el mono. No es esto ciertamente una observacion nueva, pues ya desde tiempos muy remotos se ha reconocido este hecho, y su existencia ha excitado vivamente la imaginacion del hombre, que para explicarla se formaba las ideas que mejor se adecuaban al estado de su cultura. Así, por ejemplo, vemos que los indios antiguos, y aún los de nuestros días, no sólo tenían un gran miramiento por ese animal, sino que el respeto y estima que le profesaban, rayaba casi en veneracion religiosa, como de sobra nos lo prueban los numerosos templos que en su honor fueron erigidos. Los egipcios grabaron su estampa en el porfirio y crearon divinidades, cuyas formas y existencia eran idénticas á las de este sér. No sabemos si los romanos le concedieron un valor religioso, y si su semejanza con el hombre produjo en sus sentimientos creaciones fantásticas; positivamente sí sabemos que en su cuerpo estudiaban la estructura anatómica del cuerpo humano, y que comprendían por consiguiente la relacion que entre ambos existe. Con los árabes se verifica una especie de reaccion que empieza á propagar cierta repugnancia hácia ese animal, que aumenta y crece cuando mayores son sus semejanzas, y ven en él un sér maldecido por Alah, trasformado de hombre en bestia, y presentando la encarnacion más grotesca de diablo y hombre (1).

Ya más tarde, cuando el comercio y trato de pueblos lejanos fueron limitándose á causa de esa incu-

* Véase el número anterior, pág. 481.

(1) V. Brehm. *La vie des animaux*, tomo I, pág. 2.

bacion de nacionalidades que llamamos Edad Media, y cuando todas las fuerzas libres y disponibles se dedicaban á la formacion y elaboracion de nuevas existencias, y no era posible por lo tanto ningun género de comunicacion entre los nuevos pueblos europeos y los antiguos asiáticos y africanos, á no ser las que únicamente obedecían á un fin religioso, y alguna que otra que cumplía un ambicioso aventurero, nada tiene de extraño que la fantasía enmarañara las más extravagantes concepciones sobre la existencia de aquellos seres.

En tiempos más cercanos y cuando el espíritu científico empezó á salir de su prolongado letargo, todos los ensayos y estudios que encontramos no pueden, por su naturaleza iniciadora, detenerse en puntos determinados de comparacion. El carácter que en esos trabajos resalta es el de clasificacion, division y subdivision de los organismos. Sin embargo, en estas clasificaciones precisamente encontramos de algun modo el lugar que al Hombre en la Naturaleza daban, y por consiguiente su relacion con los organismos y con los que le son más inmediatos. Así en Linneo hallamos que, bajo el nombre de *primates* comprendía al hombre, al mono, al prosimio y áun otros. Más tarde, Blumenbach separó al hombre y le hizo entrar en un orden especial, al cual dió el nombre de *bimano*, mientras que el mono y el hemipithecó entraron en otro que llamó de *cuadrumanos*. Esta clasificacion, fundada en la creencia de que el mono carece de piés verdaderos, y que los que tal aparecen son realmente manos, ha estado imperando durante largo tiempo é impera aún entre algunos, aunque muy pocos, y es la que se ha sostenido hasta la aparicion de la obra de Huxley (1), en donde trató de probar que el mono es tan bimano como el hombre, y que la distincion entre piés y manos no debe fundarse en la propiedad fisiológica que tiene el pulgar de la mano de oponerse á los dedos restantes. Häckel admite tambien lo sentado por Huxley, y añade que hay pueblos salvajes que conservan aún la facultad de efectuar ese hecho con el pulgar del pié, y que todo el cambio aparente entre el pié humano y el símico obedece á acomodaciones de la manera de vivir, y que la diferencia no es de ningun modo fisiológica, sino simplemente morfológica (2).

Con el paso dado por Darwin, Huxley y Häckel, éntrase en un período nuevo, que reforma y cambia los anteriores, y representa al hombre como siendo el término superior de la evolucion, habiéndole servido de transicion, mejor dicho, de escala intermedia, los generalmente llamados Antropoides. Como quiera que muchos naturalistas y filósofos siguen este camino indicado, no creemos ocioso recordar el ver-

dadero sentido con que Häckel hace la clasificacion del Hombre y designa su lugar en la Naturaleza.

Cuando se compara al hombre con los demas organismos de la creacion, en primer lugar hay que colocarle entre los *vertebrados*, pues él posee de una manera completa todo lo que les distinguen de los *invertebrados*. Reducido ya á los vertebrados le encontramos formando parte de los *mamíferos*, porque posee tambien lo que propiamente establece esta subdivision dentro de los vertebrados. Comparados ahora los tres grupos principales de que se componen los mamíferos, á saber: ornitodelfia, didelfia y monodelfia (*monotrema*, *marsupialia* y *placentalia*), no hay quien titubee y pueda dudar de colocarle en el último de éstos. Ahora, este grupo se subdivide á su vez en *deciduata* é *indecidua*, entre estas dos subdivisiones, es en la primera donde corresponde colocar al hombre, porque el embrión humano se desarrolla con una verdadera decidua y se hace así distinguir de todos los indecuidos. En los deciduatos encuéntrase dos órdenes, los *zonoplacentalia* y los *discoplacentalia*, y como el hombre sólo en este último grupo puede entrar, no resta ya más sino señalar de los cinco órdenes que constituyen éste, aquel que debe convenirle. Los cinco órdenes que componen el grupo de los discoplacentalia, son: 1) lemuros ó *prosimia*; 2) roedores ó *rodentia*; 3) insectívoros ó *insectivora*; 4) chiropteros, y 5) monos ó *simia*.—De todos estos órdenes el último se asemeja más al hombre, y mayor es esta semejanza cuanto más elevado el grado que en ese último orden hallamos. Y como sucede que entre individuos de ese orden hay más diferencias que las que existen entre algunos de ellos y el hombre, no hay razon para formar sólo con éste un orden especial y para no incluirle dentro del orden comun (1).

Estamos ya en el orden general en que debe ser comprendido el hombre, y examinemos ahora un poco las causas que existen para hacerle entrar en él, y veamos las comparaciones que se han establecido entre las diferentes familias que le componen. Tratándose de este punto, nos permitiremos abandonar á Häckel y seguir al autor de esta innovacion, oyéndole de sus mismos labios, pues él, Huxley, es quien ha formulado las afirmaciones y resultados que los que le siguen, y entre éstos, Häckel, nos presentan, y que con poquísimas variaciones son la norma y la ley de esta cuestion.

Comparando Huxley los organismos más inmediatos al hombre, dice: «que es de todo punto incuestionable que la forma símica que más se asemeja á la humana en la totalidad de la estructura, es la del chimpancé ó la del gorilla.» Hace despues sus comparaciones, no sólo entre éstos y el hombre, sino tambien con todas las formas símicas en general, empe-

(1) Huxley. *Evidence as to Man's Place in Nature*. London, 1863.

(2) Häckel. *Schöpfungsgeschichte*. 3 Aufl., pág. 569.

(1) Häckel. Loc. cit. pág. 536 563 y 572.

zando por su aspecto primero, y examinando despues punto por punto y con todo detenimiento, la capacidad craneana, el agujero occipital, la denticion, la estructura de la mano y del pié, el cerebro y peso de éste, etc., etc., de unos y otros, y formula en cada uno de estos estudios los resultados de su trabajo, semejantes siempre en sus conclusiones, que con ligera variacion dicen, por ejemplo: «bajo el importante punto de vista de la capacidad craneana, puede haber tanta diferencia entre los hombres como entre éste y el mono.» Sigue así hasta que por último resume de la manera siguiente el resultado final de sus conclusiones.

«En definitiva, y volviendo al punto de vista anatómico, cualquier sistema orgánico que se examine, la comparacion de sus modificaciones en las series simianas conduce siempre á la misma conclusion, á saber: que las diferencias anatómicas que separan al hombre del gorilla ó del chimpancé no son tan considerables como las que separan al gorilla de los monos inferiores. Mas al expresar esta importantísima verdad, debo ponerme en guardia contra una mala interpretacion bastante generalizada. He observado, en verdad, que los que se esfuerzan en enseñar lo que con tanta claridad nos muestra la Naturaleza sobre este asunto, se ven expuestos á encontrar sus opiniones alteradas y su lenguaje desfigurado, hasta el punto que se les hace decir que las diferencias estructurales entre los simios superiores y el hombre son pequeñas é insignificantes. Aprovecho por tanto esta ocasion para decir en redondo, que, todo al contrario, son considerables y significativas; que cada hueso del gorilla lleva un sello que le distingue del correspondiente en el hombre, y que en la creacion actual, por lo ménos, no hay sér alguno intermediario que allane la muralla que entre homo y troglodita existe.

»Es tan censurable como absurdo negar la existencia de este abismo; pero no es ménos censurable ni ménos absurdo exagerar su importancia, y tomando en cuenta este hecho, desistir del conocimiento de su extension y de examinar si efectivamente su distancia es inmensa ó de poca significacion. Piénsese, si así se desea, que no hay término de union entre el hombre y el gorilla, mas no se olvide tambien que no es ménos profunda la línea de separacion que hay entre el gorilla y el orang, ó el orang y el gibbon, y que faltan tambien entre ellos formas intermediarias. Las diferencias anatómicas entre el hombre y los monos antropomorfos nos autorizan plenamente para pensar que el hombre forma una familia distinta de la de ellos; pero como al mismo tiempo encontramos que hay ménos diferencias entre él y esos monos, que las que existen entre éstos, no tenemos razon alguna en qué apoyarnos para hacer de él un orden especial.

»Así encuentro justificada la penetracion del gran legislador de la Zoología metódica, de Linneo, que

un siglo de investigaciones nos lleva de nuevo á su conclusion; á saber: que el hombre es un miembro del mismo orden que los monos y lemurijs, y al cual debe conservarse la denominacion liniana de *primates* (1).»

Respecto al abismo, al hiatus, que Huxley dice separa al hombre del antropomorfo, y que tantas objeciones ha sublevado, él se expresa terminante en el prefacio de la edicion francesa de su obra citada, y no cabe ya la menor duda de su pensamiento en esta materia. Compara la expresion que emplea «abismo» al sentimiento que experimentaba en una ocasion, cuando se encontraba en la cima Des Grands-Mulets y contemplaba á sus piés el valle de Chamonix, que le parecía estar dentro de un profundísimo abismo. Había una ruta para este lugar, pero la desconocía, y solo y abandonado á sí mismo, hubiera perecido en uno de aquellos desriascaderos si hubiera intentado bajar al valle. El hombre es para él la cima, y el mono el valle, hay un camino, es indudable, pero le ignora, y «prefiere reconocer este abismo y la ignorancia en que se encuentra, que perecer inocentemente en uno de los profundos derrumbaderos que están siempre al pié del indagador impaciente que no aguarda ni quiere aguardar la direccion de una ciencia más adelantada que la de nuestros tiempos.»

Puesta la cuestion en esos términos, y señalada la semejanza y al mismo tiempo la diferencia que entre *homo* y *simius* existe, no podían dudar los naturalistas, en general, de la aplicacion de la teoría darwinista al origen del hombre; pero se carecía al mismo tiempo de datos materiales con qué demostrar de una manera evidente este hecho, y se comprendía que se comete hasta cierto punto una injusticia científica y una precipitacion imperdonable, cuando con los que sólo tenemos se pretende asegurar la descendencia simica del hombre de una de los antropomorfos que conocemos. El resultado más cierto fué presumir un tipo primitivo, que fuera antecesor comun de uno y otro, y suponer que entre él y los que vemos en nuestros dias existieron tipos intermediarios, en mayor ó menor número, segun la distancia que deba salvarse. No pudo admitirse, ni se admitió por ningun naturalista sério, que una de las formas antropomorfas fuera necesariamente antecesor inmediato del hombre. «Sólo un error vulgar, dice Peschel, ha atribuido al dogma de la trasformacion de las especies, la idea de que el hombre desciende de uno de los cuatro monos superiores. Ni Darwin ni ninguno de sus partidarios han afirmado nunca semejante cosa (2).»

Se le hizo proceder más bien de una ramificacion que se separó desde tiempos muy remotos de un grupo

(1) Huxley. Loc. cit., págs. 70, 108; págs. 202 y 239 de la edition française, y pág. VI del prefacio de esta edicion.

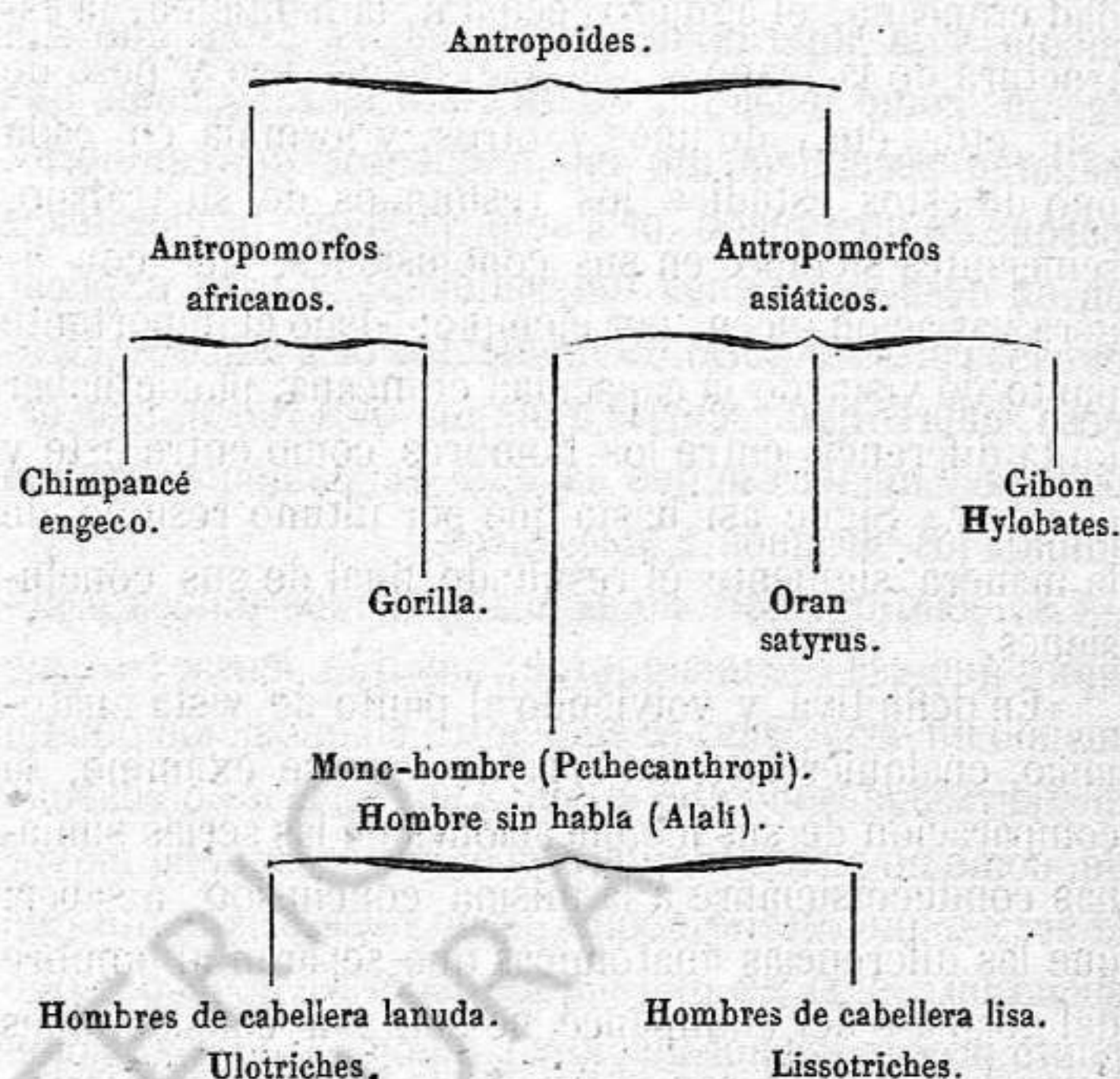
(2) O. Peschel. *Volkerkunde*. Leipzig, 1874, pág. 5.

ya extinguido de los catarrinios, suponiendo desde luego muchas transiciones entre aquellos simios del período eoceno y el hombre actual. Como en contestación á las objeciones que aquí se hacen, Darwin se expresa en estos términos: «La importante laguna que interrumpe la cadena orgánica del hombre y sus vecinos más cercanos, sin que especie alguna viva ó extinguida la resuelva, ha sido presentada con frecuencia como grave objecion á la idea de hacer descender al hombre de una forma inferior. Esta objecion tiene muy poco peso para cualquiera que, apoyado en razones generales, admita el principio fundamental de la evolucion. Encontramos siempre lagunas desde un término á otro de la serie, de mayor ó menor extension, valor é importancia, y de diferentes grados; así entre el orang y las especies vecinas, entre el tarsius y los otros lemuriós. Más todas esas lagunas dependen del número de formas vecinas que se han extinguido. En un porvenir no muy lejano, contando por siglos, habrán exterminado y vencido las razas civilizadas á las salvajes del mundo entero. Casi es seguro que también habrán desaparecido en la misma época, como observa Schaffhausen, los monos antropomorfos. La laguna entonces habrá aumentado...» En cuanto á la ausencia de restos fósiles que enlazasen los hombres á sus antecesores pseudo-simios, basta, para comprender la poca importancia de esta objecion, leer la discusion por la cual sir Lyell muestra cuán lento y fortuito ha sido el descubrimiento de los restos fósiles de todas las clases de vertebrados. No debe tampoco olvidarse que aún no han sido exploradas por los geólogos las regiones que mejor podrían suministrarnos esos restos (1).»

Después de los trabajos de Huxley y de la adhesion de la mayor parte—y la mejor, ¿para qué negarlo?—de los naturalistas á las conclusiones de su libro, quedó como resultado general extinguida la denominacion de bimanos y cuadrumanos, y se efectuó como una fusion de ambos en un orden general, que tomó el nombre de primates, que ya en época pasada hubo de darle Linneo. Más tarde debía Huxley ensayar una nueva clasificacion en tres subdivisiones capitales; *antropidos*, *simiados* y *lemuridos* (2), que resume mejor el carácter general de todos los últimos trabajos, y que va siendo admitida por casi todos los naturalistas.

Antes de terminar este punto, en que sin querer hemos insistido más de lo que es de lugar, permítansenos que reproduzcamos el cuadro genealógico del origen del hombre formulado por Hæckel, que determina en forma plástica la opinion de muchos darwinistas, y limitándonos en él tan sólo á tomar la cuestion desde los antropoides, y dejando su arranque, que

dicho autor considera como una rama de los *catarrinia menocerca* (1).



En este cuadro vemos ya el camino que al hombre quiere señalarse, y ahora es cuando nos toca preguntar cómo y de qué manera es que se ha efectuado esta marcha. Bien sabemos que para muchos vale como definitivo los principios de herencia, variacion y seleccion, presentados por Darwin, y por lo tanto bueno es que veamos si esos principios pueden ser por sí solos suficientes para explicar el salto tan grande que entre el antropomorfo y el hombre hay que dar.

Entre los principios que se nos presentan, lucha por la existencia, herencia, variacion y seleccion, podemos por de pronto prescindir de uno, de la herencia, que, aunque tiene su importancia, no nos es necesario aquí, pues queremos saber, no lo que hoy existe en el hombre y recuerde á sus anteriores transiciones, sino la causa, el motivo y el por qué de la gran variacion que ha efectuado al trasformarse de simio antropomorfo en Homo.—Dan siempre los partidarios exclusivos de Darwin como causa y fundamento la Variacion. Pero queremos preguntar: ¿qué es la Variacion? ¿es ésta, como algunos entienden, en particular Hæckel, simplemente una *adaptacion*? es decir, una acomodacion que el organismo hace en su lucha por la existencia con el nuevo medio que en sus marchas, emigraciones y evoluciones encuentra. En este sentido es el organismo como una masa plástica que va siendo siempre el espejo, mejor dicho, el molde de los medios exteriores en que se encuentra.

De modo que es necesario que exista una armonía entre las fuerzas inmanentes, por decir así, en el organismo, y las fuerzas exteriores que están influyendo en su adaptacion; una vez roto el equilibrio, una vez se determine superioridad en una de las partes, resultaría necesariamente un conflicto, que en ninguno de

(1) Darwin. *Descendance de l'homme*, tom. I, pág. 216.

(2) Huxley. *An Introduction to the classification of Animals*, 1869.

(1) Hæckel. *Loc. cit.*, pág. 571.

los dos casos sería provechoso para el organismo. No debe olvidarse que en la adaptación están siempre en un juego constante estas dos acciones, la externa del medio y la interna del organismo, y estas que son fuerzas como todas las de la Naturaleza, tienen que hallarse perennemente en momentos de equilibrio, porque de otro modo, prorumpiría la que predominara en un desbordamiento determinado; y para explicar el caso contradictorio de momentos de avance y retroceso, habría que recurrir á alguna otra Razon más arbitraria y misteriosa que la que buenamente pueden admitir los puramente *mechnicos*.

Es decir, que para no salir aquí de los únicos principios que esa escuela admite, hay que pensar: ó que cuando un organismo se encuentra en oposicion con un medio más elevado que el que á sus formas corresponde, como no puede adaptarse á él por ser mucho mayor la accion que éste le opone, tiene necesariamente que sucumbir; ó si es que ha de poder vivir, es de todo punto preciso que el medio adaptable esté en relacion y armonía con sus fuerzas, en cuyo caso se produce el equilibrio, y tiene lugar una repeticion ilimitada de sus mismas formas, es decir, lo que Gerland denominaba Evolucion extensiva; y como esas formas han ido tomando cada vez más persistencia, van tendiendo á la estabilidad y se incapacitan absolutamente para toda nueva modificacion, hecho que la Paleontología nos puede comprobar con miles organismos extinguidos en antiguas zonas, y que por su larga existencia se imposibilitaron para acomodarse á las meras variaciones climatológicas.

En una palabra, la adaptación, tal como la entienden Hæckel, Schaffhausen y otros, no puede nunca efectuar un progreso; puede sí repetir y propagar, pero jamás ascender. Es, se dirá, la tendencia á la variabilidad, y la facilidad que todo organismo tiene á cambiar y modificarse. Sino es más que esto, repetiremos que tampoco con ello se nos explica el progreso, y ménos aún el progreso que hay entre un organismo animal inferior y el hombre. En nuestro concepto comete Hæckel una infidelidad bastante notable con Darwin, cuando invierte los términos de adaptación y variacion, y les da un sentido análogo; pues desde este último término es ya más fácil pasar, bien á lo que Fechner llama principio de la diferenciacion, ó á lo que Gerland designa con el nombre de evolucion ascendente, cuyo procedimiento hemos conocido. Hay infidelidad, porque el mismo Darwin no limita nunca la variacion á la adaptación, y frecuentemente reconoce la complicacion que ese término encierra, y dice una vez: «Sea como se quiera, sabemos muy poco de la variabilidad (1).

Prueba de la inseguridad que en esta cuestion había, son las dudas y vacilaciones de hombres muy notables

en adoptar definitivamente esta teoría, y el recelo con que otros, como Peschel (1) y O. Schmidt (2), trataban el asunto, por más que nadie dude de la adhesión y simpatía que á estas teorías profesan. Este principio de variacion ha sido el punto flaco del Darwinismo, y de la manera como se interprete pende la mayor ó menor amplitud que á esa teoría puede darse.

Todos los que imparcialmente examinaban la cuestion, y muchos de los que calurosamente habían aceptado ese principio, de la manera como lo interpreta Hæckel, no han dejado de reconocer su insuficiencia y la legitimidad de las muchas objeciones que aquí hacían. Así vemos, que en la magnífica réplica que el profesor G. Jäger (3) hace á las impugnaciones de A. Wigand contra el darwinismo, no ha podido prescindir de dar un giro nuevo á la variacion, en nuestro sentido muy semejante al de Fechner y Gerland, pues admite en las especies dos momentos: de *plasticidad* y de *implasticidad*, es decir, de variabilidad y constancia, y reconoce tambien la correlacion de uno y otro, y hace ya más comprensible la evolucion progresiva y el estacionamiento de las especies. Es tanto más importante esta modificacion, cuanto que hombres tan competentes como Federico von Helwald, hasta hoy bastante inclinado al principio de adaptación, ha reconocido hace muy poco su mucho valor, concediéndola grandísima significacion para explicar satisfactoriamente las objeciones que se hacían á la teoría de la trasmutacion (4).

IV.

La concordancia que hay entre filósofos y naturalistas para proponer y buscar teorías que expliquen y resuelvan la transicion del antropomorfo al hombre, muestra mejor que ninguna otra prueba el estado imperfecto é inseguro que el principio de adaptación tiene, y la necesidad de alcanzar una hipótesis más probable y general que la de adaptación.

Como muestra de la insuficiencia de esta última, basta sólo poner en cuestion la manera de esta transicion. Bien sabemos lo que se contesta á esta pregunta desde el punto de vista de la adaptación; este progreso, se dice, se ha realizado con la *lucha por la existencia*. Sin negar la gran importancia de este principio, no podemos, por otra parte, admitirle como único y exclusivo, pues nos representamos al mismo tiempo todos los estados de vida que llevan esos antropomorfos, y vemos que la accion de esta lucha, sería tal vez demasiado insignificante, no sólo para producir una graduacion superior, sino para efectuar variaciones mucho ménos importantes.—Pensamos tambien

(1) Oscar Peschel, Loc. cit., pág. 18.

(2) Schmidt. *Darwinisme*, pág. 153.

(3) Gustavo Jäger. *In Sachen Darwins insbesondere contra Wigand*. Stuttgart, 1874.

(4) *Das Ausland*, 48 ter Jahrgang. Nr. 8, 1875.

(1) Darwin, Loc. cit., tom. I, pág. 118.

en que, habitando esos organismos en los árboles, tienen adaptados á este género de vida sus órganos y sus miembros; y lo que es aún más importante, en que sólo aquí pueden encontrar el sustento necesario.— Así, sus piés y manos están tan bien acomodados á este género de vida, que la marcha vertical les es notoriamente molesta é imperfecta, y esto de tal modo, que tienen que recurrir al apoyo de sus brazos; su manera de ser toda, indica el modo de su vida, y cuando le examinamos fuera de su verdadero elemento, es decir, en el suelo firme, sus posiciones acusan claramente la dificultad en que se encuentra. Sus alimentos, además, no puede encontrarlos tampoco en el suelo firme; ¿cómo entonces explicar que para adoptar la marcha vertical haya abandonado sus posiciones naturales, y aún más, sus propios alimentos, con el objeto de adoptar una marcha difícilísima para él, y de buscar nuevos sustentos que le eran totalmente extraños y desconocidos? En nuestro concepto es inadmisibles que esto haya podido suceder de la manera que se nos dice.

Otros, para explicar y fundamentar este hecho, suponen una destrucción súbita de los bosques que estos seres ocupaban, y que una vez que les hubo faltado el medio de alimentarse y de vivir en los árboles, no tuvieron otro recurso que admitir el nuevo medio que se les presentaba. Ocurre aquí preguntar si es posible que la destrucción repentina de un bosque—por la causa que se quiera,—no entrañaría consigo la de organismos tan grandes, sobre todo, como debemos suponer que eran los antecesores del hombre. Aún concediendo que después de esta destrucción sobrevivieran algunos, es de creer que emigraran á otro sitio en busca de sus antiguos elementos de vida; pues pensar que esos bosques fueron destruidos, y que, no obstante, siguieron permaneciendo en esos lugares devastados, los antropóides que se habían salvado, es en nuestra opinión una explicación incomprensible, por el motivo que esa destrucción no podía ser tan particular que se limitara únicamente á los árboles, y no se extendiera también á las plantas inferiores del suelo. Suponer revoluciones climatológicas, es pensar también en la emigración de esos antropomorfos, ó en su desaparición y muerte, como el antiguo *Hylobates* suizo. Conjeturar una concurrencia con otras tribus símicas, es suponer que los vencidos son los que han progresado, pues la tendencia general, por la cual todos combatirían, no podía ser otra que por sostenerse en el medio que les era más cómodo y natural, y sólo los más débiles son los que se hubieran visto forzados á abandonar las ramas de los árboles y sus antiguos alimentos para adoptar la marcha vertical, resultado que está en oposición con el principio de la Selección (1).

(1) Gerland. Loc. cit., 170, 174.

Hay, pues, necesidad de buscar otra fórmula, y hasta ahora creemos que la más admisible será aquella que explique esos pasos por otro procedimiento, sea éste, bien el de Fechner ó el de cualquier otro que sobre el asunto dé más luz.

Gerland no admite este paso por ninguno de los procedimientos propuestos, y cree imposible esa transición mientras se la explique como hasta ahora se ha hecho. La teoría de los *adaptistas*—si así podemos expresarnos—la encuentra estéril para explicar la transición tan grande que existe entre el hombre y el mono, y para dar cuenta de la causa que impulsa la Evolución á realizar ese progreso. Además, si lo que esta teoría afirma fuera lo que efectivamente tuvo lugar, se nos presentaría el hombre como el resultado de una ramificación lateral; como el producto de una desviación que goza de la particularidad de ser superior á todo lo que le había antecedido, «á la manera de gérmenes superiores de la copa de un árbol, que dieron y crearon nuevas formas y nuevas flores, de mejor naturaleza que las ya producidas por el mismo árbol.» Fundado también en lo que llamó *evolución extensiva*, no puede admitir que el hombre proceda de una forma símica elevada, porque considera á todas estas como repeticiones de un tipo primitivo, y no ve en ninguna de ellas progreso de importancia, puesto que sólo varían y propagan formas existentes, incapaces de ascender en la escala de la Evolución; y como para dar al hombre origen símico sería necesario afiliarle á las formas superiores que existen, y como éstas son repeticiones inveteradas de un tipo del catarrinio, se tropieza con la dificultad de explicar el progreso en formas donde predomina casi exclusivamente la herencia y la conservación de un tipo, por donde sostiene que el hombre no procede de los antropóides ni de los catarrinios en general.

Otra razón que Gerland presenta también como de mucho peso para no admitir el origen catarrinio y hasta símico en general del hombre, es la estructura y configuración de la mano y del pié entre estos organismos. En todo tiempo se ha concedido gran importancia á este punto, y ya vimos ántes como en él se fundaban al establecer la clasificación de bimanos y cuadrumanos, y bien conocidas nos son además las denominaciones de bípedos, cuadrúpedos, etc. Por la analogía que existe entre mano y pié, se ha considerado á uno de los dos como fundamental, y al otro como la modificación de éste. Broca, por ejemplo, considera al pié como el tipo fundamental, y á la mano como un pié modificado. Gerland, por el contrario, cree que es la mano, y que se encuentra sujeta á mayores modificaciones por su proximidad á los centros nerviosos, y que el pié, cuya principal misión es el sostenimiento del cuerpo y que no tiene que sufrir tantos cambios, sigue, sin embargo, á la evolución de la mano y aproximándose á ésta de la mejor manera posible.

En vista de la estructura del pié y de la mano del catarrinio, cree Gerland imposible admitir que el pié y la mano del hombre procedan de ellos, y que aún sería más fácil sostener, dada la forma de estos miembros, que los catarrinios descienden de una forma semejante á la humana. Esta afirmacion la funda de la manera siguiente: «En el pié del mono, son los dedos mucho más largos que en el del hombre, y el del medio es más largo. El tarsus, al contrario, es mucho más corto, y tanto en algunos monos, que á primera vista se ve que á sus expensas se han alargado los dedos, y que se aproxima bastante al carpio, si bien no pierde nunca el verdadero carácter del pié.» Comparando detenidamente la proporcion de unos huesos con otros, su posicion, y hasta su ejercicio, hay motivo suficiente para no admitir que estos miembros del hombre procedan de un origen catarrinio, y que dada la estructura osteológica, y sobre todo la musculatura particular de la mano y del pié del mono, es más fácil pensar, y tal vez más verosímil, que el pié humano y el símico proceden de una misma forma, que sirvió de fundamento á ambos. Hay además en el pié del mono muchos huesos como el *calcaneus*, *astragalus*, que destinados á servir de apoyo, no cumplen este fin en él, que busca en otros y no en éste apoyo.

Por esa razon es inadmisibile suponer que éste último pié sea el típico, y es más lógico considerarle como degenerado, es decir como derivado de otro que tenía una funcion adecuada á su forma; degeneracion que atribuye Gerland á un cambio de vida, en que hubo más ejercicio de unas partes que de otras, y que por tanto el mono procede de una forma que habitó primero el suelo firme, y que despues se convirtió en trepador.

La cualidad sola de habitar el mono en los árboles, indica que es un organismo degenerado, porque todos los animales que llevan ese género de vida, son siempre secundarios y procedentes de otra forma superior, como por ejemplo, los roedores, los perezosos y los kangurús que se encuentran en este mismo caso. Aún más, observemos á los monos mismos, y veremos que las trasformaciones de sus extremidades han sido tanto mayores, cuanto más antigua y más constante ha sido la costumbre ó necesidad de habitar en los árboles. El gorilla, por ejemplo, que relativamente vive algo sobre el suelo, no tiene los dedos tan largos; ni tan diformes el pulgar y el calcañar; el orang, que ya es más trepador, tiene tambien mayores deformaciones, y así, hasta que observamos á los Hylobates que se sirven de todós esos miembros en el género de vida que llevan, como los pájaros de sus alas.

Segun esto, tenemos aquí un orden inverso del que hasta hoy ha sido seguido, y á la vez que reconocemos las importantes razones presentadas por Gerland, no podemos decidir si son éstas suficientes, y si esta

inversion dará nueva luz á las hipótesis hasta ahora propuestas; desde luego no puede negarse que es sumamente ingeniosa y original, aunque por otro lado no estemos completamente seguros de que este resultado no sea un efecto de la aprension general que en casi todos los hombres existe, de reconocer un parentesco cercano con ciertas formas símicas, repugnantes por su misma semejanza con la nuestra.

No olvidamos que examina esta cuestion, segun dice, con absoluta independecia, y que le es «completamente indiferente que el hombre tenga el antecesor que se quiera, porque ahora somos *hombres*, y capaces por lo tanto de perfeccion espiritual, con cuyo hecho la diferencia que entre el Mono y el Hombre existe, es *infinita é inconmensurable*. Mas aún—continúa,—la idea de que el hombre se ha desarrollado por medio de formas símicas, es mucho más fecunda, teológica y teleológicamente considerada, que la doctrina de la caida por el pecado (1).» De mucho valor son estas declaraciones, pero sin que entremos á discurrir y examinar hasta qué punto han dominado á Gerland estos propósitos, y si se ha dejado arrastrar á un camino que no deseaba seguir, creemos que existen dos objeciones graves que han de hacer los darwinistas partidarios del antiguo método. Primera: ¿Por qué las condiciones del medio que explican el descenso que hay desde la forma comun al hombre y al antropomorfo, no pueden tambien explicar el progreso? Segunda: Sin considerar el salto inmenso que debe darse desde otra forma cualquiera que no sea símica, ¿no hay, en lo que Gerland sostiene, una contradiccion con los principios mismos de la Evolucion, que por propia naturaleza debe ser progresiva? ¿No le hubiera sido más lógico, al introducir un nuevo elemento constitutivo en la Evolucion, aceptar el curso de ésta tal cual en la Naturaleza se nos muestra?

Ya para concluir, queremos transcribir la opinion de un nombre nada sospechoso y de grandísima autoridad, para que se entienda la manera cómo se piensa en Alemania sobre estas cuestiones, y se vea cuán injustificados y cuán ligeros son muchos juicios, que por desgracia se oyen repetir con harta frecuencia.

«No se crea que aceptamos el dogma de Darwin como cosa definitiva y perfecta, sino como el mejor ensayo para explicar la relacion entre las creaciones anteriores y las posteriores, y que algun dia cederá su puesto á otra explicacion más satisfactoria. A la verdad, no nos es comprensible por qué han de sentirse intranquilos con esta teoría algunos espíritus pietistas, pues al conceder á la Creacion poder para renovarse y producir en sus obras una tendencia hácia lo más perfecto, creemos que se le da mayor dignidad y significacion. Queremos hacer presente á los fanáticos el riesgo que corren en injuriar á un naturalista

(1) Gerland. Loc. cit., 166.

tan respetable y tan digno (so hoch geachtet) como Darwin. Cuando Copérnico formuló su teoría, aún no muy bien fundada, de la naturaleza planetaria de la Tierra; cuando despues el telescopio dió su demostración sensible, y cuando ya Keplero hubo demostrado con sus leyes la exactitud del sistema de Copérnico, la nueva verdad era, sin embargo, condenada y prohibida por la curia romana y por los protestantes celosos. De manera, que por haber procedido el Creador en sus obras segun el sistema de Copérnico y no con el de Ptolomeo, fué puesto en el Índice por medio de las personas que proclamaban su verdad, y fueron perseguidos como herejes aquellos en que Dios había esperado seis mil años para que sus obras fueran reconocidas. Tambien ahora tenemos á nuestra vista dos creadores: el de Cuvier, que destruye sus obras porque más tarde piensa de otra manera; y el de Darwin, que creó á lo animado con la propiedad de ser variable, previendo ya desde el comienzo las direcciones de estos cambios de forma, y dejando que el reloj siga sus pasos sin interrumpirle la marcha. Un descubrimiento cualquiera podría mañana mismo demostrar que el Creador verdadero se asemeja más al de Darwin que al de Cuvier; y entónces sucedería á los apasionados de hoy lo que á los perseguidores de Galileo, inculparse por haber perseguido al Dios verdadero en nombre de un fantasma científico.»

«La teoría de la trasmutacion tiene en su historia un hecho brillantísimo. Cuvier redujo al silencio á Lamarck, el antecesor de Darwin, pidiéndole una forma intermedia entre el *Paleotherium* y el caballo, puesto que el uno debía ser trasformacion del otro. ¡Cuán grande sería la humillacion de Cuvier, si pudiera entrar en uno de nuestros museos, al contemplar al bello Hipparion, y hallar en él una cumplida respuesta á su exigencia! (1).

JOSÉ DEL PEROJO.

LA ORGANIZACION DE LA DEMAGOGIA FRANCESA Á LA CAIDA DEL IMPERIO NAPOLEÓNICO.

V. *

LA DEMAGOGIA Y EL FIN DEL IMPERIO (1869-1870).

Tan pronto como los jacobinos y los hombres de la Internacional redoblaron sus fuerzas con su alianza, vióse progresar las ideas socialistas y multiplicarse las huelgas en todos los puntos del territorio: estas huelgas conducían frecuentemente á actos de violencia, casi desconocidos hasta entónces en los centros industriales. Era, sobre todo, notable que, el mayor número de veces, estallaban sin mo-

tivo aparente; bastaba para producirlas una orden secreta enviada de Paris ó de Lóndres. Esto lo hace constar especialmente, á propósito de la huelga de Fourchambault, M. de Chamillard, autor de un Informe sobre los movimientos insurreccionales del Cher. «En 1870, dice, hubo en Fourchambault las huelgas más inesperadas. Los obreros abandonaron de pronto su trabajo, sin poder formular ninguna queja contra los fabricantes y sin atreverse á reclamar nada contra el precio de sus salarios, que era muy elevado. Obedecían una orden del comité central de la Internacional, residente en Lóndres, que envió con ella á Malon, miembro despues de la Commune de Paris. Poco tiempo ántes los visitó un tal Muret, pintor de flores, conocido por ser uno de los principales agentes de la Internacional. Recorrió diversos cantones del distrito de Bourges, y en todos ellos se relacionó con los trabajadores, les pronunció discursos y alistó gran número de ellos en la sociedad que representaba.»

No se crea que la Internacional no ha sido responsable de numerosas huelgas porque en ellas no se pronunciase su nombre; las sociedades locales que inspiraban estas huelgas, eran secciones de la Internacional. Tales eran, por ejemplo, la sociedad *la Cerámica* y diversas *sociedades de resistencia* establecidas en el departamento del Cher. Cuando la primera causa formada á la Internacional, el abogado general pudo decir con razon, que la célebre asociacion era «una especie de agencia general donde se pagaba, como en tienda abierta, los gastos de las coaliciones, cualesquiera que fuesen, y de donde partían excitaciones, impulsos y consejos para los trabajadores.»

Los diferentes medios que la Internacional empleaba para alentar las huelgas y para «luchar con el capital,» los enumera exactamente M. Testut en el interesante estudio ántes citado.

«Unas veces, dice, la Internacional enviaba jefes á los huelguistas para alentarlos y sostenerlos en la lucha, y hacía todos los esfuerzos posibles para prolongar y extender la cesacion del trabajo, á fin de que los fabricantes pidieran un arreglo. Otras se organizaban comités ocultos, que se imponían á los oficios, fábricas y talleres, decretando multas contra los fabricantes que se negaban á aceptar la tarifa propuesta ó el aumento pedido. Al terminar la huelga, los fabricantes se veían obligados á pagar las sumas á que ascendían las multas que se les habían impuesto. Estas sumas se destinaban al reembolso de los préstamos hechos á los huelguistas, sea por el consejo general mismo, sea por las cámaras ó comités federales, sea por las corporaciones afiliadas á la Internacional (1).»

(1) Oscar Peschel. Loc. cit., págs. 19 y 20.

* Véanse los números 65 y 66, páginas 452 y 505.

(1) *Histoire de la Internationale*, pág. 62.

Inútil es recordar aquí todas las huelgas que estallaron en los últimos días del Imperio; acompañadas unas de motines con derramamiento de sangre, como en Aubin y en la Ricamarie; largas y amenazadoras otras para la paz de toda una región industrial, como las de Creuzot en 1870. No se ha olvidado el activo papel que la Internacional desempeñó en estas últimas. Malon, uno de los miembros más resueltos de la Internacional, se instaló en Creuzot y sostenía con sus consejos y sus excitaciones la resistencia de los huelguistas, haciendo un desesperado llamamiento á todas las federaciones obreras de Francia y de Europa. En todas partes respondieron éstas á su grito de alarma, publicando manifiestos, en los que se llamaba á todo el proletariado al socorro de sus hermanos del Creuzot (1).

¿Cuál era el objeto de la Internacional excitando todas estas huelgas que con frecuencia eran tan onerosas para su caja? Proponíase primero aumentar el número de sus afiliados, y con frecuencia lo lograba. Las huelgas frecuentes que había en Lyon, apoyadas siempre por la Internacional, produjeron invariablemente nuevas y numerosas adhesiones á la sociedad. Los gremios pagaban, con afiliarse, su deuda de reconocimiento. ¿Procuraba al mismo tiempo la Internacional aumentar los salarios y el bienestar del trabajador, que, de creer á sus miembros, era el único objeto de la fundación de la sociedad? de ningún modo: lo que procuraba ante todo era un resultado político, como lo indicó claramente uno de sus más acreditados órganos (2):

«¿Qué prueba la multiplicidad de las huelgas? Que la lucha entre el capital y el trabajo se acentúa cada vez más; que la anarquía económica es cada día más profunda, y que caminamos á pasos agigantados hácia el término fatal, que es el fin de esta anarquía, la *Revolucion social*. Cuando las huelgas se extienden y se repiten con tanta celeridad, están cerca de convertirse en una huelga general, y una huelga general, con las ideas de emancipación que hoy reinan, llegará necesariamente *al gran cataclismo que renovará la piel de la sociedad*. Es preciso que el pueblo esté dispuesto y que no se deje escamotear por los charlatanes y los soñadores, como en 1848: para ello se necesita que esté organizado fuerte y formalmente (3).»

Pero no sólo por medio de huelgas procuraba la Internacional acelerar la revolución social; la política la absorbía cada vez más; en 1869 prestó su más activo concurso á los grupos demagógicos y á

la bohemia de las Escuelas de París para asegurar el éxito de las elecciones de diputados. El 23 de Mayo y el 7 de Junio de 1869 se verificaron las elecciones para la renovación del Cuerpo legislativo, autorizándose las reuniones desde el vigésimo hasta el quinto día ántes de las elecciones; cada candidato pudo en ellas desarrollar sus principios políticos y responder á las interpelaciones de los electores. La ocasión era oportuna para promover *agitaciones* y acelerar el movimiento revolucionario; así, pues, los jacobinos y los hombres de la Internacional se dedicaron completamente á la lucha electoral. ¿Comprendió la Internacional que aún no había llegado el día de instalar sus hombres en el poder, y que necesitaba esperar todavía á fin de vencer poco á poco la repugnancia que con frecuencia manifestaban los obreros á las candidaturas de sus compañeros? (1). Lo cierto es que pensó más bien en apoyar á los hombres de la demagogia burguesa, que en presentar sus propios miembros como candidatos. Apenas algunos internacionalistas, como Aubry en Ruan, solicitaron los sufragios de los electores; casi siempre los candidatos de la opinión avanzada pertenecían á los diversos grupos revolucionarios de que he hablado.

Varios periódicos han sostenido que, durante esta lucha electoral de 1869, los hombres del partido socialista no se habían presentado en muchas circunscripciones de París ó de los departamentos sino á petición y con el apoyo secreto del Gobierno, deseoso, ante todo, de que resultaran derrotados los candidatos de la izquierda. La prensa insistió largo tiempo en las insinuaciones oficiales que habría recibido por entónces M. Briosne, una de las celebridades de las reuniones públicas, y acerca de la activa simpatía que el Ministerio atestiguaba al radical d'Alton-Shée, candidato enfrente de M. Thiers.—Estos asertos son siempre difíciles de probar, pero no es dudoso que el Gobierno veía con placer los esfuerzos del partido demagógico y socialista contra los hombres de la izquierda republicana: las mejores pruebas resultan de las tradiciones del Imperio. Hay derecho para creer que él favoreció la difusión de las publicaciones incendiarias de los Briosne, Velmorrel y otros futuros héroes de la Commune, á fin de asustar á la burguesía y de comprometer al mismo tiempo á la izquierda republicana en la opinión de las masas. Algunos meses ántes, cuando la candidatura de M. Dufaure en el Var, el ministro del Interior envió á este departamento paquetes de números del *Nain Jaune*, diario socialista, que calumniaba odiosamente á M. Dufaure. La administración pública repartió también profusamente los violentos

(1) Véase la *Histoire de la Internationale* por M. Testut, páginas 79 y siguientes.

(2) Véase el periódico *L'Internationale* del 27 de Marzo de 1869.

(3) Carta de Dupont á Chemalé, citada, cuando la primera causa á la Internacional, en la requisitoria del abogado general.

(1) M. Corbon, en su interesante obra, titulada *Le secret du peuple de Paris*, hace constar que los trabajadores no confían de buen grado á hombres de su clase un mandato de alguna importancia.

ataques contra el respetable candidato, publicados por M. Naquet, redactor del *Peuple*, de Marsella. Pero si puede suponerse que había connivencia entre la Administracion y ciertos candidatos socialistas en 1869, las pruebas sobre este punto son difíciles de presentar, y se las busca en vano en los voluminosos documentos de la Informacion acerca del 18 de Marzo.

En cambio hay otra cuestion interesante por muchos títulos, y sobre la cual contiene la Informacion curiosas revelaciones: nos referimos á la actitud de los hombres de la izquierda ante los demagogos que los desdeñaban é insultaban diariamente. Deplórase hoy la debilidad de los republicanos moderados frente á los radicales: esta debilidad no es de última hora, y en 1869, algunos hombres notables de la izquierda parlamentaria dieron tristes muestras de ella. Tomemos, por ejemplo, á M. Julio Simon. Hoy se está familiarizado con las *habilidades* y las evoluciones del antiguo ministro de Instruccion pública: en 1869, la moderacion de casi todos sus discursos políticos, su presencia asídua en algunos de los principales salones parlamentarios, hacía creer á los conservadores liberales que, salvo algunos matices, participaba de sus opiniones. ¿Se quiere saber cómo se expresaba en algunas reuniones públicas? Hé aquí lo que se lee en la declaracion de M. Mouton, agregado á la prefectura de policia:

«En una reunion privada en casa de Budaille, donde teníamos agentes, el famoso Briosne dirigió á M. Julio Simon esta pregunta terminante: «Ciudadano, ¿sois candidato demócrata socialista? Á lo cual respondió M. Julio Simon: «¿Se me pregunta si soy comunista!» (No era esto lo que se le había preguntado). No, mil veces no.—¿Se quiere saber si soy socialista? *Si por socialismo se entiende ver REORGANIZAR LA PROPIEDAD Y ORGANIZAR EL TRABAJO, SÍ, YO SOY SOCIALISTA.*

»Entonces Briosne, que predicaba abiertamente la liquidacion social, dijo: Ciudadanos, ya lo habeis oido; confieso que yo no era partidario del ciudadano Julio Simon, que no estaba decidido á votar en su favor, pero despues de la declaracion que acaba de hacer, *le acepto como candidato demócrata-socialista de la 9.ª circunscripcion.*»

»Esto ocurría en 1869; los periódicos de aquella época lo han publicado sin ser desmentidos.»

Gracias á los electores de la demagogia socialista, cuyo patronato aceptó M. Julio Simon, obtuvo 30.000 votos en las elecciones.

Apresurémonos á decir que no todos los miembros de la izquierda siguieron este triste ejemplo, debiendo citarse en primer lugar á M. Julio Favre. No es nuestro ánimo atenuar las faltas de M. Julio Favre, ni disimular su parte de responsabilidad en las

desgracias públicas; pero al tratar de las elecciones de 1869, la justicia exige que se mencione su valerosa resistencia á las intimaciones y á las amenazas de la demagogia. Nadie ha olvidado que en Paris conservó una actitud firme y digna ante los comités que le oponía M. Rochefort. En el departamento del Ródano, donde tambien se presentaba candidato, se negó igualmente á comprar el triunfo por medio de concesiones deshonorosas. Él mismo, en su declaracion, hace el siguiente interesante relato de sus relaciones con los muñidores del partido radical en Lyon:

«En la época de las elecciones, dice, en 1869, fui á Lyon á defender un pleito... Una mañana vi llegar á mi casa quince ó veinte trabajadores, bien vestidos y de honrado aspecto. Preguntáronme cuáles eran mis principios políticos. Sorprendíome la pregunta, porque era bastante viejo para no necesitar hacer profesiones de fe; pero lo que más les preocupaba era la cuestion social. Les dije mis principios y costóme poco trabajo vencer á mi interlocutor, demostrándole que las teorías que desarrollaba sobre la abolicion del capital, eran absolutamente inaplicables y carecian de fundamento. Le pedí que precisara sus ideas y le fué imposible encontrar nada razonable.

»Pero mi oposicion les había alejado mucho; viéndoles, al parecer, malévolos, no estaba dispuesto á la benevolencia; porque soy poco aficionado á que se me suban á las barbas. Por fin, me preguntaron claramente si suscribiría una declaracion, si me encadenaría por un mandato imperativo. Contesté que no, y entonces me dijo uno de ellos: «En nombre de la reunion hemos venido para manifestaros que no aceptaremos como candidato á la diputacion sino á quien firme una declaracion de ateísmo.» Quedé asombrado. Sé que entre los trabajadores hay espíritus pervertidos, bajo el punto de vista de la inteligencia, pero esta audacia parecióme extraordinaria, sobre todo, dirigiéndose á persona como yo, cuyas opiniones son conocidas. En aquel momento recibí visitas de personas que venían á suplicarme que no me decidiera en este asunto, diciéndome: «Por interes propio no hableis de ello.» El asunto era ruidoso; los trabajadores sabían que me injuriaban; yo se lo dije en términos bastante vivos y la cosa fué de mal en peor. Dijéronme que no me votarían; yo les contesté que era el mayor favor que podían hacerme; llegaron á ser impertinentes, y á todos los eché á la calle (1).»

Este episodio, que en ninguno de sus detalles ha sido desmentido, honra á M. Julio Favre. ¿Qué contraste entre sus contestaciones á los electores lioneses y las de M. Julio Simon al ciudadano Briosne!

(1) *Informacion acerca del 18 de Marzo*, pág. 189.

¿Por qué no ha demostrado siempre M. Julio Favre igual firmeza ante las audacias de la demagogia?

El resultado de las elecciones de 1869 probó que las violencias de los clubs y los reiterados esfuerzos del partido revolucionario habían producido su fruto. Si los pocos candidatos trabajadores alcanzaron corto número de votos, en cambio, en casi todas las grandes ciudades, los candidatos de la demagogia burguesa eran elegidos por enormes mayorías, y fueron á formar en el Cuerpo legislativo una extrema izquierda dirigida por M. Gambetta, y pronta á aceptar todas las órdenes y á sufrir todos los caprichos de la demagogia. Recuérdese que en 1870, cuando las huelgas de Fourchambault y los motines de Aubin y de la Ricamarie, los señores Gambetta y Esquiros interpellaron al Gobierno por intimación de la Internacional (1).

Al poco tiempo, un nuevo jefe, ó mejor dicho, un nuevo servidor de la demagogia, aumentaba en el Cuerpo legislativo el grupo revolucionario. Un autor de piezas cómicas, M. Rochefort, verdadero representante de esa bohemia literaria que tomó parte activa é importante en la insurrección del 18 de Marzo, había llegado á ser, gracias á la publicación de la *Linterna* y á las persecuciones del Gobierno, verdadero ídolo del partido revolucionario que presentó su candidatura en la primera circunscripción de París, y la hizo triunfar en contra de la de M. Carnot. Bien sabían los hombres de la Internacional que M. Rochefort, que hasta entonces sólo había frecuentado las casas de juego, los teatrillos y los cafés de París, conocía poco la ciencia social y había estudiado mal los medios de reorganizar el trabajo y la propiedad. ¿Por qué, pues, aplaudieron con tanto entusiasmo su triunfo electoral?

Porque la entrada de Rochefort en la escena política iba á permitirles tener un periódico.

«Con sus propios recursos, escribía Varlin, es evidente que el partido socialista no hubiera podido crear un órgano; pero con Rochefort, la dificultad desaparece, no por su fortuna, porque no la tiene, sino por su nombre.

»Un periódico hecho por Rochefort tiene asegurado el éxito. En Francia, la masa del público sigue á todo lo que brilla, y como la seguridad de un éxito da confianza á los capitales, Rochefort pudo encontrar prestamistas. Salvada la cuestión financiera, lo demás era fácil. Los socialistas más adictos, y sobre todo los miembros de las sociedades obreras, se han reunido y discutido las condiciones con las cuales se haría el periódico. Millière, nombrado director, es el especialmente encargado de la conducta socialista del periódico, conducta sostenida por la casi unanimidad de los delegados de la Inter-

nacional en el Congreso de Basilea, es decir, el socialismo colectivista ó el comunismo no autoritario (1).»

La Marselesa, que empezó á publicarse en 1869, fué, pues, el órgano de la Internacional y de todos sus aliados de la demagogia.

Pocos meses después, desacreditado por sus propias faltas, el Gobierno personal veíase condenado á abdicar, y el Gabinete del 2 de Enero de 1870 recibió la misión de inaugurar el Imperio liberal.

¿Necesitamos recordar el momento de entusiasmo que acogió esta reforma, el apresuramiento con que todos los hombres honrados, todos los conservadores liberales, condenados hacía veinte años á la oposición, prometieron su apoyo al nuevo Gabinete? ¿Por qué fueron tan cruelmente defraudadas todas las brillantes esperanzas entonces concebidas? No traspasaremos el límite del asunto de que tratamos, investigando estas causas.

Inaugurada algunos años antes, cuando la autoridad del Emperador no estaba aún debilitada por tantas faltas y errores, cuando los peligros sociales eran menos amenazadores, la evolución liberal del 2 de Enero hubiera podido asegurar al país una era bastante larga de prosperidad y de verdadera libertad. Pero ¿en qué condiciones se hizo? ¿En qué terreno tenía que cimentar el Gabinete del 2 de Enero la nueva Constitución? ¿Contra qué enemigos necesitaba luchar? Por lo pronto recordemos que se presentaron ante el nuevo Gobierno obstáculos imposibles de prever: la cuestión Víctor Noir, las persecuciones contra Rochefort y su prisión, produjeron tumultos en las calles, y éstos llevaron la alarma á los ánimos en el momento en que el Gabinete del 2 de Enero necesitaba ante todo calma, orden y confianza, para conducir á buen fin la pacífica revolución que se proponía realizar.

Y como si esto no bastara, el nuevo poder iba á encontrar á su lado y bajo él enemigos resueltos á su pérdida.

A su lado encontrábase los familiares del Emperador, sus antiguos ministros, todos los hombres que con el gobierno personal habían hecho su fortuna política; continuando amigos y confidentes del soberano, procuraban de continuo reavivar sus odios contra las instituciones parlamentarias, y aprovechaban todas las dificultades con que tropezaba el nuevo Ministerio para debilitar su autoridad y procurar su derrumbamiento. Lo mismo que ciertos reyes tenían en otra época su diplomacia secreta, ocupada con frecuencia en paralizar los esfuerzos de la diplomacia oficial, de igual manera el Emperador estaba rodeado de cortesanos que le re-

(1) Esta carta ha sido citada por M. Villetard, en su *Histoire de l'Internationale*, pág. 214.

(1) Carta de Bastelica á Varlin.

petían sin cesar que la caída del Gabinete Olivier-Buffet conduciría al restablecimiento del poder personal: dos periódicos imperialistas, el *Public*, dirigido por M. Dreolle, y el *Peuple Français*, redactado por M. Clemente Duvernois, recibían las inspiraciones de este grupo y se distinguían por la violencia de sus ataques á los hombres del 2 de Enero. Trabajando contra el Ministerio se envanece este partido de trabajar por sí mismo, y ciego de ambición, no veía que minaba el último valuarte contra la revolución, preparando así su propia ruina, y, lo que era más grave, la ruina del país.

El partido revolucionario, en efecto, crecía diariamente en fuerza y en audacia. Ya hemos dicho ántes cuán poderosa era la organización de la Internacional y de la demagogia en 1869. A principios de 1870, en el momento en que el Ministerio parlamentario se instalaba en el poder, los periódicos de la Internacional daban cuenta de los nuevos progresos de la asociación. Léase en ellos que, en aquel momento, existían secciones de la Internacional en todos los centros algo importantes, y hasta en las pequeñas localidades industriales. Todas estas secciones estaban relacionadas con alguna de las cuatro federaciones *Parisiense, Lyonesa, Marsellesa y Ruanesa*. Casi todas las corporaciones obreras que se reconstituían desde hacía algunos años en París, se adherían á la Internacional (1): el 23 de Enero de 1870 formaban parte de ella más de treinta. La federación lyonesa había encontrado, según se sabe, un número considerable de adhesiones entre los trabajadores de Lyon y de todos los centros industriales de aquella comarca. El periódico *L'Internationale* podía, pues, decir el 2 de Enero de 1870: «La asociación de Lyon ha adquirido ya tan brillante fama y tan temible poder, que *todo lo podemos esperar de ella*.» La federación ruanesa, dirigida por Aubry, tan hábil como activo y enérgico, había llegado en 1870 á abrazar como en vasta red casi todas las sociedades obreras de los departamentos del Norte y del Oeste. La federación marsellesa comprendía ya á principios de 1870 más de veintisiete sociedades obreras, y un número enorme de miembros (2).

En una palabra; de un extremo al otro del país, las fuerzas de la demagogia estaban poderosamente organizadas y disciplinadas. Hé aquí el ejército contra el cual tenía que luchar el Ministerio del 2 de Enero, mal sostenido por el Cuerpo legislativo, y con frecuencia falto de apoyo en el soberano. ¿Debe admirar á nadie que fuese impotente para el triunfo, y que, víctima de un estado de cosas no creado por

él, fracasase en su empresa de fundar el orden y la libertad en Francia? Examinemos rápidamente los principales episodios de esta lucha desigual entre los ministros del 2 de Enero y la demagogia revolucionaria.

Pocos días después de la formación del Gabinete presidido por M. Emilio Ollivier, verificóse el homicidio y entierro de Víctor Noir. Un cortejo de doscientas á trescientas mil personas, en su mayor parte trabajadores, seguía al carro fúnebre; creyeron muchas personas que la demagogia aprovecharía esta enorme reunión para intentar una revolución en París, y la verdad es que bastaba una palabra de Rochefort, jefe indudable entonces del ejército revolucionario, para producir una insurrección en *la capital*.

«Los delegados de la Cámara federal no se habían reunido ni concertado de antemano, escribía Varlin á Aubry; todos se han encontrado con el mayor número de sociedades de trabajadores en el entierro de Noir, y puedo aseguraros que casi todos ellos estaban resueltos á obrar, si Rochefort hubiese dicho: á París (4).»

¿Por qué no dió la orden Rochefort? La carta de Varlin nos hace comprender el motivo. A los jefes de la demagogia obrera cogió aquel suceso de improviso. Aunque trascurrió algún tiempo entre el homicidio y el entierro de Víctor Noir, no supieron organizar el golpe de mano; además, como decía Varlin, «al pueblo le faltaban aún armas, y su posición estratégica era malísima. (2).» Así, pues, el autor de esta carta felicita con entusiasmo á Rochefort, «que ha sido bastante inteligente y razonable para no dar una orden funesta y lanzar á la matanza millares de soldados de la revolución.»

Pero el ejército revolucionario estuvo inactivo aquel día, comprendiendo que debía prepararse para una ocasión próxima. En París, en Lyon, en Marsella y en Ruán, se buscaron inmediatamente los medios de llegar á una unidad de dirección en las circunstancias graves (3); además, como faltaban armas, era preciso que fueran inútiles, y para ello el mejor medio era corromper al ejército para que no cumpliera sus deberes el día de la sublevación. Se trabajaba sin descanso, se trabaja desde el día del entierro de Víctor Noir. «Una ó dos manifestaciones más de este género, decía el *Internationale* del 23 de Enero de 1870, y *el poder no podrá contar con el ejército*. Entonces, adelante: pero hasta entonces *no deben cometerse imprudencias*.» Un año después probaron los resultados de la jornada de 18 de Marzo de 1871, que los esfuerzos de la demagogia para

(1) Véanse los extractos de los periódicos de la Internacional, citados por M. Testut (*L'Internationale*, pág. 163).

(2) El periódico *Le Mirabeau*, correspondiente al 15 de Marzo de 1870.

(1) Carta del 19 de Enero de 1870. Véase *L'Internationale* por M. Testut, páginas 226 á 228, y la obra de M. Villetard, pág. 212.

(2) Carta del 19 de Enero. Testut. pág. 226.

(3) Villetard; obra citada, pág. 215.

corromper el ejército no habían sido infructuosos.

Cuando se estudia en los documentos auténticos de la Internacional la narración de cuanto hizo entonces la demagogia para acabar de completar su organización y para asegurar su victoria el día de la lucha, admira la precisión con la cual estaban calculados de antemano todos los detalles de su obra de destrucción. Los que han visto los incendios y las ruinas de París en Mayo de 1871 pueden leer sin estremecerse estas líneas escritas á Varlin por Cluseret, refugiado entonces en Nueva-York, donde había sabido los detalles del entierro de Víctor Noir: «Aquel día (el día en que la revolución estalle) debemos estar dispuestos física y moralmente. *Aquel día, ó nosotros ó la destrucción.* Hasta entonces permaneceré probablemente tranquilo, pero os aseguro, y no digo jamás una cosa por otra, que en dicho día, *ó París será nuestro, ó París dejará de existir.* Este será el momento decisivo para el advenimiento del pueblo (1).»

No dependió, en efecto, de Cluseret, que París no dejara de existir el día de la derrota de la Commune. Y no era Cluseret el único en hacer siniestros preparativos. ¿No se ha encontrado acaso en la morada de Pindy, uno de sus colegas de La Commune la receta de la fabricación de la nitro-glicerina, la de una composición con sulfuro de carbono y de una pólvora con clorato y con prusiato de potasa? Algunas de estas recetas iban seguidas de la siguiente indicación: *Para arrojarlas por las ventanas;* y otras con esta nota: *Para arrojarlas en las alcantarillas.»*

Pocos meses después del asunto de Víctor Noir, el Gobierno, provocando inhábilmente un plebiscito, dió á la demagogia nueva ocasión de promover reuniones públicas y hacer activa propaganda. ¡Dios sabe cuántas reuniones se verificaron en esta época, y qué discursos pronunciaron los habituales oradores de los clubs. Más notable en estos discursos que las violencias sin cesar repetidas, era la confianza de todos los jefes en su próximo triunfo. Todos decían en voz alta que eran bastante fuertes entonces para combatir á las claras y derribar el poder que habían respetado cuando eran débiles y estaban mal organizados: todos proclamaban que un pronto trastorno social iba á conducir á ellos y á los suyos al poder. Si nunca habían sido tan confiados, es porque nunca se habían sentido tan fuertes. Esta confianza (hecho digno de atención) no la alteraron los resultados del plebiscito. Mientras la izquierda parlamentaria se mostraba sorprendida y desalentada, mientras el *Siecle* y otros órganos del partido escribían que *era necesario empezar de nuevo*, los hombres de la Internacional y de los

grupos coaligados con ellos, conservaban toda su esperanza, toda su certidumbre en una próxima revolución. Las circunstancias les servían además maravillosamente: las ocasiones de agitar el país y de ensayar su acción sobre las masas se multiplicaban día por día: la prisión de Rochefort y los resultados del plebiscito fueron pretexto de perturbaciones serias en París, y acontecimientos que en otros tiempos hubiesen ilustrado á hombres de buena fe acerca de la extensión del peligro social, como, por ejemplo, la tercera causa formada á la Internacional y el asunto del complot y de las bombas, pasaron inadvertidos y en nada detuvieron los progresos del partido revolucionario. Todos estos hechos son demasiado recientes y demasiado conocidos para que sea necesario referirlos aquí: limitemonos, pues, á los puntos que la Información acerca del 18 de Marzo ha puesto mejor en claro.

Parece cierto, en primer lugar, que la Internacional no dirigió los motines que desde principios de Mayo hasta el 10 de Junio de 1870 se repitieron casi todas las noches en los bulevares de París: de creer á algunos testigos, entre ellos M. Lagrange, que debe estar bien informado, la Internacional hasta censuró este movimiento, considerándolo más comprometedor que útil. Después de haber deliberado sobre este asunto en muchas reuniones, decidió no proporcionar hombres para el combate. «Lo que importa ante todo, decían Varlin, Malon, Combault, es asegurar el éxito de la revolución y, teniendo conciencia de nuestra fuerza, permanecer dispuestos. La copa está llena: no tardará en desbordar: á la Revolución corresponde elegir su hora.» Los tumultos de los bulevares parece que fueron dirigidos principalmente por el partido blanquista, cuyos jefes y soldados sólo se creen libres en los días de insurrección y no respiran anchamente sino detrás de las barricadas. Este partido contaba entonces unos tres mil hombres que, según M. Nusse, jefe entonces de la policía municipal, formaban «el núcleo permanente de la insurrección», dispuestos siempre «á iniciar el movimiento» á lanzarse los primeros á la calle, seguros de que les sigan inmediatamente los treinta mil individuos que hay en París, privados de medios de subsistencia, y los cien mil trabajadores á quienes fanatiza la menor excitación (1).

Algunos jefes del partido radical hicieron, al parecer, esfuerzos para impedir estos desórdenes. El 10 de Junio, día en que reinaba la más grande agitación en los bulevares de París, M. Gambetta, que se encontraba en Cahors, recibió el siguiente des-

(1) «Dos ó tres mil hombres para empezar; treinta mil dispuestos á seguirles inmediatamente, y en junto, unos cien mil; he aquí el ejército del desastre.» Declaración de M. Nusse. *Información acerca del 18 de Marzo*, pág. 275.

(1) Carta del 17 de Febrero de 1870.

pacho telegráfico de M. Laurier: «¿Has recibido mi carta? Estoy alarmado: hacemos los mayores esfuerzos para restablecer la tranquilidad é impedir que haya esta noche un movimiento en los bulevares: ignoro si lo conseguiremos.» ¿Era sincero este despacho? Dificil es saberlo: en todo caso, como dice uno de los declarantes, M. Mouton, indica que el partido revolucionario obraba: si M. Laurier se esforzaba en contener á los impacientes, claro es que los conocía.

Lo mismo que los tumultos de Mayo y Junio de 1870, el complot descubierto algunos dias ántes del plebiscito se tramó, al parecer, sin participacion directa de la Internacional. Los encausados en el tribunal de Blois, como culpables de haber preparado este complot, no formaban parte de dicha asociacion; eran Villeneuve, Flourens, Guerin, Fontaine, Tony-Moilin, Megy, Cournet, Tridon, Jaclard, Raul, Rigault, etc., etc. El asunto del complot y de las bombas fué objeto en el tribunal de Blois de un detallado sumario, y conviene reproducir aquí algunos párrafos de la declaracion de M. Lagrange, por los cuales se conocen las principales influencias que obraban entónces en el ánimo de los revolucionarios. Despues de manifestar que las oficinas del periódico *La Marseillaise* eran centro de donde partían todas las órdenes á la demagogia de los arrabales, añade M. Lagrange:

«Cuando Rochefort fué conducido á Santa Pelagia, tomó Flourens la direccion del movimiento. Hicieronse bombas; la sociedad Fontaine y otras se pusieron sobre las armas, es decir, que cada hombre llevaba su revólver en el bolsillo. Hubo una reunion en el café de las *Folies Dramatiques*, que forma esquina á la calle Bondy y al boulevard San Martin. Poco tiempo despues, el trabajo de investigacion de la policia habia terminado... y el procurador general firmaba órdenes de arresto contra algunos de los que habian tenido participacion en diferentes sociedades.

Posteriormente, cuando se instruía el sumario, ocurrió un hecho importante. Un individuo buscó á un comandante de gendarmeria y le dijo que lo que la policia buscaba no lo encontraría, y que él podía ponerle al corriente de lo que pasaba.

»Fuí llamado á casa del comandante, donde encontré á este hombre; pero declaró que nada diría sino á presencia de M. Conneau. Se le llevó, en efecto, ante M. Conneau, y dijo que, no sólo el movimiento iba á estallar, sino que un soldado llamado *Beaury* asesinaría al Emperador; que despues del asesinato estallaría la revolucion, y que sería terrible; que el ejército no podría hacer nada, que sería aplastado batallon por batallon por las bombas que poseían los conjurados; que conocía estas bombas, y hasta nos presentó un croquis. Nos dijo dife-

rentes nombres, entre ellos el de un tal Roussel, en cuya casa dijo que se fabricaban las bombas. Durante una semana hice seguir y vigilar á este individuo, y se le encontró varias veces con los conspiradores; despues se procedió á los arrestos, algunos de los cuales se hicieron en la via pública, y desgraciadamente, Roussel fué detenido por un oficial de paz que le dejó escapar. Vinieron á decírmelo; corrí al sitio indicado, y encontré una corta cantidad de bombas y un poco de pólvora. Las bombas fueron entregadas á un químico para que las analizara.

»Detuvimos, segun creo, unos cuarenta ó cincuenta miembros de esta sociedad, Fontaine, Dupont, Sapia, etc.»

Aunque la Internacional se abstenía de tomar parte en el complot, continuaba, sin embargo, su obra, hablando en sus proclamas, cada dia más violentas, de sus proyectos de *liquidacion social*. Hé aquí cómo el Consejo federal terminaba el manifiesto, en el que negaba su participacion en los desórdenes:

«La *Asociacion Internacional de trabajadores, conspiracion permanente de todos los oprimidos y de todos los explotados*, existirá, á pesar de las impotentes persecuciones contra los llamados jefes, *mientras no desaparezcan todos los explotadores, capitalistas, sacerdotes y aventureros políticos.*» Decidió el Gobierno perseguir nuevamente á los principales jefes y miembros de la Internacional, y treinta y ocho de ellos fueron citados ante el tribunal del Sena.

Segun observa M. Villetard, «añadiendo á la lista de los treinta y ocho encausados, la de los acusados que comparecieron algunos dias despues, en Blois, ante el tribunal de justicia, á causa del complot jacobino de las bombas Orsini, se tendrá la lista casi completa de los miembros del Comité central y de los de la Commune de Paris (1).»

Esta tercera causa á la Internacional dió ocasion á un largo sumario y á debates que pusieron en claro los inauditos progresos que la Asociacion habia realizado desde 1868. Estas revelaciones merecian grandísima atencion del Gobierno y del público; pero, desgraciadamente, los preparativos de la guerra absorbían la preocupacion general, y la causa á la Internacional pasó casi inadvertida. Además, habia abusado tanto el Imperio en otros tiempos del *espectro rojo* para asustar á los conservadores, que se negaban éstos á creer en un peligro real y amenazador.

Se acababa de declarar la guerra á Prusia, y desde el principio de la campaña, despues de la ridícula fanfarronada de Saarbruck, sufrimos los pri-

(1) Villetard, *Histoire de l'Internationale*, pág. 251.

meros reveses. Mientras todos los buenos ciudadanos recibían con patriótico dolor la noticia de estas derrotas, ¿qué hacían la Internacional y todos los grupos revolucionarios? Saludar las desgracias de la patria como ocasión de realizar por fin sus odiosos proyectos. La Información acerca del 18 de Marzo proporciona sobre este punto tristes noticias. M. Lagrange pinta en los siguientes términos el estado de los ánimos en las sociedades secretas, en el momento de los primeros fracasos.

«Todos estos hombres pedían que fuésemos vencidos. Los informes recibidos de las reuniones de los comités socialistas manifestaban que se ansiaba en ellos la completa derrota de Francia. Este era su más ardiente deseo; decían: si Francia es derrotada, la revolución es inevitable, y triunfaremos (1).»

Y no era sólo en las reuniones secretas y en los clubs donde los revolucionarios manifestaban sus sentimientos antipatrióticos, pues se expresaban de igual modo en medio de la calle.

«Todas las noches, añade M. Lagrange, había grupos de individuos que corrían por los bulevares gritando: ¡Viva la guerra! ¡A Berlín! y otros: ¡Viva la paz! Había entre ellos discusiones muy violentas, y yo mismo he oído decir á un hombre: «Esperamos un Waterloo, y este Waterloo será la felicidad de Francia.»

No contentos con expresar de esta manera sus deseos favorables al enemigo, los revolucionarios hacían los mayores esfuerzos para sembrar el desaliento y el espíritu de insubordinación en las filas del ejército. Así lo hace constar M. Lagrange, según los informes de sus agentes.

«Los revolucionarios, dice, hacían propaganda, sobre todo entre los soldados del cuartel del Príncipe Eugenio. Embaucaban cuanto podían á los soldados, llevándoles á las tabernas, donde se hablaba de política, y también les llevaban á los clubs. Estaba prohibido á los soldados asistir á los clubs, pero desatendían esta prohibición. Fayolle y Beury, por ejemplo, y muchos otros cuyos nombres no recuerdo, eran amigos íntimos de Flourens; con él se han refugiado en Londres, y con él estaban Fayolle, Tibaldi y Beury cuando echaron suertes para saber quién mataría al Emperador.

Vemos, pues, que los demagogos trabajaban para corromper el ejército, porque no tenían armas y no podrían resistirle en un día de motín, si hubiera permanecido fiel á la causa del orden. ¿Pero no podía darles pretexto la guerra para pedir armas? Esta idea se extendió rápidamente. Apenas sabidas nuestras primeras derrotas, todos los revolucionarios, de un extremo á otro del país, invocaban los recuerdos de 1792 y reclamaban el levantamiento

en masa y el armamento de todos los ciudadanos. En todas partes hubo manifestaciones en este sentido; la extrema izquierda del Cuerpo legislativo, que tenía prisa por derribar el poder, apoyó estas reclamaciones. Habitada á ceder ante toda manifestación popular, la izquierda se asoció pronto al movimiento, y M. Julio Favre pintó en la tribuna el ardimiento patriótico de los *honrados ciudadanos de Belleville*. Acompañado M. Julio Simon hasta su domicilio por los futuros héroes de las barricadas, les dijo: *Amigos míos, todos tendréis fusiles*. La mayoría del Cuerpo legislativo y el Gobierno no se atrevían á resistir, y al poco tiempo empezó la inmensa distribución de fusiles, que debía continuar en mayor escala después del 4 de Setiembre. Sabido es en lo que se convirtieron estos fusiles al llegar á manos de los ciudadanos, *que tanta prisa tenían por acudir á la frontera*. Ni uno sólo de ellos fué apuntado *contra los prusianos del exterior*. La demagogia debía usarlos el 18 de Marzo y el 24 de Mayo de 1871 *contra los prusianos del interior, contra la infame reacción*.

Los acontecimientos, sin embargo, se precipitan; los desastres suceden á los desastres. El Emperador y el ejército son vencidos y caen prisioneros en Sedan. El 4 de Setiembre se hizo una nueva revolución y se proclamó la República. No narraremos la historia de esta jornada, buscando sólo, en vista de los documentos de la información, cuáles fueron sus principales autores y por qué no tomaron en ella una parte muy activa los miembros de la Internacional.

Lo cierto es que la demagogia, que quería estar diez veces dispuesta antes de obrar, que todavía titubeaba cuando la cuestión Víctor Noir, había llegado antes del 4 de Setiembre al último grado de fuerza y de buena organización. Para demostrar hasta qué punto estaba preparada para hacer la revolución, y con qué rapidez eran conocidas y ejecutadas sus órdenes hasta en los puntos más distantes de París, basta presentar un hecho de que ya se ha hablado. En la noche del sábado 3 de Setiembre se supo el desastre de Sedan; al día siguiente á la misma hora Lyon, Marsella, Tolosa y París proclamaban la República. «Los bobos, añade M. Villelard, se extasiaron ante la simultaneidad de estos movimientos, y la tomaron como prueba de que eran completamente espontáneos. Recordaremos á los hombres que así razonan, que después de la ocasión, no aprovechada, del entierro de Víctor Noir, Varlin y Bastelica se escribieron mutuamente, hablando de la necesidad de una organización, de un acuerdo que permitiera á los amigos en toda Francia y en una circunstancia grave, obedecer una sola orden. Puede creerse que el acuerdo se había establecido en los meses transcurridos entre el dra-

(1) Información acerca de los sucesos del 18 de Marzo, pág. 269.

ma de Auteuil y la tragedia de Sedan.» Lo que sólo era una suposición, muy verosímil por cierto, en el momento en que M. Villetard escribía estas líneas, puede considerarse cierto después de las revelaciones de la *Información acerca de los sucesos del 18 de Marzo*.

La verdad, cada vez más evidente, de lo ocurrido, es ésta: el desastre de Sedan, que hizo caer en cautiverio al jefe del Estado, dejando el poder casi vacante, proporcionó, sin duda, á los demagogos la ocasión más favorable para hacer una revolución; pero de faltar esta ocasión, hubiesen buscado y encontrado pronto otra; llegados al grado de fuerza y de poder que el lector habrá comprendido, necesariamente debían ser pronto los amos. Los días del Imperio estaban contados. Su muerte podía ser más ó menos próxima, pero, de todos modos, era inevitable.

La jornada del 4 de Setiembre se hizo sobre todo para la demagogia burguesa. Algunos días ántes gran número de sus representantes se reunieron en casa de M. Cremieux y discutieron las medidas que debían tomarse para el día de la revolución (1). Á partir del 1.º de Setiembre, los hombres de este partido rodeaban de continuo el Cuerpo legislativo, enviando avisos á Belleville y á Montmartre, y comunicándose á cada momento con M. Gambetta. Notábanse también en los grupos algunos miembros de la Internacional; pero no fué la Internacional quien condujo el movimiento, y no fueron sus hombres quienes, hecha la revolución, acapararon los primeros puestos. ¿Cuáles fueron las causas de esta abstención?

La Internacional comprendió que en aquellas circunstancias y en la vacante del poder, los hombres de la izquierda parlamentaria eran llamados al gobierno por una fracción importante de la opinión pública, y juzgó imprudente apoderarse en seguida de su puesto. Además, en aquel momento era el poder más peligroso que seductor. Los hombres del 4 de Setiembre se iban á ver en el caso de continuar la guerra ó de firmar una paz que los haría impopulares: ¿no valía más dejarles beber este cáliz y esperar, para derribarles, á que hubiesen terminado su gravosa tarea? Tales son los motivos que determinaron la conducta de la Internacional en el 4 de Setiembre. Expresados están en una carta que Dupont escribía desde Londres el 7 de Setiembre á Alberto Richard en Lyon.

«El desdichado fin del Soulouque imperial, nos trae al poder á los Favre y á los Gambetta. Nada ha cambiado y el poder continúa siendo de la burguesía. En tales circunstancias, la misión de los trabajadores, ó más bien su deber, consiste en dejar á

esa gusanera burguesa hacer la paz con los prusianos.»

Los internacionalistas, empleando una frase vulgar, *nada perdieron con esperar*; la célebre asociación mostró el 18 de Marzo lo que sabía y lo que quería hacer.

Además, si el 4 de Setiembre evitó la Internacional con tanto cuidado hacer concurrence á los hombres de la izquierda para los principales cargos, acaparó apresuradamente todos los empleos que, sin producirle responsabilidad, podían aumentar su fuerza, su influencia y facilitarle más tarde la llegada al poder. Además, en las ciudades de provincia fué ménos reservada que en París: el comité general de Lyon estaba exclusivamente compuesto de miembros de la Internacional: y ellos fueron quienes organizaron en esta ciudad las jornadas de 28 de Setiembre ó 23 de Marzo y 30 de Abril de 1871: el prefecto del Rodano, M. Challemel-Lacour, era un simple ejecutor de sus órdenes: de igual manera en Tolosa y en Marsella era la Internacional omnipotente, gobernando á su nombre los señores Duportal y Esquiros. Es imposible no advertir la semejanza entre su propia organización y la de la *Federación de las comunidades* establecida en Lyon, ó la de las *Ligas del Mediodía* y del *Sud Oeste*, cuyo centro era Marsella y Tolosa.

Nuestra empresa termina el 4 de Setiembre. Para resumir los detalles, acaso demasiado extensos que acabamos de dar, diremos que hasta 1868 la Internacional creció, tolerada y aún respetada por el poder, que veía sin desagrado los progresos de un enemigo poderoso de la burguesía. Por otra parte, todos los grupos demagógicos se reconstituían y se organizaban. Hacia 1868 y 1869, la unión de ambas fuerzas decupló el poder de los revolucionarios, quienes llegaron pronto á ser capaces de hacerse con el Gobierno. La impaciencia de los *blanquistas* provocó los motines de Mayo y Junio: sin romper su alianza con los *demagogos burgueses*, la Internacional no prestó en estas jornadas su concurso activo; el 4 de Setiembre desempeñó también un papel bastante pasivo en la apariencia, aunque activísimo en el fondo: guardó esta actitud durante el sitio: dejando á los blanquistas realizar las jornadas de 31 de Octubre y 22 de Enero, apoderóse calladamente durante este tiempo, de los principales cargos del *Comité central*, de los grados más elevados de la guardia nacional; el 18 de Marzo descendió por fin á la arena, desplegó todas sus fuerzas, aseguró el éxito de la insurrección, tomó un lugar preponderante en la dirección de la Commune y, durante dos meses, mostró á Francia y á Europa sobre qué bases quería edificar la constitución social del porvenir.

(1) Véase la declaración de M. Lagrange, páginas 269 y 270.

El estudio que acabamos de hacer en vista de la Información del 18 de Marzo, sería incompleto si se redujera á un simple trabajo histórico y si no se presentara, al ménos en algunas líneas, la lección moral que de él se desprende.

Estamos habituados desde hace muchos siglos á esperar todo del poder y á obedecer en todas partes y siempre su impulso. Se deplora esta tendencia y se procura combatirla y desarraigarla; trabajo loable, pero sería pueril creer en próximo éxito; el mismo día en que no estén obligados á seguir en toda cosa la dirección del poder, los franceses querrán al ménos pedirle ejemplos. De aquí que entre nosotros, más que en ninguna otra parte, el poder está obligado á dar buen ejemplo. Lo que el jefe del Estado y su corte y sus altos empleados crean, enseñen ó hagan, la nación lo creerá y lo hará más ó ménos pronto; pesa, pues, una responsabilidad gravísima sobre los gobernantes que, con su conducta ó con sus actos se aparten de los principios de honradez, inclinándose á esas peligrosas prácticas, que empiezan por corromperles y acaban por corromper todo el país. El Imperio desconoció constantemente esta verdad; se ha visto el daño que hicieron sus excitaciones al lujo, á la especulación, al enriquecimiento rápido, á las prodigalidades ruinosas, á la irreligion, al escepticismo y á la depravación de las costumbres. Deseamos que este ejemplo, tan noblemente repudiado en la actualidad, aparten por completo de vía tan funesta á los que nos gobiernen en adelante. M. Delpit les da en su dictámen consejos demasiado elocuentes y verdaderos para que dudemos en reproducirlos.

«La difusión de la instrucción, dice, los progresos de las letras, de las ciencias y de las artes... la libertad civil y política, las rápidas vías de comunicación, son manifestaciones exteriores de la civilización, pero su influencia no es saludable sino cuando encuentra por contrapeso en los corazones la religión, la autoridad paterna, las tradiciones y los afectos del hogar. Así opinan todos los hombres de Estado dignos de tal nombre, que dirigen los asuntos públicos en Inglaterra y en los Estados Unidos... Recordad los discursos de Gladstone, los de Lincoln y de Ulises Grant. El pensamiento cristiano viene siempre en apoyo del pensamiento político, respondiendo así lo mismo á las necesidades morales que á los instintos de estos grandes pueblos.»

Hay otro punto acerca del cual conviene insistir: todo Gobierno honrado y cuidadoso, tanto de su dignidad como de su educación, debe respetar todas las influencias conservadoras cuyos beneficios ántes hemos enumerado; jamás, bajo ningún pretexto, debe aliarse con los revolucionarios, contra ellas y contra los hombres de orden. Comprén-

dásenos bien. Hay en todos los países, y en Francia más que en muchos de ellos, numerosos partidos políticos; no hablamos aquí ni procuramos determinar en qué casos y hasta qué punto tienen derecho á pedir al poder su libertad de acción. Bajo el punto de vista que nos ocupa sólo existen dos partidos: uno compuesto de hombres que, monárquicos ó republicanos, liberales ó conservadores, respetan los fundamentos del orden social, la religión, la familia y la propiedad; y limitan su opinión á reformar en tal ó cual sentido por las vías legales la constitución política y administrativa del país; el otro comprende á todos aquellos que no respetan las bases necesarias al edificio social y que están dispuestos, para destruirlos, á apelar á procedimientos violentos, á medios ilegales y revolucionarios. Llámense mayoría ú oposición, al Gobierno deben importar mucho la aprobación ó las críticas de los hombres del primer partido; puede apoyarse á veces en unos y á veces en otros, evitando con el concurso de los liberales la política rutinaria, y con el de los conservadores las innovaciones prematuras ó peligrosas; pero nunca, bajo ningún pretexto, debe aliarse secreta ó públicamente con los revolucionarios, sirviéndose de ellos contra los conservadores. En una palabra, es preciso que todos los hombres de orden y de legalidad tengan la seguridad de que el Gobierno estará siempre de su lado, y que, en caso necesario, los defenderá resueltamente contra sus adversarios. Si el poder falta á esta misión, pronto se desaniman los conservadores y abandonan la lucha; la inercia de los hombres de orden acrece inmediatamente la audacia y el poder de los revolucionarios: usando éstos la intimidación, aprovechando las vacilaciones de muchos ánimos ante la conducta del Poder, aumentan sus filas y organizan sus legiones. Llegando á ser pronto los más fuertes, se revuelven contra la autoridad que les ha dejado crecer, la derriban y amenazan al país con las más peligrosas convulsiones. Varias veces, fuera por odio á los *antiguos partidos* y á la *burguesía*, fuera consecuencia de las amenazas y presiones de las sociedades secretas, fuera por cualquier otro motivo, el Imperio se alió, al ménos de una manera indirecta, con los revolucionarios, aprovechó su apoyo y apeló á sus pasiones y á sus odios. En el curso de este trabajo hemos visto los resultados de esta política tan imprudente como culpable.

Si miramos fuera de Francia, vemos que, en algunos de nuestros vecinos, las mismas faltas producen, ó empiezan á producir, idénticos resultados. Tomemos, por ejemplo, Inglaterra y Prusia.

Inglaterra parece deber ser, de todos los países de Europa, el más amenazado por la invasión de los principios revolucionarios y socialistas. La concen-

tracion de la riqueza, especialmente de la riqueza territorial en pocas manos, y por tanto la ausencia de esas garantías conservadoras que ofrece la division del suelo entre numerosos propietarios; el inmenso desarrollo de la grande industria y de la aglomeracion de la poblacion trabajadora en los grandes centros, la libertad de reunion y de asociacion, dando lugar á incesantes *meetings* y á poderosas sociedades; la frecuencia de las huelgas, tan notables por su importancia como por su duracion; la hospitalidad dada á muchos peligrosos refugiados políticos del continente, son otras tantas causas que parecen á propósito para amenazar á Inglaterra con próximo desquiciamiento. Sin embargo, este pueblo atraviesa felizmente todas las crisis, y á pesar de las perturbaciones que agitan á veces tal ó cual ciudad, goza de una seguridad profunda, de una libertad real y de una prosperidad sin cesar creciente. Muchas causas explican esta feliz situacion de Inglaterra, pero entre ellas, una de las principales es de seguro, la prudente conducta del poder. Los *whigs* combaten allí á los ministerios *torys* y reciprocamente; pero es una lucha política ó más bien parlamentaria: apenas puede oitarse una ocasion en que el partido que esté en el poder se haya apoyado, para debilitar á la oposicion, en las fuerzas revolucionarias.

Prusia presenta hoy distinto ejemplo. Despues de haber seguido hasta 1870 una política conservadora, el gobierno aleman se ha convertido de pronto en encarnizado adversario de una fraccion notable de los conservadores, de la fraccion católica: dia por dia há ido recurriendo á los medios más culpables, á los procedimientos más revolucionarios contra los que, pidiendo ser súbditos fieles, ha querido trasformar en enemigos del Estado. ¿Cuáles son los frutos de esta política? Véanse los resultados de las últimas elecciones para el Parlamento aleman. Los rápidos progresos de los revolucionarios socialistas, dicen con bastante claridad, que si la persecucion inaugurada dos años ha perjudica á los católicos, causa mucho más daño al poder.

¡Dios haga que no sean para nosotros infructuosos tales ejemplos! ¡Dios haga que los que en lo porvenir dirijan nuestros destinos, procuren ante todo la union de los hombres de orden contra los revolucionarios! ¡Dios haga, sobre todo, que las faltas cometidas en este punto por el Imperio, faltas tan bien puestas en claro por la Informacion relativa á los sucesos de 18 de Marzo iluminen á los conservadores extraviados, que aún cierran los ojos á los vicios del último régimen, y que, en interes del verdadero orden, sueñan con una restauracion bonapartista!

ANATOLIO LANGLOIS.

(*Le Correspondant.*)

LA REGULARIZACION DEL CURSO DEL DANUBIO EN LAS INMEDIACIONES DE VIENA.

Pocos dias hace aún que se cometia una inexactitud al designar á Viena con el nombre de *Ciudad imperial del Danubio*; pues no era este caudaloso rio, sino uno de sus menguados brazos el que atravesaba la capital austriaca, cuyo caserío se extendía léjos de las orillas de aquél, á distancia de más de siete kilómetros. Realmente en lo antiguo pudo ser exacta aquella denominacion, á juzgar por la posicion de la primitiva iglesia de *Santa Maria am Gestade*, Santa María de la Ribera, en cuyos muros aún se ostentan fuertes anillos de amarre, y por otros indicios que en ciertos cuadros antiguos se advierten y hacen suponer que algunas callejuelas del interior de la ciudad eran habitaciones y barrios de pescadores. Pero en el curso de los siglos la corriente del rio, desviándose en las crecidas, hubo de dirigirse hácia el valle actual; partiéndose en ramas diversas, formando bancos de arena, abriendo cauces en pintoresco desorden y encerrando en un vasto arco de círculo la ciudad, cuyos piés ántes lamían las aguas. No siempre tampoco éstas se mostraban pacíficas amigas, sino que á veces como enemigas y empujadas por las avenidas de la montaña, y acarreado las nieves y los hielos, produjeron desgracias sin cuento en formidables inundaciones. Por su parte, Viena, creciendo notablemente, pero temiendo la proximidad del peligroso vecino, en vez de acercarse á él para merecer su nombre, ensanchó sus limites más y más, vertientes arriba de la montaña, en contraposicion con las indicaciones de su natural posicion topográfica y tambien con sus más vitales intereses.

No es, pues, extraño que desde hace mucho tiempo viniera siendo general el clamoreo en favor de la regularizacion del curso del Danubio; si bien hasta nuestros dias no ha sido posible remover tantos obstáculos como se oponían á encadenar la poderosa corriente, y encadenarla en beneficio del comercio de la capital.

El año 1869 acordaron, por fin, la administracion general del Estado, la provincial de la baja Austria y la municipal de Viena sufragar en comun los gastos de esta grande obra. El rio con todos sus brazos (excepto el llamado canal del Danubio, que atraviesa la ciudad) debía reunirse en un nuevo lecho trazado en línea recta, con tal direccion, que á la vez que aproximaba el rio á la capital, alejase todo temor de inundaciones. La longitud de la parte nueva del lecho es de 7.000 *klafter* (1), casi dos

(1) El *klafter* tiene seis piés austriacos, y equivale á 1 m. 897 mm.—La milla austriaca tiene 7 kilóm. 587 m.—La yugada, que más adelante se usará, es una medida superficial que vale 0,576 hectáreas.

millas (más de 15 kilómetros), de la cual 3.500 klafter, donde se halla la principal y más importante parte de la obra, se extienden entre un dique puesto junto á Nussdorf y el puente de Stadelau del ferrocarril del Estado, junto á la quinta del bajo Prater.

De Nussdorf para arriba hasta el pueblecillo de Kaklenberg, se halla la parte primera del trabajo, por ser en este punto donde el río, que viene encerrado entre las quebradas de Leopoldsberg y Besamberg, comienza á dilatarse por la anchurosa vega de la capital. Desde el puente de Stadelau para abajo la apertura de la nueva caja ofrecía pocas dificultades en una extensión de 1.350 klafter.

Lo penoso de la explanación del cauce proyectado era la parte media ya indicada, por tenerse que abrir entre fuertes colinas muy pobladas de monte. Por fin, condenóse el arbolado á la tala, estableciéronse las máquinas de vapor, pusieronse carriles provisionales para transporte de los materiales, y dió principio la grande obra. Decidióse abrir por completo la caja en esta parte central, á pesar de que en tales casos sólo suele abrirse una cuneta, dejando luego á la natural acción de las aguas hacer el resto del trabajo; y como se había de dar al cauce una anchura de 900 piés y una profundidad de 40, era menester una gigantesca excavación de 1.800.000 klafter cúbicos. La primera paletada se dió en Mayo de 1871, y hoy se deslizan ya las aguas por su nuevo álveo! Gran parte de la tierra movida se ha empleado en cegar algunos brazos del río, y el resto en arreglar los espaldones y taludes de las márgenes y riberas.

Mas aún no besan las aguas los piés de la capital; pues el nuevo curso pasa á una distancia media entre el casco de la población y la antigua madre; pero sí se ha logrado que las casas puedan esparcirse hasta sus orillas sin temor ni peligro de inundaciones, y las barriadas que en aquella dirección se van á construir llevarán con exactitud el nombre de ciudad del Danubio (*Donaustadt*).

Para alejar todo peligro de inundación, se ha abierto, además del cauce para las aguas ordinarias, de 900 piés de ancho, otro cauce adjunto á su orilla izquierda, que tendrá 2.400 piés de ancho. Este cauce adjunto está del principal separado por un dique de 20 piés sobre el nivel normal de las aguas en avenidas ordinarias, que es la altura misma de la calle ya trazada á la orilla derecha en el barrio del Danubio.

Indudablemente el ensanche de Viena por este lado será rápido, y los taludes del cauce se verán pronto convertidos en muelles y escalas de carga y descarga, donde los vapores y barcos de toda especie vendrán á surtir de maderas, carbon, piedras, frutos y granos al comercio é industria de la ciu-

dad. Estos muelles, de 28 klafter de anchura, contendrán dos líneas de ferrocarril, y se proyectan además debajo del puente de Stadelau un puerto de invierno de 115 yugadas de área, y un gran arsenal en un trozo del antiguo cauce. Gozará también entonces Viena de la inmensa ventaja de asegurar con varios puentes su comunicación con la parte del Norte del Danubio, hoy sostenida por un doble puente provisional de madera, y de continuo interrumpida por las inundaciones.

Cuando la mayor parte de los trabajos estuvo terminada, proyectóse la entrada del río en el nuevo lecho para este verano, rompiendo el dique, con lo cual debía darse solemne fin en presencia del Emperador á las difícilísimas obras de la empresa. Entre todas las personas competentes, reinaba una ansiedad llena de esperanzas ante la perspectiva de ver precipitarse la ingente masa de agua á un cauce ocho piés más bajo que el antiguo.

Pero no sucedió como se pensaba, y el día 14 de Abril fué de desilusión completa.

El director de las obras, inspector general, señor Wex, ideó romper en una anchura de seis piés el dique de construcción, con objeto de facilitar el transporte de los materiales dentro del nuevo cauce. Opinaron en contra los ingenieros, afirmando que apenas se abriera un portillo al agua, ésta con su enorme cantidad de movimiento, derribaría todo el dique; pero insistió el director confiando en sus cálculos que excluían todo peligro, y ordenó para las tres de la tarde la sangría del dique junto á una de las orillas.

No bien se hizo una pequeña abertura, cuando las aguas con creciente fuerza fueron ensanchándola y rompiendo pulgada á pulgada el dique. El torrente, viendo abierto el cómodo camino que los hombres, aunque sin tal intención, le ofrecían, se arrojó con violento impulso por la imprevista puerta, y á la media hora la abertura del dique tenía 180 piés de anchura. En el antiguo cauce el nivel fué bajando á la vez que subía entre el dique de contención y el flotante; y como de éste no podía pasar, subía por minutos el nivel, y al anoecer estaba el vaso lleno casi hasta los bordes. El agua había penetrado en el cauce de desahogo y arrastrado las barracas de los trabajadores, que allí se creían seguros. Era evidente que el agua no volvería á su antiguo lecho, y á todo trance urgía evitar una inundación terrible que hubiera devastado toda la obra.

La noche se venía encima, cuando uno de los ingenieros, á la cabeza de algunos obreros, se arriesgó sobre el dique flotante combatido por las olas y abrió una pequeña fuga al agua, comenzando por ella á vaciarse el vaso que á poco más hubiera rebasado el río. La fuerza de la corriente hizo en este

dique lo que en el superior y á la mañana siguiente no quedaba de él más que un pequeño pedazo adherido á cada lado del cauce.

Dos dias despues surcaba el primer vapor las aguas del nuevo Danubio desde el puente de Stadelau hasta Nussdorf pasando por debajo de todos los puentes y evidenciando el éxito de la empresa de la regularizacion del gran rio.

L. K.

Trad. del aleman por F. de P. ARRILLAGA

Illustrirte Zeitung.

CRÓNICA CIENTÍFICA.

LAS ASCENSIONES Á GRANDE ALTURA.—GLOBO CON BARQUILLA DE DOS PISOS.—LA LUNA EN LAS REGIONES POLARES.—INFLUENCIA DE NUESTRO SATÉLITE EN EL CLIMA.—LA MINERALOGÍA MICROSCÓPICA.—LA PETROGRAFÍA.—LA COMBUSTION DE LA PÓLVORA DE CAÑÓN.—TEMPERATURA DE 2.200 GRADOS.—APROVECHAMIENTO DE LOS SALTAMONTES PARA LA PINTURA.—TEJIDOS INCOMBUSTIBLES.

Siempre que una catástrofe viene á demostrar, en la esfera científica, la insuficiencia de algunos de los medios de ejecucion que sirven de base á los experimentos que constantemente ensaya y practica el espíritu humano, ávido sin cesar de ensanchar los límites de su conocimiento, aumentanse los estudios relacionados con los experimentos causantes de las desgracias, y salen á luz, por diferentes conductos y en muy distintas partes, ideas nuevas con la pretension de remediar todos los inconvenientes y obstáculos, y resolver en un momento problemas muy difíciles. Algunas de estas ideas entrañan en sí los resultados de un detenido estudio, pero otras son partos de imaginaciones calenturientas dominadas por el más torpe empirismo. Y en verdad que no sabemos á qué categoría de éstas pertenece la idea de que vamos á dar cuenta, al inaugurar estas *Revistas científicas*.

La catástrofe del *Cénit*, que conocen los lectores de la REVISTA EUROPEA, no podía dejar de impresionar á los hombres de ciencia, como al público en general, inspirando á los primeros el buen deseo de contribuir á hacer imposible la repeticion de desgracias semejantes; y este laudable propósito ha impulsado á M. Toselli á publicar la idea de construir barquillas de dos pisos para usarlas exclusivamente en las ascensiones llamadas de grande altura.

El primer piso de la barquilla del globo no tendría nada de particular, y sería como otra cualquiera de las que se usan ordinariamente; pero el segundo

piso debe estar formado por un cilindro metálico vertical de dos metros de diámetro y 2,30 de altura. Este cilindro sería como la chimenea de la barquilla y tendría un doble fondo y una puerta de entrada en el medio. Pero dejemos hablar al Sr. Toselli:

«Cuando los aeronáutas, dice, lleguen á un punto en que, por la intensidad del frio y por la rarefacion del aire, sientan el más pequeño síntoma de malestar, entrarán inmediatamente en el segundo piso y cerrarán herméticamente la puerta. Una vez dentro, pueden arrojar los sacos de lastre, cortando las cuerdas, y hacer subir el globo tanto como quieran, sin cuidado ninguno, haciendo tranquilamente sus observaciones sin peligro, hasta que, volviendo á descender el globo, pudieran salir al primer piso. El doble fondo del cilindro metálico, cuya parte superior sería de un enrejado de madera, serviría para contener las materias propias para absorber el ácido carbónico de la respiracion de los aeronáutas.»

M. Toselli entra despues en algunos detalles de la construccion de la barquilla, que importan poco para la comprension de su idea; pero no se fija mucho en la parte científica, propiamente dicha, de su invento, ó sea en hacer comprender la posibilidad de una respiracion normal dentro del cilindro; y por esto precisamente decimos más arriba que no tenemos datos para clasificar la idea de M. Toselli, entre las que llevan en sí el germen de una aplicacion práctica y sobre todo posible, ni entre las que sólo obedecen á un buen deseo no susceptible de frio y severo análisis. Además, creemos recordar que una idea muy parecida á la de M. Toselli se ha emitido y publicado hace mucho tiempo sin que nadie, que sepamos, la haya puesto en práctica, al ménos con algun resultado; y eso que el de conseguir elevarse en nuestra atmósfera á una altura ilimitada, no sería una conquista insignificante, y hubiera merecido los estudios y esfuerzos de muchos, dado caso de no ser estériles.

Los lectores de la REVISTA EUROPEA saben ya que el almirantazgo inglés está preparando con grandes elementos y no poca actividad una expedicion á los mares del polo; pero lo que quizá no saben todavía es, que uno de los resultados del viaje proyectado debe ser la resolucion de un problema meteorológico que preocupaba bastante á Virgilio cuando escribió sus *Geórgicas*: la influencia de la luna en la tierra. Los buques mandados por el capitan Narés saldrán de Inglaterra dentro de pocos dias, si es que no han salido ya, y harán la invernada próxima á los 82° próximamente de latitud boreal, parajes en que la luna aparecerá en el horizonte el 8 de Diciembre á las cuatro de la tarde, y no se pondrá hasta el 18 á las tres, despues de 239 horas de permanencia con-

tinúa á la vista de los ingleses, en cuyo tiempo llegará á una altura de más de 60°. El sol se habrá ocultado ántes de la aparicion de la luna, y, por lo tanto, poco despues de haber llegado ésta á su perigeo, se encontrará nuestro satélite en condiciones para modificar, de un modo conforme á su naturaleza, el clima de aquellas zonas en que, durante bastante tiempo, influye exclusivamente.

Así, pues, si no llega á observarse ningún efecto ni variacion en la temperatura, lo cual se demostrará de un modo exacto con los instrumentos de precision que llevan los ingleses, habrá de deducirse que la accion de la luna sobre nuestra atmósfera es completamente ilusoria.

Con no escasa extension se han ocupado recientemente algunos autores de la influencia de nuestro satélite en la vegetacion de la tierra, y casi todos resuelven la cuestion en sentido afirmativo, presentando, por resultado de sus observaciones, datos considerados como exactos, algunos de los cuales han tenido natural influencia en el estudio de la botánica; pero este asunto, aunque íntimamente relacionado con el de la influencia de la luna en la temperatura, no puede ser comprobado en toda su extension en las regiones polares y desde buques inmóviles en un gran desierto de hielo. Queda, pues, este estudio reducido á su primera parte, para la cual encontrará la expedicion inglesa las circunstancias astronómicas más favorables para aumentar la accion cuya naturaleza se quiere determinar, porque los exploradores podrán observar perfectamente una luna que llega á ser llena en medio de la gran noche del polo, y en el momento en que la distancia del ecuador celeste será muy grande, y al entrar en su perigeo nuestro satélite se encontrará á la menor distancia posible del globo que habitamos.

Las investigaciones microscópicas, que tan grandes resultados han producido en estos últimos años en muchos de los ramos de la Historia Natural, han empezado á aplicarse hace poco tiempo á la mineralogía; y en la actualidad están llamando la atencion en alto grado en Alemania y en Francia los descubrimientos que, áun en la infancia de esos estudios, se han logrado obtener; descubrimientos tanto más apreciables, cuanto que sirven como de base y manifestacion de los que irán obteniéndose poco á poco en otros estudios concretos, relacionados con los mismos, y no muy adelantados por cierto. La petrografia, por ejemplo, para la cual la mineralogía microscópica no es más que un preludio, como el conocimiento de los minerales es la base del estudio de las rocas; la petrografia y toda esa inmensa serie de fenómenos que pone de manifiesto, y que admiramos sin explicarlos de una manera sa-

tisfactoria, han de recibir poderoso impulso y no escaso número de demostraciones palpables de los iniciados estudios de mineralogía microscópica.

No basta examinar con la lente un fragmento de roca para discernir los caracteres impresos ó grabados sobre la rotura; el aumento no es bastante grande, y, por lo tanto, pasan desapercibidas las cristalizaciones que pueda contener. Pero reduciendo ese fragmento al estado de lámina muy delgada, se le da un grado de transparencia suficiente para descubrir la estructura íntima. El inventor de este procedimiento ha sido C. Sorby, geólogo inglés, que empezó descubriendo las gotitas de agua encerradas en el granito; y despues los sabios alemanes han continuado sus investigaciones con una asiduidad que ha suministrado gran número de hechos concretos.

Este nuevo género de estudios petrográficos ha determinado en Alemania la formacion de dos establecimientos industriales que adquieren de dia en dia mayor importancia: el de Fues, en Berlin, y el de Voigts y Hochgesang, en Gottinga, organizados ambos de tal modo que pueden entregar al comercio cantidades considerables de esas preparaciones microscópicas. Pero, si este estudio se ha desarrollado de tal manera en Alemania, en cambio los franceses reclaman el honor de su origen, y citan como autor de la idea de utilizar el microscopio en esta materia, á Dolomieu y Fleurian de Bellevué.

Las láminas de minerales destinados á la observacion se preparan desgastándolas con esmeril sobre una superficie dura, como una plancha de hierro fundido, ya la operacion se haga á mano, ya con un aparato mecánico que abrevie el trabajo. Cuando llega á estar el fragmento reducido á un espesor suficiente que permita apreciar bien los caracteres que contiene, se le despega del trozo de cristal, al que se le había adherido para hacerle más manuable, y se le fija sobre una especie de galerin llamado porta-lámina, parecido á los que se usan en las imprentas.

El exámen microscópico de las láminas da las materias contenidas en las rocas, sal marina, salitre, materias orgánicas azoadas y algunas veces esos organismos infinitamente pequeños de las formaciones calizas. Para obtener resultados en este género de investigaciones se necesitan mucha paciencia y un exámen muy minucioso en gran número de preparaciones.

Cuando se examina una capa de roca se debe aplicar una potencia lenticular bien proporcionada, que no sea débil, lo cual impediría discernir la estructura, ni demasiado fuerte, lo cual perjudicaría á la claridad, primer requisito de toda buena observacion. La luz polarizada es un gran auxilio para el mineralogista, en sus investigaciones sobre las pro-

propiedades ópticas de ciertos cristales; sin este medio escaparían á la observacion las principales propiedades. Además, es curiosísimo y recreativo el experimento de buscar, por los brillantes efectos de la polarizacion, el centelleo de las pequeñísimas cristalizaciones que parecen piedras preciosas.

Uno de los hechos más curiosos que ha revelado el microscopio es la existencia de burbujas de gas ó de líquidos encerrados en los minerales. El záfiro, el rubí, la espinela (rubí espinel) y la esmeralda, contienen en sus cavidades un líquido poco susceptible de dilatación, que se disuelve por el calor y vuelve á su estado por medio del enfriamiento, y que contiene buena parte de ácido carbónico.

Como dato que, además de lo que dejamos expuesto, da una idea del progreso de los estudios microscópicos, debemos consignar que los microscopios destinados á los estudios mineralógicos están provistos de goniómetros, aparatos que sirven para medir los ángulos de las más diminutas cristalizaciones; y basta el movimiento de un dedo para poner en observacion el aparato y leer en la platina rotatoria el grado del ángulo que se busca.

Algo se ha hecho en España en estudios de esta clase, y nos bastaría indicar ciertos trabajos y ciertos nombres de la Sociedad Española de Historia Natural, para demostrar que no va nuestro país tan atrasado en este punto como en otros; pero la verdad es que falta bastante que hacer, y en este concepto nos permitimos llamar la atencion de los hombres de ciencia hácia unos estudios que tienen en la actualidad mucha importancia y no poco desarrollo en Europa.

Las aplicaciones científicas á las artes de la guerra, aunque lleven cierto disgusto al ánimo de los que quisieran ver desarrollarse los conocimientos humanos en medio de la paz y de la fraternidad universal, tienen siempre indudable importancia, reconocidas las artes militares como males necesarios de las sociedades modernas, y especialmente en épocas, como la presente, de grandes armamentos y cada vez mayores desconfianzas en Europa, y de guerras civiles en los dominios españoles. No podemos, pues, prescindir de ocuparnos de los experimentos científico-militares que frecuentemente se hacen en Europa, y hoy se nos presenta ocasion de hacernos cargo de los que acaban de efectuarse en el arsenal de Woolwich, sobre la combustion de la pólvora de cañon, y de los cuales nos da curiosos detalles una Memoria redactada por el departamento de quimica del expresado arsenal y dirigida al Almirantazgo inglés.

El objeto principal de los experimentos ha sido determinar los residuos de la explosion, cuando ésta se verifica en los cañones ó en las minas, la

tension, el efecto de los granos de pólvora de diferentes dimensiones, las variaciones resultantes de distintas presiones, el volúmen de gas permanente y el calor que se desarrolla en una carga en el interior del cañon. Se ha empleado en estos experimentos una recámara de acero, cerrada por una clavija de tornillo, á través de la cual pasan alambres que prenden fuego al cartucho por medio de la electricidad. Con ayuda de manómetros de condensacion se ha observado que cuando la pólvora llena el espacio en que se prende fuego, la presion llega á 6.400 atmósferas, ó sea cuarenta y dos toneladas por cada pulgada cuadrada (1). La temperatura de la explosion llega en este caso á 2.200 grados centígrados.

En las armas de pequeño calibre, un 35 por 100 próximamente del calor producido se comunica al cañon; pero un cañon de 18 toneladas sólo absorbe un 3 por 100. Los residuos de la explosion consisten en 57 partes, apreciadas al peso, de cuerpos sólidos, y 43 partes de gas permanente. El análisis de los residuos gaseosos ha demostrado una variacion regular conforme con la diferencia de presion, aumentando el carbono anhidro y disminuyendo el óxido de carbono, cuando la presion aumenta. Los residuos sólidos, en cambio, están sujetos á variaciones más numerosas y ménos regulares, porque, por regla general, se ha demostrado, con los experimentos de que venimos dando cuenta, que la accion quimica es más complicada de lo que se había supuesto, y por lo tanto, las antiguas ecuaciones fundamentales que la representan eran muy imperfectas.

Concluiremos, por hoy, citando brevemente dos curiosísimas aplicaciones á las artes y á la industria.

El doctor Chevreuse ha descubierto en el Jura un nuevo y curioso aprovechamiento de los insectos coleópteros de la familia de los lamellicornios, conocidos con el nombre vulgar de saltones ó saltamontes. Decapitando á los saltamontes vivos; una hora despues de su comida, se le sacan del estómago, por el corte hecho, algunas gotas de un líquido coloreado, que varía segun la naturaleza de la planta comida por el insecto. Utilizada esta materia como color en la acuarela, se ha obtenido un magnífico éxito, y M. Chevreuse ha podido formar una gama de 14 tonos ó matices distintos. Un profesor de dibujo y un arquitecto han hecho nuevos experimentos con dicho color y han declarado que no es alterable por el aire ni por la luz, y puede asociarse á los colores de la acuarela para dar á éstos completa fijeza.

(1) Téngase presente que se trata de pulgadas inglesas.

Sabido es que ciertas sustancias (el fosfato de amoniaco especialmente), incorporadas en las fibras de los tejidos, los hacen incombustibles, ó al ménos sólo les permiten quemarse muy lentamente, carbonizarse sin producir llama. El abate Mauran ha estudiado recientemente este interesante problema, y ha dado á luz el procedimiento que ha inventado para impedir la inflamacion de las telas, sin alterar su color y ligereza, ni disminuir su duracion y solidez. Este procedimiento, obtenido despues de numerosas investigaciones, consiste en impregnar las fibras de los tejidos en una mezcla de borax, sulfato de sosa y ácido bórico, con la cual ha obtenido el experimentador el mejor resultado en las telas ligeras, haciéndolas incombustibles.

A. LEON.

UN POETA GALLEGO.

Acaba de publicar en Orense una coleccion de poesías su jóven autor D. Valentín Lamas Carvajal (1). Es un libro precioso, que, así en sus composiciones serias, como en las alegres, lleva impreso el sello de la infortunada y hermosa tierra, patria del poeta. Ciego éste desde su infancia, y sintiendo el santo fuego de la inspiracion, ha querido dedicar á Galicia sus cantos, llenos de espontaneidad, sencillez y ternura. Ellos, al mismo tiempo que la direccion de *El Heraldó Gallego*, periódico de Orense, son su único patrimonio; lo cual nos moveria á recomendar con doble empeño la indicada obra, si por sí sola no se recomendase á todos los amantes de las cosas bellas.

En prueba de su mérito insertamos al pié de estas líneas la traduccion de tres poesías, elegidas al acaso, hecha por el eminente poeta D. Ventura Ruiz Aguilera, que no ha vacilado en prestar la poderosa autoridad de su talento para dar á conocer las inspiradas concepciones del poeta gallego.

LOS AIRES DE MI TIERRA.

Á MI QUERIDO AMIGO, EL INSPIRADO POETA GALLEGO,
MANUEL CURROS ENRIQUEZ.

Días de sol deliciosos,
Noches de luna serenas,
Auroras del seco estío,
Tardes de la primavera,
Traed hasta mí esos aires
Que encantan con dulces quejas
Los arbolillos del soto,
Las fuentes de la ribera,
Los picos de las montañas,

Las chozas de las aldeas;
Los airecillos gallegos,
Airecillos de mi tierra.

Yo no sé, no sé qué tengo,
Muero solo y de tristeza,
Sin hallar quien me consuele
Ni quien conmigo padezca;
Voy caminando á la tumba
Sin llorar, pues miro en ella
La plácida sombra amiga,
De mis males compañera.
Con el corazon herido,
Con mi infeliz alma enferma,
Como flor que se deshoja,
Cual música que se aleja,
Como una luz que se apaga,
Muriendo voy de tristeza.
Si algo mi vida sostiene,
Si alguna cosa me alienta,
Son los aires de Galicia,
Los aires son de mi tierra.

Hijos de esta noble patria,
Gallegos que allá, en América,
Noche y dia tristemente
Suspirando estais por verla;
Los que en ella teneis fijas
Ilusiones lisonjeras,
Las más queridas memorias,
Las esperanzas más ledas,
Volved pronto, y en montañas
Respirareis y en aldeas
Estos airecillos puros
Que nuestras frentes refrescan,
Ecos tomando en los rios,
Perfumes en las praderas;
Estos aires de Galicia,
Estos aires de mi tierra.

No puedo yo vivir mucho,
Acábame la tristeza;
Cuando en la tumba descanse,
Cuando no tenga quien vierta
Por mí una sentida lágrima,
Ni flores echen sobre ella;
Cuando nádie me recuerde,
Cuando mi nombre se pierda,
Á Dios le pido que besen
Mi dura losa de piedra
Esos leves airecillos
Que encantan con dulces quejas
Los arbolillos del soto,
Las fuentes de la ribera,
Los picos de las montañas,
Las chozas de las aldeas;
Los airecillos gallegos,
Airecillos de mi tierra.

Á MI HIJO.

Ven, rapacillo; ven, mi tesoro,
Dulce consuelo del mal que lloro,
Ángel que vela por mi existir;
Ven que en mil besos y mil abrazos
El alma quiero darte á pedazos,
Y hay en mi boca miel para ti.

Quando tú seas más grandecito
He de vestirte de galleguito;

(1) *Espiñas, follas é frores*, un volumen en 8.º menor. Imprenta Galaica, Orense.

¡Verás qué gloria! ¡Verás qué bien!
Pues, ¿y en la feria?... ¡Cosa galana!
Tendrás montera, calzon de pana,
Y cachiporra tendrás tambien.

Cuando las calles recorras luégo,
Mocitas y hombres:—¡Ay, un gallego!—
Dirán en toda la poblacion.

—Sepa—dirásles—el que tal piense,
Que un galleguito del propio Orense
Y á mucha gala ¡canastos! soy.

Cuando vayamos de romería,
Con ese traje, que da alegría,
Porque te vean, irás, mi amor.
No habrá en el corro donde se dance
Quien tanto aplauso como tú alcance,
Ni habrá tan majos como tú dos.

Los dos iremos sobre un pollino
Á ver la fiesta de Carballino,
Y en Celanova, la del cristal;
Por las vendimias á Rivadavia;
Quien bien se quiere, persona es sábia;
¿Por qué del mundo no disfrutar?

Sé que no puedo llegar á viejo,
Y ántes que muera darte un consejo
Quiero, hijo mio, del corazon.
Amá, cual amo, siempre á Galicia,
Respetá al bueno y á la justicia,
Haz bien al pobre y adora á Dios.

Nombre á los buenos eterno espera;
Si tu vivieres despues que muera,
En mi sepulcro ruega por mí.
Si eres poeta, no viertas llanto;
Sólo te pido que en tierno canto
Recuerdes, hijo, lo que sufrí.

LA GAITA GALLEGA.

Música vaga que, suelta al viento,
Hiere las cuerdas del sentimiento,
Eco celeste, coro de amor;
Voz de conciertos angelicales,
Gaita gallega, mucho tú vales,
Arrullo blando del corazon.

¿Quién te ha creado? Nádíe lo sabe;
Mas tu armonía dulce y suave
Sólo crearla pudiera Dios.
Él puso galas ricas y extrañas
En nuestras verdes frescas montañas,
Himnos de brisas, perpetua flor.

¡Gaita gallega, bendita seas,
Seguro hechizo de las aldeas
Cuando parlera cantando vas!
Tú que consuelo das á las almas,
Tú que secretos dolores calmas,
Siempre en Galicia, siempre serás.

Fiel y amoroso tu acento exhala
Los tonos tristes del *alalala*,
Canto de nuestro pueblo infeliz.
Cuanta ternura, cuanta armonía
Tienen la noche y el claro día,
Juntas hallamos todas en tí.

Ya des al viento de una alborada
La cariñosa dulce balada,
Ó de muiñeiras el ledó són,
Plácesme siempre, Gaita gallega;
Siempre, agitándolo, tu canto llega
Á lo más hondo del corazon.

¡Oh, cuántas veces del monte erguido
De tu voz ecos traje á mi oído
El aire puro, fresco y sutil!
¡Y cuántas veces, sonando amores
Al blando arrullo de tus rumores
Adormecerse mi mal sentí!

Eres amante, sentida queja,
Que ya se acerca, que ya se aleja,
Dejando siempre grata impresion.
Con sólo un tono ries y lloras;
Ries, con notas arrobadoras;
Del ronco fole lloras al són.

Hablas, suspiras, gimes y sientes,
Y de las mansas aguas corrientes
Tienes el eco murmurador;
La voz del genio que corre el mundo,
El ¡ay! doliente del moribundo,
El trino alegre del ruseñor.

No existe un alma de buen gallego
Que no te muestre, Gaita, un apego
Como el que el ciego muestra á la luz.
Cuantos sonidos el mundo encierra,
Música blanda de nuestra tierra,
Todo, por dicha, lo tienes tú.

Hijos de nuestra noble Galicia,
Amad leales esta delicia,
Haced la Gaita más popular.
Bien la muiñeira, bien la alborada,
Dejad que sea siempre tocada
En bosque, aldea, llano y ciudad.

V. RUIZ AGUILERA.

BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

Sociedad Española de Historia Natural.

5 MAYO 1875.

Abierta la sesion, bajo la presidencia del Sr. Abeleira, se admitieron cuatro socios y se hicieron cinco nuevas propuestas.

El Sr. Naranjo propuso, y la Sociedad acordó despues de un largo debate, que se enviasen á la Exposicion de Filadelfia las publicaciones de la Sociedad, convenientemente encuadernadas.

El Sr. Rodriguez Ferrer presentó una nota sobre las *Avispas vegetales*, acompañada de algunos ejemplares, cuyo fin era dar á conocer la preocupacion vulgar, en Cuba, de la trasformacion de dichos insectos en vegetales. Dicha nota pasó á la Comision de publicacion.

El Sr. Marqués de la Ribera manifestó existir igualmente en Méjico dicha preocupacion.

El Sr. Jimenez de la Espada añadió, que esa transformación ha preocupado mucho á los escritores, tanto antiguos como modernos, de América, citando algunos datos en comprobación de su aserto.

Se presentó un trabajo del Sr. Calderon y Arana sobre las *Rocas de la isla volcánica Gran Canaria*, que no se leyó por su gran extensión, y que pasó á la Comisión de publicación para su exámen.

El Sr. Mallada presentó el borrador del bosquejo geológico de la provincia de Huesca, dando una noticia general acerca de su orografía y de los terrenos que en ella se encuentran.

El Sr. Uhagon (D. Serafin) leyó una nota justificando que las especies *Choleva augusticollis* y *gracilis* Kraatz, deben añadirse á las que constituyen la fauna entomológica del centro de la Península.

Academia de Ciencias de Paris.

10 MAYO 1875.

M. Tresca: La locomotora de patines.

M. Tresca presenta una nota sobre la locomotora de patines inventada por M. Fortin-Hermann. Esta máquina, construida en los talleres de su inventor, ha funcionado ya en el ferro-carril del Este. Distinguese de las locomotoras ordinarias en que la marcha no se produce por ruedas motoras, sino por verdaderos piés articulados que se apoyan sucesivamente sobre el suelo. Los experimentos á que ha sido sometida esta máquina, permiten asegurar que hay mucha mayor adherencia de los piés articulados ó patines al terreno, que en las ruedas ordinarias á los rails, y por lo tanto, la nueva locomotora puede arrastrar, con el mismo gasto, un tren mucho más pesado y largo que las locomotoras ordinarias. Además, el sistema de los patines ensancha considerablemente el dominio de las locomotoras para caminos ordinarios, porque es susceptible de caminar perfectamente tambien por terrenos no consolidados, y permite circular con bastante carga por rampas de 40 centímetros de inclinación en cada metro, lo cual no se había podido obtener hasta ahora. La locomotora ensayada en el ferro-carril del Este ha recorrido de 7 á 8 kilómetros por hora, pero una modificación hecha en ella por M. Fortin-Hermann le permitirá llegar á una velocidad de 17 á 20 kilómetros por hora.

Sociedad antropológica de Berlin.

M. Virchow: Instrumentos de música prehistóricos.—Dr. Zawisza: Cráneos notables.

M. Virchow presenta algunos objetos descubiertos en el Neu-Brandenburg, y que han sido enviados por el profesor Boll en nombre de su padre. Son un cráneo y dos instrumentos de música. Uno

de ellos fué encontrado en una pradera, cerca del Kúsow, á tres piés de profundidad. Es de 14 centímetros de largo, hecho de hueso, y se parece á uno de nuestros modernos clarinetes. Parece que ha estado muchísimo tiempo metido en la turba. El otro instrumento está hecho de un mogote de cuerno de ciervo, y puede haber servido de flauta, opinión confirmada por M. Friedel, que ha visto en Lund un instrumento igual. Las flautas prehistóricas encontradas en Francia son más sencillas, y están hechas ordinariamente con los huesos de las falanges.

El cráneo presenta analogías muy notables con el que se descubrió á gran profundidad, en un pequeño brazo del Elba, hoy cegado por la arena. La parte posterior y la parte lateral de la cabeza son las que más se parecen. El cráneo del Neu-Brandenburg es braquicéfalo, y difiere por su longitud de los cráneos de las tumbas más antiguas. La conformación no es mala; bajo el punto de vista de la capacidad, el cráneo es perfecto.

—El doctor Zawisza envía para su estudio otros cráneos encontrados en la gruta de Wierszchow (edad de piedra pulimentada), y que parecen pertenecer á una época relativamente moderna y ser de origen eslavo, aunque no corresponden exactamente á lo que se sabe de la braquicefalia de los eslavos. A la entrada de una gruta en terreno cretoso, cerca de Cracovia, ha encontrado tambien el doctor Zawisza un hueso occipital humano, entre otros muchos huesos de mammoth y de oso de las cavernas.

Sociedad de Geografía de Paris.

21 ABRIL, 1875.

P. Petitot: Exploraciones en el Alaska.

La Sociedad concede los siguientes premios á los exploradores que más se han distinguido por sus viajes:

Medalla de oro al abate Armand David, lazarista, por su viaje á China y á Mongolia.

Medalla de oro á M. Jorge Schweinfurth por su viaje al país de los Mobutones, antropófagos del centro de África.

Medalla de plata á los señores Morché y Compiègne, por su viaje al alto Ogovai.

Medalla de plata al abate Petitot, sacerdote de la congregación de los siervos de María, por sus nuevos descubrimientos en el territorio del Mackensie (Alaska).

Estas últimas exploraciones son de grandísimo interés. El P. Petitot ha pasado trece años en las regiones heladas, que empiezan en el rio Rojo (Manitoba), y concluyen en las costas del Océano glacial ártico, evangelizando á los salvajes y utilizando

en provecho de la ciencia sus viajes apostólicos. En la actualidad ha regresado á Francia para hacer imprimir un diccionario que ha compuesto en cuatro dialectos de aquellas comarcas, y se volverá al lado de sus indios en cuanto concluya este trabajo.

Aquella parte de la América del Norte dependía del Canadá. En 1626 se formó una compañía para su explotación con el nombre de *Compañía francesa de las pieles de Nueva-Francia*. Al mismo tiempo se fundaba en Inglaterra la *Compañía de los aventureros de la bahía de Hudson*, cuyo territorio había sido descubierto en 1610 por el inglés Hudson. Pretendiendo Francia é Inglaterra tener los mismos derechos sobre estos países, arreglóse el asunto por el tratado de Riswick, que reconoció el derecho de Francia. Más tarde el tratado de Utrech concedió á Inglaterra la posesion del territorio de la bahía de Hudson, y toda controversia quedó completamente extinguida sobre este asunto por la conquista del Canadá.

Los franceses fueron los primeros que exploraron el N. O. de América. Varenne de la Verendrye, uno de los antepasados maternos de Monseñor Taché, arzobispo de San Bonifacio, acompañado del P. jesuita Messenger, descubrió el río Rojo del Norte, los lagos Winnipeg, Deauphin y Borbon, así como el río Saskatchewan; y fundó fuertes y factorías de comercio, en cuyo emplazamiento los ingleses construyeron despues sus establecimientos actuales. De aquí proceden los *tramperos ó corredores de bosques*, atrevidos y hábiles cazadores, que han producido la vigorosa raza de los mestizos en su alianza con los salvajes.

Algunos escoceses descontentos, asociados á franceses, establecieron una segunda compañía, que tomó el nombre de *Compañía del Noroeste*, y la concurrencia que ésta hizo á la de la bahía de Hudson, provocó trastornos que sólo se apaciguaron por la mediacion de Franklin, que logró la fusion de ambas sociedades en 1821.

Hasta Franklin, todos los viajeros que han avanzado hácia el Pacífico tenían el mismo objeto que Colon, Cartier, etc., é intentaban llegar á las Indias por el paso del N. O. al O.

El P. Petitot es el único viajero que ha aumentado nuestros conocimientos geográficos sobre esas comarcas, despues de Franklin. Ha formado un mapa del país comprendido entre el lago de los Esclavos, del S. O. al N. O., el río Cobre y las montañas Pedregosas del E. Le ha dado por base las posiciones determinadas por Franklin, ha rectificado los límites de ciertos lagos, así como el curso de algunos rios; ha precisado muchos puntos dudosos y ha añadido datos desconocidos.

MISCELÁNEA.

La mayor velocidad que es posible obtener en los ferro-carriles, es la que tienen en la actualidad los trenes de la línea de Jersey á Trenton, en el Estado de Nueva-Jersey de la América del Norte. La distancia de 92 kilómetros que separa ambas ciudades, la recorre en 59 minutos el tren de los periódicos que se llama *News papers train*. La velocidad ha excedido de 93 kilómetros por hora en conjunto, pero despues de una parada de un minuto en Newack, el tren marcha durante tres minutos á razon de 137 kilómetros por hora. (*Scientific American*.)

Están llamando la atencion en París dos castores recogidos en los alrededores de Avignon y colocados en el Jardin de Aclimatacion. Se les han dado los materiales necesarios para la construccion de un dique, y en seguida se han puesto á trabajar para hacer deribar las aguas del sitio en que se encuentran. El castor, tan comun en otro tiempo en la Europa septentrional, ha desaparecido casi completamente en Francia por la persecucion de que ha sido objeto. En América ha llegado á ser tambien muy escaso.

No por referirse á la enseñanza primaria deja de tener importancia la invencion del ilustrado presbítero Sr. D. Rafael Segarra y Rocamora, de un nuevo sistema de papel pautado, que asegura la rapidez y perfecta forma de letra española á los niños más pequeños. Hemos tenido el gusto de examinar el papel y las muestras del nuevo sistema, en el cual hemos encontrado, desde luégo, las ventajas de brevedad notable en la enseñanza de la escritura, seguridad en la ejecucion, estímulo eficaz al niño para la soltura conveniente, claridad, limpieza y sencillez, educacion pronta de la vista, facilidad para la direccion, y otras muchas que no es posible apreciar con un ligero exámen.

Felicitemos al Sr. Segarra, no sólo por su nuevo sistema, destinado evidentemente á una adopcion general en todas las escuelas de España, sino tambien por los excelentes resultados que con dicho sistema, lo mismo que en todos los demas ramos de la enseñanza elemental, está obteniendo en el colegio de su propiedad y direccion, titulado del *Niño Jesus*, en la calle del Pez, número 46.

En Noruega se han descubierto nuevas minas de hierro que constituyen un rico yacimiento, situado en las cercanías de Bodo. El mineral, que no contiene azufre ni fósforo, encierra de 54 á 67 por 100 de hierro.